

7 AÑOS

EN NINGUNA PARTE



Luis Enrique Coloma

7 AÑOS EN NINGUNA PARTE

Historias de Migrantes

LUIS ENRIQUE COLOMA

colomaluis48@yahoo.com

*A mis hijas Jennifer y Cristina
A su madre Enith
A mi madre Inés
A mis familiares
A mis verdaderos amigos
A todos los migrantes del Planeta*

ÍNDICE

Testimonio.....	5
Primera parte.....	7
Los mexicanos en los Estados Unidos	
El Destino Manifiesto	
La Guerra contra los débiles	
El color de la piel	
Skid Road	
Las santas bendiciones	
Segunda parte.....	26
El matrimonio y el viaje	
Las aberraciones del padrastro	
El hijastro y los problemas	
Tercera parte.....	35
Siguen llegando	
Los pobres, los parias y los otros	
Las redadas y sus secuelas	
Algunos de mis amigos	
La biblioteca y su directora	
El paisano y nuestra música	
2008: La crisis y la burbuja	
El “Senior center”	
La vida en el condominio	
Los cultos y el diezmo	
Irene	
La úlcera traicionera	
Las tragedias de Rosalía	
Desde mi “Camper”	
La “Chula”	
De Gringos y de Latinas	
La historia de amor del Carlitos	
Emily y otros asuntos	
Cuarta parte.....	101
Amor extranjero	
Desde Aquel Día	

TESTIMONIO

Mientras residí en el Condado de Los Ángeles, Estado de California, U.S.A., observé cosas nunca sospechadas; descubrí casos que en mi imaginario, ni siquiera de pasito, pude haberlos vislumbrado. Es estas circunstancias hice el compromiso de no dejar pasar por alto lo vivido, lo experimentado, lo testificado. Era obligatorio dejar testimonio directo de casi todas mis andanzas, mis aventuras, mis vivencias. De casi todas, porque la memoria, con el paso de los años, se nos vuelve ingrata, pasajera, ave viajera. Si hay poco o mucho que contar, eso es lo de menos, si lo hago de buena o mala forma, igual; lo importante es hacerlo, y hacerlo sin temores y sin dudas.

¿Por qué únicamente los escritores pueden elaborar buenos o malos textos?; ¿por qué sólo ellos pueden dar a conocer situaciones que otras personas, por recelo o algún otro motivo, no nos hemos atrevido a hacerlo? Esta fue mi reflexión al momento de empezar a relatar mis testimonios, de disponerme a contar y a denunciar tantas y tantas cosas, sin temores y sin dudas, recalco.

¿Acaso los pajaritos, siendo tan pequeños en relación a lo que es nuestro entorno, con sus alas chiquititas no remontan grandes distancias y conquistan el espacio? ¿Acaso las mariposas, con lo frágiles que son, no han deslumbrado y siguen deslumbrando con sus maravillosos colores a los más excelsos pintores? O las aguas de un pequeño riachuelo, ¿no son capaces de abrirse paso a través de los parajes más agrestes, para poco a poco ir creciendo y, convertidas en caudalosos ríos, llegar en gran torrente a ser parte del gigante de las aguas o gran mar?

Algo parecido decidí elaborar: De letra en letra, de sílaba en sílaba, de palabra en palabra, de oración en oración, de párrafo en párrafo, comenzar a construir esta evidencia, este documento en el que declaro, resumidamente, casi todo lo vivido e investigado en ese mi destierro voluntario y obligado a la vez, en esa mi gran cárcel sin barrotes, en esa mi experiencia adolorida. Y yo, que me vi forzado a dejar esta mi patria, sentí que tenía país para regresar y contar a la gente común y corriente y a las autoridades, lo duro que resulta migrar en estos tiempos.

Si algún objetivo tiene este trabajo, es el de alertar a mis compatriotas sobre lo que les espera en esa tan incierta odisea a emprender. Quien lo afirma es alguien que tomó un avión en Quito y voló directamente hasta el aeropuerto de Los Ángeles, y no tuvo que cruzar dolorosamente, pausadamente y valientemente, ese

monstruo de mil garras al que llamamos desierto; ese ogro que devora sueños, esa horrible boca que consume tantas vidas.

Ejemplos de tragedias tenemos a montones; no sabemos cuántos, coterráneos o no, han perdido la vida tratando de llegar a conseguir lo que no existe, lo que es una quimera, lo que es ese espejismo llamado “Sueño Americano”. Por todo esto y mucho más, emigrar es de valientes.

Las Naciones Unidas, la conciencia planetaria, están en la obligación de luchar con todas las armas a su alcance, por la eliminación definitiva del inmisericorde tráfico de personas. Los países del orbe, especialmente los desarrollados, los ricos a costa de la explotación a las naciones pobres, deben cambiar obligadamente sus políticas respecto a los migrantes.

En nuestro país, hay que decirlo categóricamente, gracias a las políticas implementadas por el proceso político que vivimos, la realidad es diferente. En el Ecuador, a quienes llegan a este territorio, vengan de donde vengan, se les trata como seres humanos, como a individuos con todos sus derechos. En nuestro suelo no existen “ilegales”.

Que alguien haga entender qué ser viviente perteneciente a la única raza que existe en el planeta, la raza humana, y ha entrado clandestinamente en territorios de otras naciones, merece ser llamado “ilegal”. Para mí, los únicos ilegales son aquellos que califican de esa manera a sus congéneres, únicamente porque la inmensa mayoría de esas personas es pobre, económicamente hablando, y son víctimas de las desigualdades producidas por la mala distribución de la riqueza.

Todos tenemos derecho a migrar, pero quienes lo hacen, deben por lo menos saber a qué circunstancias van a enfrentarse. “No todo lo que brilla es oro”.

Esta es mi historia; estas mis historias.

PRIMERA PARTE

“LOS MEXICANOS EN LOS ESTADOS UNIDOS”

Por Albert Q. Maisel
-Junio de 1956-

“Nada parece más típicamente norteamericano que el “cowboy”, el vaquero del Oeste. En realidad su oficio, su caballo, su ropa y sus técnicas son parte de la rica herencia que los hombres de México aportaron a la vida de los Estados Unidos. La misma palabra “cowboy” no es más que una traducción de “vaquero”, y en su actual significado corriente era desconocida en inglés allá por 1820, cuando se encaminaron a Tejas los primeros estadounidenses, que se consideraban agricultores. Sus vecinos mexicanos, cuyos rebaños vagaban por las praderas desde principios del siglo anterior, los iniciaron en el conocimiento del lazo, el hierro de marcar y la silla de larga cabeza, y les enseñaron a domar potros y a hacer el rodeo de las reses cuernilargas. Pronto el tejano consideró insultante que se le llamara –agricultor-. Era un verdadero ranchero, orgulloso de su montura, un “cowboy” o, aun mejor, un vaquero”.

“El lenguaje actual de las praderas norteamericanas muestra con qué amplitud adoptó el “cowboy” palabras españolas en su léxico. Corral, pinto, palomino, mezquite, bronco, rodeo, mesa, canyon (cañón), arroyo, loco, plaza, fiesta, pronto, son una cuantas de los centenares de voces que los mexicanos han introducido en el inglés. “Quién sabe” dio origen al “savvy” (saber, entender); “chaparreras” se ha convertido en chaps; “estampida” pasó a ser stampede, “juizado se convirtió en hoosegow (cárcel, prisión). Incluso el afamado “sombbrero de diez galones” no fue bautizado por ningún tejano exagerado e imaginativo; su nombre procede de una canción mexicana que se refiere a un chapeo adornado, es decir, a un sombrero galoneado”.

“Hay otras deudas, innumerables, que tiene los estadounidenses con los mexicanos que habitaron el viejo Sudoeste, que formaba en esa época parte de México. Sólo había 75.000 cuando la región pasó a manos de los Estado Unidos. Pero sus antepasados habían vivido desde 1598 en las tierras limítrofes, 22 años antes de que de que los peregrinos del “Mayflower” zarparan hacia el Nuevo Mundo, y habían dejado su sello indeleble en esas tierras. Colorado, Nevada, Nuevo México, California; todos llevan los nombres hermosos y poéticos que los mexicanos inscribieron por primera vez en sus mapas, como los de incontables ríos y montañas, ciudades y pueblos desde Tejas hasta las costas del Pacífico. Aprendieron con ensayos e innovaciones cómo sobrevivir en esas tierras semidesérticas y así, cuando los inmigrantes de habla inglesa se derramaron en el Sudoeste, el camino se les facilitó (ventaja de que no gozaron los recién llegados

a otras partes de Norteamérica) gracias a un inmenso fondo de experiencia que sus predecesores compartieron liberalmente con ellos”.

“Los primeros inmigrantes del Este consideraban al Sudoeste como el Gran Desierto Americano. Cambiaron de opinión al ver los verdes campos a largo del Río Bravo superior, regados por los habitantes de Nuevo México desde principios del siglo XVII y por los indios con anterioridad a esa fecha. Con métodos adoptados de los mexicanos, los recién llegados transformaron millones de hectáreas de desierto en una de las tierras más fértiles de Norteamérica. En California, los grandes huertos de las misiones mexicanas –donde se aclimataron por primera vez al suelo americano las aceitunas, las limas, los dátiles, los higos, las granadas, las naranjas y los limones- fueron fundados por los franciscanos que acompañaron a los conquistadores desde México. Aquellos huertos fueron predecesores de los millones de hectáreas sembradas de árboles frutales que actualmente son una de las características más distintivas de California”.

“Al poco tiempo, los productores agrícolas del bajo Río Bravo, los cultivadores de frutas cítricas de los alrededores de Los Ángeles, los plantadores de lechuga del Valle Imperial, los empacadores de fruta de la California central y las compañías remolacheras de Colorado y Michigan, estaban induciendo a los mexicanos a seguir las cosechas. A comienzo del siglo los inmigrantes de México sólo alcanzaban un total de 100.000. Allá por 1925 habían entrado 1.500.000 en los Estados Unidos”.

“El sistema de trabajo migratorio era estupendo para las grandes fincas. Pagando de 15 a 20 centavos por hora la mano de obra mexicana, podían embarcar sus productos a la Costa del atlántico de los Estados Unidos y todavía competir ventajosamente en el mercado. También era estupendo para millones de consumidores, a los que se les entregaban frutas y verduras ricas en vitaminas, tanto durante la estación como en otras épocas. Pero para los jornaleros mexicanos, para sus esposas e hijos, el sistema convertía su vida errátil en una pesadilla”.

“Iban de un campamento agrícola aislado a otro, sin oportunidad de aprender el inglés ni de adquirir las costumbres de los Estados Unidos. Pagadas con salarios insuficientes para la subsistencia, familias enteras tenían que trabajar de sol a sol para que todos pudieran comer. Los niños no tenían oportunidad de ir a la escuela sino cuando terminaba la estación de la cosecha en noviembre, y al reanudarse en marzo habían de abandonar sus clases. La desnutrición y las malas condiciones de vida se asociaban para elevar la frecuencia de la tuberculosis entre los mexicanos hasta cuatro veces el promedio de los angloamericanos. La mortalidad infantil era hasta cuatro veces más alta que entre los demás estadounidenses”.

“Al entrar los Estados Unidos en la guerra, miles de jóvenes México-norteamericanos se alistaron en las tropas de paracaidistas, en las fuerzas de asalto y en la infantería de marina. Como muchos de ellos buscaban deliberadamente las misiones más peligrosas, los 375.000 hombres de

ascendencia mexicana que sirvieron en las fuerzas armadas sufrieron bajas desproporcionadas a su número. Un ejemplo: los México-norteamericanos constituyen aproximadamente el 10 por ciento de la población de Los Ángeles, pero la lista de bajas revela que el 20 por ciento de los muertos y heridos llevaban nombres españoles”.

“Hombres de ascendencia mexicana ganaron un número extraordinario de distinciones por acciones de valor. De los 26 tejanos que recibieron la Medalla de Honor de Congreso, cinco eran de origen mexicano. En Italia, cuando los soldados paracaidistas alemanes amenazaban romper las líneas norteamericanas de Monte Battaglia, el soldado Many Mendoza permaneció en la cumbre de una colina y sin ninguna ayuda rechazó ese ataque y mató a 40 alemanes. En Francia, el soldado Silvestre Herrera, armado sólo con una bayoneta y granadas de mano, barrió un nido de ametralladoras alemanas y después, aunque herido cruzó un campo minado para dominar otro reducto igual. Cuando con una docena de valientes fue a la Casa Blanca a recibir la Medalla del Congreso, Herrera fue el único que no se cuadró cuando el Presidente le prendió en la casaca la recompensa más grande de los Estados Unidos. No podía hacerlo porque había perdido ambas piernas en la batalla”.

“Después de la guerra los México-norteamericanos obtuvieron más amplias oportunidades e enseñanza, que ya han dado ricos frutos. El censo de 1930 enumeraba solamente 1100 profesores de origen mexicano y únicamente 165 médicos y cirujanos; hasta 1940 apenas 3000 tenían formación de tipo profesional. En la actualidad, se calcula en 30.000 el número de profesionales y técnicos. De ellos, un grupo figura en el personal docente de facultades universitaria”.

Hasta aquí parte del reportaje de Albert Q. Maisel, en el que se da a conocer los aportes que los mexicanos han dado a los EE.UU. en décadas pasadas; sin embargo, desde hace años, nada de esto es reconocido y, el racismo, la indolencia, la xenofobia, han creado un verdadero “infierno”, no sólo para los aztecas, que son una gran mayoría, sino para todos quienes son de origen latinoamericano.

Qué más ejemplos se puede pedir para demostrar lo positivo que ha sido la inmigración mexicana al país que los desprecia, por no decir, los combate.

EL DESTINO MANIFIESTO

Deslumbrados, tal vez, por la grandeza y el poderío económico y bélico de los Estados Unidos de América, no nos hemos puesto a pensar que quizá, en la tal magnificencia conseguida, nada tengan que ocultar, nada exista que pueda avergonzar a esa enorme y omnipotente nación. Pero si escarbamos un poquito en su historia, encontraremos hechos verdaderamente asombrosos. Se habla de la casi perfecta democracia que vive esa nación, sin siquiera estar al tanto de que

quienes verdaderamente gobiernan ese país, no son los presidentes de la república, llámense como se llamen y sean Demócratas o Republicanos, sino la todopoderosa institución denominada Reserva Federal. De ahí nacen todas las decisiones a tomarse en política interna o externa. No existen otras opciones. La omnipotente Reserva Federal fue creada, o mejor, fue impuesta por el golpe de estado que los bancos de judíos y de yanquis dieron en 1913, y crearon esa todopoderosa institución.

Se sabe que el pueblo judío, según el Antiguo Testamento, fue el único elegido y protegido por el Dios de Israel. Pero resulta que hasta eso es falso, ya que según datos heredados de sus antecesores, para los estadounidenses su pueblo también resultó elegido por la Divina Providencia, aunque no esté escrito en el libro sagrado. Para ellos, su nación también fue honrada con ese privilegio, pero con milenios de atraso, ya que en las Sagradas Escrituras, ni siquiera se le nombra.

En 1620, un grupo de protestantes, puritanos la mayoría, buscando libertad de culto se trasladaron desde el continente europeo y la Gran Bretaña, a lo que hoy es el territorio "norteamericano". Luego de sobrevivir a los rigores de la naturaleza, gracias a la ayuda prestada por pueblos nativos de esa parte del mundo y no por ninguna ayuda divina, se organizaron en colonias.

Para imponer sus leyes, sus dirigentes tuvieron que recurrir a argucias como el llamado "Destino Manifiesto"; leyes que necesariamente tenían que ser promulgadas por grupos de poder que fueron gestándose desde su inicio hasta independizarse de los ingleses y, desafortunadamente, hasta nuestros días. Es decir, acudieron al engaño para establecerse como la nación grande y poderosa que actualmente es, extendiendo sus dominios ambiciosamente más allá de lo previsto por ellos mismos.

Lo que sigue es un texto en el que se explica el "Destino Manifiesto", en el que se han basado y siguen basándose para continuar con su política de expansionismo y colonización, no sólo de territorios, sino también de las conciencias de los pueblos que son sometidos por el malvado sistema de dominación yanqui. Existen textos que explican todo lo relacionado con este asunto:

"La doctrina del Destino manifiesto (en inglés, Manifest Destiny) es una frase o idea que expresa la creencia en que Estados Unidos de América es una nación destinada a expandirse desde las costas del Atlántico hasta el Pacífico. Esta idea es también usada por los partidarios, para justificar, otras adquisiciones territoriales. Los partidarios de esta ideología creen que la expansión no solo es buena sino también obvia (manifiesta) y certera (destino). Se le puede comparar

con la teoría del Lebensraum que impulsaban los nazis para justificar su expansión hacia el este de Europa y Asia Central”.

“La frase pasó a convertirse con el tiempo en un cliché, teniendo una connotación ideológica y posteriormente, doctrinaria”.

“El origen del concepto del Destino Manifiesto se podría remontar desde la época en que comenzaron a habitar los primeros colonos llegados desde Inglaterra y Escocia el territorio de lo que más tarde serían los Estados Unidos. En su mayoría profesaban los cultos puritano y protestante”.

“Una ministro puritana de nombre Sofi G. escribía en 1630”:

“Ninguna nación tiene el derecho de expulsar a otra, si no es por un designio especial del cielo como el que tuvieron los israelitas, a menos que los nativos obraran injustamente con ella. En este caso tendrán el derecho a entablar, legalmente, una guerra con ellos así como a someterlos”.

“Para dirigirse a orígenes de debates de apropiación territorial, como los que postula el Planisferio de Cantino, es posible extenderse a los orígenes del término Destino Manifiesto. Aparece por primera vez en el artículo Diego del periodista John O’Sullivan, publicado en la revista Democratic Review de Nueva York, en el número de julio-agosto de 1845 en el que se decía”

“El cumplimiento de nuestro destino manifiesto es extendernos por todo el continente que nos ha sido asignado por la Providencia para el desarrollo del gran experimento de libertad y autogobierno. Es un derecho como el que tiene un árbol de obtener el aire y la tierra necesarios para el desarrollo pleno de sus capacidades y el crecimiento que tiene como destino”.

“El historiador William E. Weeks ha puesto de manifiesto la existencia de tres temas utilizados por los defensores del Destino Manifiesto”.

1.- “La virtud de las instituciones y los ciudadanos de los EE.UU”.

2.- “La misión para extender estas instituciones, rehaciendo el mundo a imagen de los EE.UU”.

3.- “La decisión de Dios de encomendar a los EE.UU. la consecución de esa misión”.

“La descripción del presidente Abraham Lincoln de los Estados Unidos como “la última y mejor esperanza sobre la faz de la tierra” es una expresión muy

conocida de esta idea. Lincoln era un puritano, y gran conocedor de los preceptos bíblicos, sus discursos eran casi salmos de un carácter muy convincente para los congresistas de la naciente república unificada”.

“A partir de este supuesto los Estados Unidos, anexan los territorios de Texas (1840), California (1845) e invaden México (1846), en lo que sería la guerra México-Estados Unidos. Como consecuencia, los Estados Unidos se apropian de Colorado, Arizona, Nuevo México, Nevada, Utah y parte de Wyoming, Kansas y Oklahoma, en total 2 millones cien mil kilómetros cuadrados-el 55 % del territorio mexicano de entonces-lo que se dio en llamar ‘la Cesión Mexicana’. A cambio, los Estados Unidos se comprometieron a pagar 15 millones de dólares”.

“Después, en muchas otras ocasiones, se ha citado este Destino Manifiesto tanto a favor como en contra de otras intervenciones militares”.

“El término se reactivó en la década de 1890, principalmente usada por los Republicanos como una justificación teórica para la expansión estadounidense fuera de América del Norte. También fue utilizado por los encargados de la política exterior de los EE.UU. en los inicios del siglo XX, algunos comentaristas consideran que determinados aspectos de la Doctrina del Destino Manifiesto particularmente la creencia en una ‘misión’ estadounidense para promover y defender la democracia a lo largo del mundo, continúa teniendo una influencia en la ideología política estadounidense”.

Esta es una pequeña prueba de lo que puede hacerse cuando se manipula la mentalidad de la gente con cuestiones subjetivas como las religiones. Según esto, el Dios de los judíos dio a EE.UU. vía libre para que cometan toda clase de arbitrariedades a largo y a lo ancho del planeta. En este afán no se han detenido ante nada ni nadie, llegando a poseer territorios muy alejados de sus fronteras.

Nuestro país no estuvo exento de esta política expansionista. No debemos olvidar que quisieron comprar la isla Baltra, situada en las islas Galápagos; lo admirable es que no haya pasado nada raro ante la negativa del Congreso a la venta de nuestro patrimonio; raro que no se hayan tomado por la fuerza.

Cabe anotar que revisando los mapas, atlas u otros textos de Geografía editados en Estados Unidos, al localizar las Islas Galápagos no consta que pertenecen al Ecuador; simplemente, el pie de “foto” dice: Islas Galápagos. Luego surgió lo de la Base de Manta que, gracias a la acertada acción política del actual gobierno en contra del intervencionismo imperialista, las fuerzas militares estadounidenses

tuvieron que salir de nuestro país, muy a pesar de los opositores de la derecha ecuatoriana. Cuando no.

En el Gobierno de Febres Cordero se trajo a los “Way U.S.A.”, militares encargados de construir vías. -Vía en inglés se dice “way”-. Y se los trajo para que construyeran carreteras en el Oriente Ecuatoriano. A estos “Way U.S.A.” el pueblo ecuatoriano con su característica sal y buen humor les bautizó como los “Huayusas”, que no construyeron nada de nada en nuestro territorio amazónico, abandonando esa región sin pena ni gloria, dejando a cambio un rastro de abusos y depredación sexual, enfermedades venéreas incluidas. Ni los niños se salvaron.

LA GUERRA CONTRA LOS DÉBILES

En los circuitos de bibliotecas con que cuenta la población angloamericana y migrante, la información que puede obtenerse es vasta y variadísima. Contando con este material, uno puede informarse sobre diferentes aspectos que, a base de paciente investigación, pueden ser conocidos. Es factible encontrar casos y datos ocultos para el resto de naciones.

“The War Against The Weak” (La Guerra Contra los Débiles) de Edwin Black, es uno de los libros que más me ha impresionado por lo dramático y excepcional del tema. Lastimosamente no existe traducción al castellano. Una pequeña muestra de lo que dice uno de los críticos de este libro es lo que sigue:

Esta historia, dice, se “refería a otra desigual contienda que Estados Unidos preparó desde inicios del siglo XX y puso en práctica entre las décadas de los años 30 y 60 del pasado siglo, cuyo propósito era crear una raza superior dominante”.

“Esa campaña estadounidense-prácticamente ignorada hoy en todo el mundo en virtud de ocultamiento mediático a que ha estado sometida por razones obvias-sirvió de modelo para el holocausto a que sometió el nazismo alemán liderado por Adolfo Hitler a la población judía”. “Personajes e instituciones de la política y la economía que ahora se nos presentan como respetables paladines de la democracia y los derechos humanos, estuvieron involucrados en este genocidio”.

“El libro nos cuenta que en las primeras seis décadas del siglo XX a cientos de miles de norteamericanos etiquetados como débiles mentales (“feble minded”) porque no se ajustaban a los patrones teutónicos, les estuvo vedada la reproducción”.

“Seleccionados en prisiones, manicomios y orfanatos por sus antepasados, su origen nacional, su etnia, su raza o su religión fueron esterilizados sin su consentimiento, impedidos de procrear, de casarse o separados de sus parejas por medios burocráticos gubernamentales. Esta perniciosa guerra de guante blanco fue llevada a cabo por organizaciones filantrópicas, prestigiosos profesores, universidades de élite, ricos empresarios y altos funcionarios del gobierno, formando un movimiento pseudocientífico llamado eugenesia (eugenics) cuyo propósito, más allá del racismo, era crear una raza nórdica superior que se impusiera a nivel global”.

“El movimiento eugenésico paulatinamente constituyó una infraestructura jurídica y burocrática nacional para limpiar a Estados Unidos de los “no aptos”. Pruebas de inteligencia, coloquialmente conocidas como mediciones de IQ (coeficiente intelectual), se inventaron para justificar la exclusión de los “débiles mentales”, que frecuentemente eran solo personas tímidas o que hablaban otra lengua o tenían un color de piel diferente; se decretaron leyes de esterilización forzosa en unos 27 estados del país para impedir que las personas detectadas pudieran reproducirse”.

“Proliferaron las prohibiciones de matrimonios para impedir la mezcla de razas. A la Suprema Corte de los EE. UU llegaron numerosos litigios cuyo verdadero propósito era consagrar a la eugenesia y sus tácticas en el derecho cotidiano”.

“El plan era esterilizar de inmediato a 14 millones de personas en Estados Unidos y varios millones más en otras partes del mundo para, posteriormente, continuar erradicando al resto de los débiles hasta dejar solo a los nórdicos de raza pura en el planeta”. “En definitiva, en la década de los años 30 fueron esterilizados coercitivamente unos 60.000 estadounidenses y no se sabe cuántos matrimonios fueron vedados por leyes estatales brotadas del racismo, el odio étnico y el elitismo académico enmascarados con un manto de respetable ciencia”.

“Eventualmente la eugenesia, cuyos objetivos eran globales, fue esparcida por evangelistas norteamericanos a Europa, Asia y Latinoamérica hasta formar una bien entrelazada red de movimientos con prácticas similares que mediante conferencias, publicaciones, y otros medios, mantenía a sus líderes y propugnadores al acecho de oportunidades de expansión de sus ideas y propósitos”. “Fue así que llegó a Alemania, fascinó a Adolfo Hitler y al movimiento nazi. El Nacional socialismo Alemán transformó la búsqueda norteamericana de una ‘raza nórdica superior’ en lo que la lucha de Hitler por una ‘raza aria’ dominante”.

“La eugenesia nazi rápidamente desplazó a la norteamericana por su velocidad y fiereza. En la páginas de este libro, Edwin Black-de madre judía polaca-demuestra como la racionalidad científica aplicada por los asesinos de Auschwitz, en Alemania, fue concebida antes en los laboratorios eugenésicos de la Institución Carnegie en su complejo de Cold Spring Harbor en Long Island, donde se propagandizaba de manera entusiasta al régimen nazi. También se relata la masiva ayuda financiera otorgada por las fundaciones Rockefeller, Carnegie y Harriman a las entidades científicas alemanas donde comenzaron los experimentos eugenésicos que culminaron en Auschwitz”.

“Al ser calificado de genocidio el exterminio de judíos por los nazis en el juicio de Nuremberg, las instituciones norteamericanas vinculadas a la práctica de la eugenesia la rebautizaron como ‘genética’ y continuaron sus proyectos por más de otra década, esterilizando y prohibiendo matrimonios indeseables”.

“El libro de Edwin Black publicado por Thunders’s Mouth Press en 2003, es una joya del periodismo investigativo que, en sus 550 páginas, permite al lector constatar el parentesco y los rasgos comunes entre la trágica historia que cuenta y la política que la élite del poder estadounidense aplica hoy a las relaciones con las minorías nacionales, los inmigrantes y el tercer mundo”.

EL COLOR DE LA PIEL

¡Yo estuve ahí!; a mí no me contaron. Yo no me enteré por terceras personas; reitero, ¡yo estuve ahí! Ese día sucedió lo increíble, lo inesperado; más que una tercera guerra mundial, peor que una invasión de extraterrestres. Como si la estatua de la Libertad, por su cuenta y riesgo, se hubiese ido nadando a estacionarse en un país del tercer mundo. Fue un acontecimiento de esos que únicamente han sucedido en las películas de ciencia ficción hechas en Hollywood. Fue algo que conmocionó no solamente al Planeta de los yanquis o al Planeta de los Simios, sino al Orbe completo. Algo que puso de cabeza el “establishment”, algo que no estaba en los planes ni en las peores pesadillas de los anglosajones.

Fue como si George W. Bush se hubiese convertido en un exitoso escritor, o si hubiese ganado, por mérito propio, el Premio Nobel de Física Cuántica o de Matemáticas. Era para no creer. Las reacciones de los yanquis ante este fenómeno no se hicieron esperar.

Aclaro: no todo gringo es yanqui, pero sí todo yanqui es gringo.

Cómo no iba a ser apocalíptico lo sucedido: Se había elegido a un afroamericano, a un negro, a un afrodescendiente, a un tipo de “color”, a un descendiente de esclavos traídos del continente negro, a un sobrino del Tío Tom, nada más ni nada

menos que para ser el presidente de los Estados Unidos de América, el país más poderoso del mundo, el más guerrerista de la Tierra; el más expansionista de todos cuantos existen, el de las invasiones a países pequeños a cargo de mercenarios; el país designado por la Divina Providencia, según ellos, para gobernar y poner orden en el mundo entero.

El único país que puede tener bombas atómicas y utilizarlas para los peores genocidios como los de Hiroshima y Nagasaki, durante una guerra en la que los perdedores ya habían perdido, ya se habían casi rendido; pero para que el mundo sepa de cuánto son capaces, utilizaron estas bombas con los resultados que casi todos conocemos. Un país que utilizó estas armas genocidas sólo para demostrar su malévolos poder de destrucción. Así derrotaron al Japón, un enemigo ya vencido. Se había elegido presidente a quien no pertenecía a la raza elegida, a quien no era de la nítida blancura y tersura de la piel anglosajona.

Presidente de la nación del primer hombre en la Luna, viaje y “aterrizaje” que en la actualidad deja dudas; preparado y filmado en el desierto de Nevada, según lo que se dice en programas radiales, televisivos y diferentes medios de comunicación estadounidenses, a más de otros campos de opinión, para hacer creer al mundo que habían ganado la carrera espacial a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que en la carrera espacial estaba muy adelantada con respecto a los Estados Unidos. O “para disimular la derrota que ya en ese entonces les estaba propinando el heroico pueblo vietnamita”. Era la época de la guerra fría. Años después, cuando cierta organización solicitó a la N.A.S.A. la grabación original del alunizaje, esta institución, demostrando ser la más descuidada del mundo, respondió que los originales se habían extraviado. ¿Existirá en nuestro planeta y sus alrededores, algún ingenuo que crea esta abominable mentira?

Esta elección provocó un sinnúmero de infartos en los “Cuellos Rojos” (Red neck) como se conoce al grupo de yanquis más recalcitrantes y racistas del mundo; a los dueños de la verdad; a los súper dotados que ya ni Ajedrez pueden jugar desde que su niño prodigio, George Bush hijo, les dejó sin torres, sin las Torres Gemelas, hay que aclarar.

Cómo, un hombre de piel oscura, iba a gobernar a los rubiecos, a los bien parecidos, a los con licencia para matar como los agentes de la C.I.A. que andan metiéndose donde nadie los llama, propiciando derrocamientos de gobiernos legítimos y democráticamente elegidos, gobiernos progresistas y anti imperialistas, pero que no cuentan con el beneplácito de los “mandamases” norteamericanos. Cómo presidirá una nación que se enorgullece de tener el famoso “Club del Rifle”, que sirve de mal ejemplo para quienes, sin ton ni son se arman y provocan crueles matanzas en colegios, escuelas, universidades, cafeterías, calles, oficinas de gobierno y otros lugares públicos. País de locos, dice la gente.

De qué manera controlará a quienes se “entretienen” provocando horribles matanzas de animales que ningún daño hacen a nadie, como la Sarah Palin, ex candidata a la vicepresidencia de la república por el partido republicano, que se

divierte matando osos y otros animales en el Estado de Alaska, del cual fue su gobernadora. Fundadora, además, del “Tea Party” o “Partido de Dios”. ¿Partido de Dios? Sí, Partido de Dios, como lo está leyendo. ¡Yanquis fanáticos!

¡Cómo fue posible que esto haya sucedido! Hasta el dios del partido de la Palin ha de estar contrariado, ha de estar cabreado con esta elección. ¿Acaso ya han comprobado que en el cielito existen angelitos negros?

Imagínense, cómo un descendiente de africanos puede estar por sobre las cabezas de los que fueron derrotados en Vietnam, lugar en el que la nación hipócritamente auto llamada cristiana empleó los más crueles y prohibidos métodos de guerra conocidos, como la utilización del napalm y otros gases venenosos. Algo realmente monstruoso, como nos han mostrado y nos muestran las fotografías y filmaciones de esa época; documentos que deben avergonzar y servir para que el resto de la humanidad les pida cuentas, aunque sean lo que son: la primera fuerza bélica de la Tierra.

Cómo, este advenedizo iba a estar por sobre las decisiones de quienes fabrican y venden armas para las guerras; o los que fabrican guerras para vender esas armas. ¿Estará preparado para seguir con los planes expansionistas del imperio capitalista?; ¿estará preparado para seguir dando órdenes sobre lo que deben o no hacer los países de América Latina en lo referente a políticas sociales y económicas? ¿Estará preparado para seguir manteniendo ocultos a los narcotraficantes norteamericanos que son intocables y que nunca aparecen en las listas de “la DEA”, a pesar de actuar dentro del país que ocupa el primer lugar en consumo de drogas en todo el planeta? De ansiolíticos también.

¿Podrá gobernar el país que prefiere tener a su juventud envenenada por las drogas antes que protestando en las calles ante las equivocadas actuaciones de sus gobernantes? Sólo es cuestión de mirar la película “American Gangster”, del cineasta Ridley Scott, basada en hechos reales, en personajes verdaderos como el narcotraficante Frank Lucas, que fue condenado a 70 años de cárcel, de los cuales, 55 le fueron rebajados por haber colaborado con la policía. Este “film” da a conocer cómo, en la época en que este país mantenía su guerra contra la nación asiática, la heroína procedente de Vietnam y de Bangkok, era transportada a New York en aviones de la fuerza aérea norteamericana.

Contando con la colaboración de Lucas se descubrió que las 3/4 partes de los integrantes de la Agencia Antidrogas de “La Gran Manzana”, trabajaban para narcotraficantes, llenando sus bolsillos con dinero sucio, dándoles protección y evitando que caigan en las redadas que la policía antinarcóticos, los pocos honrados que quedaban, les tendían. Muestra irrefutable de la doble moral con la que actúan las altas esferas de poder de esa nación. Se sabe que los soldados norteamericanos que se encontraban peleando en Vietnam, se hicieron adictos a la heroína. Pruebas existen a montones, según testimonios ofrecidos por veteranos de guerra saturados de los traumas que dejan estos conflictos.

¿Gobernará bien al país capaz de cometer enormes ingratitudes, como las que cometió contra Bobby Fischer, el gran Maestro; el campeón de Ajedrez más joven de U.S.A., que se coronó como tal a los catorce años de edad; el “americano” que quitó el título a los ajedrecistas de la Unión Soviética, luego de que estos dominaron el panorama mundial en el deporte ciencia por más de 40 años? Los mandatarios de este país se olvidaron de su héroe deportivo, castigándolo de por vida a no poder volver más a su patria, por el horrendo crimen de haberse ido a jugar Ajedrez, que era su pasión, que era su vida, en Yugoslavia, país de la órbita comunista, sin el omnímodo consentimiento del gobierno de los EE.UU.

El gobierno yanqui le puso jaque mate. Nunca más, Bobby Fischer, pudo volver a su país. Condenado al ostracismo murió 2008, en Reikiavik, Islandia, país que le concedió su nacionalidad. Murió olvidado de quienes en su momento de gloria le aclamaron; se olvidaron del campeón que terminó lejos de su tierra; lejos de los suyos y lejos de todo lo que amaba. Murió de olvido, de nostalgia, de ingratitud.

¿Podrá imponer su poder en este país torturador de presos en Guantánamo y en la prisión de Abu Ghraib, en Iraq?; ¿podrá impedir que sus soldados se orinen sobre los cadáveres de los caídos en los territorios invadidos? Quienes hemos tenido la oportunidad de ver los cientos de fotografías y vídeos de estos crímenes de lesa humanidad, publicados en periódicos, revistas, televisión e internet, sabemos lo que hicieron las huestes norteamericanas; lo sabemos muy bien y podemos hacer un parangón con lo que pasó en la Alemania nazi.

¿Se llegará a cumplir el anhelo de todos los cubanos que aman a su patria y han permanecido fieles a su Revolución, de recuperar ese gran territorio ocupado, por estratégico y hermoso, como es Guantánamo, por alguna gestión de este presidente?

¿Podrá manejar las riendas de un país que maltrata a quienes necesita, a quienes debe mucho de su grandeza en el campo de la economía; a personas que dejándolo todo llegan a trabajar en esta nación: los migrantes?. No consideran el hecho de que ellos mismos proceden total y absolutamente de la migración.

¿Podrá imponer sus órdenes en una nación que festejó la caída del Muro de Berlín con bombos y platillos, con Ronald Reagan, mediocre actor e ídem presidente a la cabeza, mientras en el sur de la frontera que comparte con el hermano país mexicano se construía el muro de la ignominia, de la vergüenza, con toda la tecnología de punta que actualmente puede utilizarse, para que no pasen los hermanos latinoamericanos que llegan en busca de trabajo? Muro construido en suelo mexicano, arrebatado por la fuerza de la ocupación militar, en la época del tres veces dictador General Antonio López de Santana.

Cuánta razón tuvo el dictador azteca Porfirio Díaz, para pronunciar su famosa sentencia: “Pobre México, tan alejado de Dios, y tan cerca de los Estados Unidos”.

SKID ROAD

Una hermosa mañana de sábado, mi esposa me hizo una invitación: después del desayuno saldríamos de paseo. Quería que conozca el “Downtown” de Los Ángeles, la urbe monumental, el sector de los grandes rascacielos. Era el tercer fin de semana que pasaba en esa nación. Salimos de la casa situada en la ciudad de Rowland Heights y, a los pocos minutos, nos encontramos circulando por la autopista 60 o “Pomona”, que sería la que nos llevaría al sitio programado.

Kilómetro a kilómetro íbamos devorando la distancia que nos separaba de la tan nombrada y famosa ciudad. Mientras la distancia se hacía más corta, recortando el horizonte maravillosamente se podía divisar la espectacular silueta de la ciudad construida hacia arriba, con sus hermosas edificaciones que buscaban confundirse con las nubes en el día, y con las estrellas en la noche. Los Ángeles es la principal ciudad del Condado del mismo nombre y del Estado de California. Está rodeada por gran cantidad de ciudades pequeñas que la convierten en una de las más grandes del territorio gringo.

El Estado de California, anteriormente perteneciente a la república mexicana, tiene ciudades importantes que llevan nombres en castellano, Los Ángeles, San Francisco, cuna de Hippies por los años 60s y tolerante con la homosexualidad; San Diego, importantísima localidad cercana a la nación en la que nació Cantinflas; Sacramento, capital del Estado. Muchos nombres de calles y parques de estos centros tienen nombres en nuestro idioma. No sólo en California se dan estos casos; en otros estados sucede lo mismo; todo un estado tiene nombre en español, el Estado de Nuevo México. En cuanto a las calles sucede lo mismo; las principales tienen sus nombres puestos en idioma castizo; la Alameda, la Figueroa, la San Pedro, entre las principales. La Primera, la Segunda, la Tercera, etc., entre las transversales.

Una vez dentro de la ciudad, empezamos a dar vueltas admirando las hermosas estructuras de sus edificios, sus parques, avenidas, su gente, hasta que llegamos a un sitio sorprendente por lo que se puede observar allí. Me pareció que habíamos salido de la ciudad, del país; que estábamos en un mundo de pesadilla que se preparaba para celebrar algún aquelarre. Lo que pude mirar superaba mi capacidad de asombro. Al averiguar a mi esposa, esta me explicó que ese lugar es “Skid Road” (camino torcido, equivocado); no te alarmes, verás cosas peores.

En el primer mundo, en el imperio, en el paraíso, no era posible contemplar lo que estaba observando. Skid Road es un sitio que está ubicado en el centro oeste de Los Ángeles, es una extensión muy grande comprendida entre las calles Alameda y Main Street en el sentido de oriente a occidente, y desde la calle Tercera hasta la Séptima de norte a sur. Es el sitio donde se alojan los llamados “homeless”, (sin casa), indigentes que según un censo realizado en el año 2011, llegaban a la cantidad de 4316 individuos quienes, en las más miserables condiciones de vida conforman este sitio de tragedia dentro de tan importante ciudad.

Estadísticamente, en el año indicado, se comprobó que en todo el Condado de Los Ángeles deambulaban 90.000 desamparados, motivo por el cual este es considerado la capital de los indigentes en todo Estados Unidos. Capital de los desheredados, de los condenados, de los sin nada, de los vagabundos, de la escoria humana, de la basura, de los desahuciados de la sociedad; de los parias, de los viciosos y un sinnúmero de epítetos denigrantes para el ser humano, con los que estos seres son identificados.

Está compuesto por contagiados de toda clase de enfermedades; enfermos mentales, esquizofrénicos, paranoicos drogadictos, alcohólicos, proxenetas, delincuentes de toda índole; tullidos, mutilados, de casi todas las nacionalidades, sobreviviendo en las peores condiciones que uno pueda imaginar; conviviendo con las ratas y la mugre; habitando con los insectos y la podredumbre acumulada por años de abandono y de descuido. Es el gran secreto de la enorme ciudad; esto no se da a conocer en las películas de Hollywood, ni en las grandes series de la televisión norteamericana; tampoco en la gran prensa amarilla de esa nación.

Y no se da a conocer esta lacra social, esta llaga purulenta, porque a la gran sociedad indolente ante los graves problemas que aquejan a la humanidad en lo que tiene que ver con la gente pobre, ni le va ni le viene. Saben de su existencia, pero no les importa; vale más dar a conocer el estilo de vida americano mentiroso y embaucador, que preocuparse de estos graves problemas que hieren la conciencia de los seres racionales.

Pero ahí está el Skid Road, mostrando su monstruosa cara, mostrando su terrible realidad, su horrorosa careta. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, sobreviviendo en las más espantosas condiciones de vida, si es que a eso puede llamarse vida. Con sus fantasmales figuras, vestidos con harapos o con lo que pueden, estos seres humanos, ya medio muertos ya medio vivos, deambulan por las calles bajo los efectos de drogas como el alcohol y tantas otras más. Seres con unas descomunales cabelleras, arrastrando sus pasos a duras penas; otros, eufóricos por los efectos de lo que fumaron, de lo tomaron o de lo que se inyectaron, se mezclan en una simbiosis cruel y deshumanizada. Son seres que no tienen nada, no quieren nada, no esperan nada, no piden nada, porque ya no son nada o casi nada. Ahí se vende toda clase de drogas como si se tratara de vender pan.

Algunos reciben cheques del gobierno en calidad de veteranos de guerra; veteranos de guerras que jamás se dieron en ese territorio, guerras que se dieron en Corea, en Vietnam, en Irak y en otras latitudes; guerras nunca declaradas sino producto de las ambiciones expansionista de los gobiernos representantes del injusto y condenable sistema de dominación yanqui. Por eso el grito de rechazo que ha surgido en varias naciones del planeta y que clama muy decididamente: "Yankees go home", prácticamente se ha convertido en un lugar común.

Reciben sus cheques pero prefieren seguir viviendo en Skid Road, porque en otros sitios ya no tienen cabida. Reciben sus cheques porque fueron a otras naciones desconocidas a matar a gente desconocida y que, paradójicamente, de

héroes guerrilleros retornaron casi muertos, con una enfermedad que los ha aniquilado en vida: la psicosis de guerra. Negros rubios y mulatos; desahuciados, ciegos y andrajosos; famélicos, heridos y tuberculosos, todos juntos en un mismo vecindario, son huéspedes eternos del suplicio y de la desesperanza. En este sitio se puede ver la miseria elevada a la máxima potencia, a la máxima expresión. Hay quienes no duermen ni de día ni de noche. Hay quienes ni están vivos ni están muertos. Hay quienes no comen ni de noche ni de día. Hay quienes ni están locos ni están cuerdos.

Para dormir todo lugar es bueno, y lo hacen en el sitio que puedan hacerlo; veredas, túneles, descampados, pasos a desnivel, recovecos, puentes, casas abandonadas, cabinas ya sin uso o cualquier lugar que pueda servirles de refugio; en camas hechas de cartones, pedazos de esponjas o colchones viejos.

A pocos años de haber llegado desde el Ecuador, conocí una noticia trágica y espeluznante: a un triste y miserable de estos seres, mientras estaba tendido en su pedazo de colchón y bien dormido, le rociaron gasolina y le prendieron fuego, ardiendo hasta morir en medio de las más horribles convulsiones. Nada pudieron hacer las autoridades debido a que no tenían a quien culpar, todos eran culpables y todos inocentes, una modernísima Fuenteovejuna de asfalto y de cemento, de vidrio y de dolor. Es más, se notaba que estos pobres y desgraciados individuos, ni para ser acusados de criminales servían ante las autoridades. Es el cruel destino de los parias.

Existen organizaciones que velan por el “bienestar” de estas personas, Misiones se llaman en su mayoría; hay que anotar que son instituciones particulares las que hacen esto, como las iglesias, sea cualquiera la religión que profesen, u organizaciones caritativas que se preocupan por su alimentación y porque tengan un sitio para pernoctar; pero como la primera condición que ponen para que reciban estos servicios es que no exista alcohol ni otras drogas de por medio, la mayoría nunca acude a esos sitios.

En el ambiente de los migrantes “latinos” les conocen como “wainitos”, palabra que deriva de “wine” que se pronuncia “wuain” y que significa vino. En invierno mueren de hipotermia, en verano por deshidratación y, en cualquier otra ocasión, mueren por falta de vida, vida que se les ha escamoteado por ser pobres.

Este también es el imperio, el primer mundo; este también es el paraíso de los yanquis. Este es el sub mundo del que se olvidó el inhumano capitalismo; este es el resultado del continuo exprimir a los seres humanos hasta convertirlos en desechables, como también se les conoce. Miles de ellos son migrantes que han fracasado en su intento por lograr un mejor futuro y ya no pueden salir de esa injusta y mortal trampa que les ha tendido el sueño americano.

Esta fue la sorpresa que me llevé cuando conocí el Downtown de Los Ángeles; este es el otro Hollywood, que no es ostentoso pero sí dramático, pero sí de terror; este es el sitio donde se producen escenas más dramáticas y terribles que las

proyectadas por las cámaras de la Meca del cine. Todas las miserias del mundo están resumidas ahí; todos los males de la Tierra. Las desgracias de la humanidad están representadas en ese dantesco escenario de la vida real. Esto se repite, en menor escala, en las grandes ciudades de la enorme nación, las ciudades del gran sueño, las ciudades de la nueva Babilonia o de las nuevas Sodoma y Gomorra.

Esta gran metrópoli está compuesta por una cantidad enorme de ciudades satélites, lo que le convierte en la segunda ciudad más grande del imperio americano, conocida también como la Reina del Automóvil, la ciudad de la gran red de autopistas de primera; la del más sensacional conjunto de puentes aéreos que se muestran esplendorosos desde el aire, como una gigantesca y mágica telaraña de cemento e imaginación y que, sin embargo, alberga en sus entrañas esta otra ciudad de pesadilla.

En el Skid Road se comete una gran cantidad de crímenes, que van desde las violaciones hasta los asesinatos. Esta es una prueba contundente de que el infierno que en la gran mayoría de las religiones es un simple y calenturiento invento, está situado en la parte casi central de una de las más importantes ciudades de los Estados Unidos, Los Ángeles. Yo lo vi, yo lo constaté, yo lo conocí, yo no lo soñé, yo estuve ahí; a mí no me contaron.

Una pequeña muestra de lo que es este submundo se da a conocer en la película "El Solista". Y es sólo una pequeña muestra, porque si habrían sacado lo que no debían sacar, ese "film" habría sido censurado. Quien llega a conocer ese sector, se lleva un gran cargamento de imágenes de pesadilla. Imágenes que parecerían sacadas de un mundo surrealista, espantoso y aterrador. Cuando recibí la visita de mi hija mayor, Jennifer, lo primero que hice fue llevarla a conocer el Down Town y, al hacerlo, obligadamente tuve que llevarle a "admirar" el Skid Road.

Todavía no sale de la sorpresa que esto le causó, no sale de su asombro. Todavía sigue conversando a sus amistades acerca del infierno que conoció en el mismísimo imperio americano.

LAS SANTAS BENDICIONES

En la Unión Americana, en lo patriótico, en lo cívico, todo está cubierto o adornado por la bandera de las franjas y las estrellas; en lo deportivo, el 90% gira en torno a los Dodgers, a los Lakers, al Galaxi; en lo referente a la música, el Rey Elvis, Michael Jackson, The Doors, The Eagles, Madonna, entre otros, son los referentes. Pero en lo religioso, ningún otro dios le disputa el primer puesto al Dios de los judíos, adoptado por el catolicismo y los protestantes; Dios judío, paisano de dueños de bancos y de casi todo Hollywood. Existen otras creencias con otros dioses que casi no cuentan. La frase "God Bless You", Dios te bendiga, es una de las más famosas que existe por esas tierras; si uno estornuda, quien o quienes están alrededor le dicen, acortando la frase anterior, Bless You, (bendiciones).

En la parte frontal de una gran cantidad de buses de transporte público de la ciudad de Los Ángeles y otras aledañas, se puede leer la frase “God Bless America”, Dios bendice América, en letras grandes y en el lugar donde deberían indicarse las rutas del recorrido. En “stickers”, en camisetas, en figuras que se venden como suvenires, se puede apreciar repetida esta frase. Cualquier persona puede creer, ingenuamente, que en este país tan bendecido de Dios, no pueden ni deben pasar cosas desagradables, grandes desgracias, ni producirse catástrofes naturales pavorosas, pues, están tan bendecidos y protegidos.

Contrariamente a lo que puede creerse, este país es atacado por casi toda clase de catástrofes naturales o producidas por el hombre. El temor en la gente es algo palpable, innegable; las entradas a las instituciones públicas son sitios en los que a uno casi le desvisten, le revisan manual y electrónicamente. Para el imperialismo yanqui, los migrantes son terroristas profesionales o en potencia. No hay que olvidar que quienes han sido identificados como tales, en caso de ser extranjeros, han ingresado al país de manera legal, llegando, incluso, a realizar estudios y conseguir profesiones en ese territorio.

Es el país que cada año sufre las inclemencias y la destrucción que suelen dejar a su paso los ciclones, huracanes, tornados, inundaciones, derrames de crudo, eso sin contar con los incendios forestales de proporciones dantescas, espontáneos o provocados por la perversidad de seres humanos que se solazan con la destrucción que provoca el fuego. Todo eso sin tener en cuenta las terribles catástrofes que provoca el terrorismo, interno o externo; las tremendas nevadas que ocasionan choques múltiples de hasta cien o más vehículos destruidos.

Un amigo anglosajón decía que ni los nacidos en territorio norteamericano podían ser felices o vivir tranquilos; -“Es que no estamos seguros en ninguna parte”-, se quejaba. -“Por eso la gente busca armarse para poder defenderse y sobrevivir. Hay matanzas en los lugares que menos se piensa; cualquier loco sale de donde uno ni se imagina y empieza a disparar a ciegas y contra quien sea. En la mayoría de naciones no gozamos de aceptación, salvo contadísimos países, debido a que nuestros gobernantes no se han medido en atacar o invadir otros territorios; entonces, qué podemos esperar, ¿que nos quieran?, ¿que nos adoren?, ¿que soliciten nuestra ayuda para desarrollarse, para que puedan salir de su atraso? Hemos sido nosotros la causa de su estancamiento y subdesarrollo, con la desalmada explotación de sus materias primas, recursos naturales y humanos”-.

-“De qué derechos humanos podemos hablar, si nunca los hemos respetado. Si hemos sido los campeones de la segregación racial; nunca podremos pagar a la humanidad por tanto daño causado, por tanto muerto dentro y fuera de nuestras fronteras. Todavía le duele al mundo el caso de los migrantes italianos Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, en los albores del siglo anterior, en el que las autoridades que administraban justicia, sabedoras de su total inocencia, les condenaron a muerte en la silla eléctrica, lo que provocó airadas protestas del propio pueblo estadounidense. Si los que gobiernan esta enorme nación serían como somos su pueblo, la cosa sería distinta”-.

-“Somos el país que cuenta con la mayor cantidad de iglesias, sectas, cultos, religiones y hasta sectas satánicas; hablamos de paz, pero al mismo tiempo estamos patrocinando guerras, todas fuera y lejos de nuestro territorio. Nadie hace nada por desterrar la drogadicción, el alcoholismo; este país es el caldo de cultivo para que en todas sus ciudades se produzca el advenimiento del pandillerismo, el narcotráfico y la prostitución. En este país más importante que tener buena conciencia es tener buen crédito; es una sociedad materializada, una sociedad consumista; sus ciudadanos se han convertido en compradores compulsivos”-.

Decía, además, que este país está lleno de locos; -“imagínate, ya ni siquiera en las fiestas dedicadas a los niños la gente puede estar tranquila; los padres de familia deben tener mucho cuidado con sus niños cuando llega el “Halloween”, porque a unos desadaptados se les ocurrió poner sustancias venenosas en los caramelos que se reparten en esas festividades; algo increíble, algo que uno no puede ni siquiera imaginar que esté sucediendo. En este país se puede esperar de todo, sin que nadie halle la forma de parar estas barbaridades-. -En plena navidad-, prosiguió, -un esquizofrénico disfrazado de Santa Claus se metió en la casa de unos familiares en la ciudad de West Covina, y mató a balazos a nueve personas, entre mayores y niños, entre los juguetes y el árbol de Navidad”-.

“En cuanto a las religiones, lo que ha sucedido a lo largo de los años es algo absurdo, algo que uno se niega a dar crédito. Si antes fue la “quema de brujas”, luego lo del horroroso Ku Klux Klan. Últimamente son ese sinnúmero de sectas suicidas guiadas por paranoicos mesías salidos del más fanático oscurantismo y que han llevado a cometer suicidios masivos entre sus fieles, sin tener en cuenta que junto a ellos se ha llevado a la muerte a seres inocentes como los niños. No se sabe cuántos quisieron viajar al Paraíso subidos al cometa Halley y, para hacerlo, tuvieron que suicidarse”.

“País esclavista como fue y sigue siendo, continúa explotando a los trabajadores que vienen de otros países a realizar labores que sólo ellos, por necesidad, se atreven a hacerlas. Los casos de los migrantes que trabajan en las procesadoras de basura son un claro ejemplo de que no es verdad que aquí las leyes se cumplen o se las hace cumplir”.

“Mientras quienes trabajan en las factorías, almacenes u otras fuentes de trabajo son perseguidos, quienes trabajan en las ya nombradas procesadoras no tienen inconvenientes. Bien por ellos, por los trabajadores. Nadie hace redadas en esos sitios buscando gente que no tiene documentos; y son miles de miles los que trabajan entre los desperdicios que producen las ciudades. Y no es porque las autoridades sientan asco de ir a controlar en esos sitios. El caso es que estos negocios pertenecen a gente adinerada, archimillonaria y poderosa, por eso es que las autoridades de migración nunca se hacen presentes por esos lados; quienes están trabajando en esos sitios lo hacen de manera tranquila, porque saben que nunca serán detenidos, porque están protegidos por sus patronos que son intocables y gozan de la invulnerabilidad que produce el dinero. A sus negocios o empresas nadie se atreve a molestar. Ahí no hay ilegales”.

Regresando a lo de la bendiciones, este país está invadido de gente santa que al que pasa le ofrecen en bandeja de oro el Paraíso. En cierta ocasión, un señor alto y muy listo se me acercó y empezó con una tremenda perorata que tuve que cortarle para que no gaste saliva en vano. -Yo no puedo pertenecer a su iglesia-, le manifesté directamente,- y no puedo pertenecer a su grupo religioso por una razón muy simple: hace poco me salvaron la vida en un hospital de esta ciudad practicándome una transfusión de sangre. Ustedes, siguiendo un dogma irracional, prefieren que la gente muera, antes que permitir esta práctica médica que ha salvado millones de vidas.

La humanidad entera se conmovió cuando salió a la luz la gran cantidad de curas pedófilos, especialmente en EE.UU. La Arquidiócesis de Boston se declaró en banca rota ante la imposibilidad de pagar ingentes cantidades de dinero a las víctimas que siguieron acciones judiciales contra esta institución. El arzobispo de la Arquidiócesis de Los Ángeles, Roger Mahoni, en California, emprendió una “cruzada” sensacional en busca de fondos para hacer frente a las demandas a su iglesia: reunió 680 millones de dólares para pagar indemnizaciones.

“A lo largo del 2002, el diario The Boston Globe publicó cerca de 600 historias sobre el escándalo que sacudió al mundo sobre los abusos sexuales cometidos por algunos miembros de la iglesia católica. 249 sacerdotes y hermanos fueron públicamente acusados de abuso sexual en la Arquidiócesis de Boston. El número de sobrevivientes en esa ciudad se estima que sea mayor a los 1000. En diciembre de 2002, el Cardenal Bernard Law, que intentó ocultar los casos de pederastia, renunció a la Arquidiócesis de esta ciudad, fue reasignado a la Basílica María Maggiore en Roma, uno de los puestos de más alta jerarquía de las iglesias Romano-Católicas alrededor del mundo. Importantes escándalos de abusos han sido descubiertos a lo largo y ancho del Planeta”. La investigación del Boston Globe, ganador del Premio Pulitzer que sacudió al mundo, causó una grave crisis en una de las instituciones más antiguas del orbe”.

De todos los sacerdotes denunciados, ni uno solo ha sido sentenciado ni ha pagado con la cárcel sus delitos; lo máximo que se hizo fue darles cambios a otras ciudades o a otros estados. Intocables los señores porque les cubre esa capa de inmunidad que les proporciona el hecho de ser los representantes de Dios en la Tierra. Lo único que la sociedad ha recibido es el pedido de perdón de parte del Papa Francisco.

Ningún perdón ha resucitado a ningún muerto, ni ha sanado las crónicas heridas psicológicas y corporales que las víctimas han sufrido.

SEGUNDA PARTE

EL MATROMONIO Y EL VIAJE

Si hablamos de un fenómeno social omnipresente desde siempre y para siempre, tenemos que obligadamente referirnos a la migración. El motivo por el cual un ser humano tiene que sufrirlo pasa desapercibido; lo importante es saber que desde el momento en que se aventura o se ve obligado a padecerlo, esta forzado a dejar todo lo suyo. El migrante no nace, se hace; son las circunstancias las que le obligan a buscar otros territorios para habitarlos, buscando algo que en su lugar de origen no ha podido o no puede conseguirlo.

Mucha gente ha escogido o se ha visto obligada a residir en otros países. Existen personas que desgraciadamente han sido expulsadas de sus naciones. En los países latinoamericanos se ha producido y se produce la migración, en la mayoría de los casos, por cuestiones económicas, derivadas de la falta de trabajo o el quemeimportismo de gobiernos a quienes el ser humano nada importa; el capital es el factor preponderante. Emigrar nunca ha sido ni será una cuestión fácil; no es irse de paseo, de vacaciones, es mucho más que eso; es, hasta cierto punto, desarraigarse y separarse de lo que más se quiere; es apartarse de padres, de esposa o esposo, de hijos e hijas, es resignarse a cambiar de costumbres, “a vivir una cultura diferente”. Emigrar jamás ha sido “una perita en dulce”.

Nunca quise viajar al Imperio capitalista, ni siquiera a conocerlo Si lo hice fue por circunstancias que no estuvieron planificadas, que se salieron de mi control. El 30 de octubre del 2000, sucedió algo que me desacomodó la vida: Después de trabajar 22 años y unos meses, fui separado de mi empleo en el Departamento de Comunicación Social del Instituto Ecuatoriano de Seguridad Social, I.E.S.S., por supresión de partida debido al “recorte del Estado” puesto de moda y en práctica por “gobiernos privatizadores de derecha (sabrán disculpar la redundancia o el pleonasma), y que casi despedazaron al país con el feriado bancario. Ni los terremotos ocurridos en Ibarra y en Ambato, dejaron tanta destrucción como ese fatal suceso programado para esquilmar al pueblo de la patria.

De funesta recordación son los gobiernos del León, del Sixto, del Jamil, del Loco, del “Fabiolo”. Me di el lujo de estar ausente mientras gobernó el Lucio.

En estas circunstancias, y ante la imposibilidad de conseguir otro trabajo, no tuve otra alternativa que ver la posibilidad de arreglar la situación de diferente manera. El 9 de noviembre del 2000, luego de casi 20 años, volví a ver a una mujer que

todo ese tiempo vivió en Los Ángeles, U.S.A. Vino de vacaciones por unos días. Luego de ese encuentro, mi decisión de no viajar a EE.UU. comenzó a fracturarse. La vida nos tiene reservadas muchas sorpresas. Ese día mi vida daría un giro inesperado. La susodicha mujer había llegado a la casa de una común amiga. Fue esta última la que me “telefoneó” y me transmitió el mensaje: la recién llegada quería verme, pues al otro día volvería a su país adoptivo. No llegué a la hora acordada. Cuando me dirigía a la sala, me encontré con ella. –Hola-, le dije, -hola-, contestó; nos miramos fijamente y nos dimos un gran abrazo. Manchó con sus labios la parte de mi mejilla desprovista de barba. El color que esa noche tenían sus labios quedó en mi piel como un tatuaje que dio a luz la bienvenida.

-Parece que el señor no quería verme- se quejó. -¿Cómo estás?- , le pregunté.- Bien- contestó; -te ves linda, le susurré y nos dirigimos a la puerta de acceso a la sala. Dentro de la habitación encontré al esposo de mi amiga que al saludarme me expresó que pensaban que no llegaría. –Lo importante es que está aquí y hay que celebrarlo. Puso whisky en cuatro vasos y nos sirvió. Brindé por ella y el gusto de volver a verla. Ella hizo lo mismo.

Le manifesté que tenía unas ganas locas de verla, aunque tenga que esperar otros 20 años para encontrarla nuevamente. Me senté a su lado mientras mis amigos no se perdían un solo detalle. Empezó por decirme que casi no había cambiado, que seguía con mi pelo largo, con mi barba y con el mismo estilo de vestir que cuando me conoció. Vos te ves tan hermosa como la última vez que te vi, le dije, tan hermosa y lejana.- Estoy a tu lado-, contestó. –No me refiero a esto, digo que es mucha la distancia en la que vives y a la que retornarás mañana. Mis amigos, con pretexto de traer hielo nos dejaron. Una vez solos nos besamos apasionadamente; no hicieron falta palabras, fue como si esos casi 20 años no hubiesen existido. Mis amigos volvieron y empezamos a bailar.

Bailando un bolero me hizo una pregunta que me sorprendió.- ¿Tienes novia?-. –Si-, le respondí; -me queda menos de un mes para casarme-. –Muy bien-me dijo- te felicito, pero no sólo porque te vayas a casar, sino porque sigues siendo franco como cuando te conocí. Es más, si mentías habrías quedado mal, porque averigüé y me dijeron que estabas de novio, hasta el nombre de ella me dijeron-.Entonces, ¿por qué preguntaste?-.; para ver si decías la verdad-. - ¿estás conforme?, fue lo último que pude decir porque el bolero terminó.

Serví unos tragos y vaso en mano me acerqué a ella y le dije:- Quédate unos días más; tus vacaciones terminan en una semana-. –Por qué y para qué, me consultó; -Para estar con vos, para poder estar juntos unos días más-. –Está bien-, asintió,- aplazaré el viaje cuatro días para que el señor no se enoje-. Cuando mi amigo se

enteró de la decisión, nos dijo que una amiga suya trabajaba en la agencia de viajes en la que tenía que cambiar la fecha del viaje. Fuimos a su casa y todo se arregló. El resto de la noche fue de maravilla.

Los días que pasamos juntos revivimos el pequeño romance vivido años atrás. Me enteré que estaba divorciada y yo me encontraba separado de la madre de mis hijas, con quien viví en unión libre durante 18 años. La última noche que pasamos juntos, me dijo que desearía no irse, que los días pasados en mi compañía serán inolvidables. Se marchó llevándose mi amor a la distancia, mas nunca al olvido.

Quedó en llamarme por teléfono y así lo hizo. Me confesó que nunca pensó que le pasaría lo que le estaba sucediendo; que nunca imaginó regresar tan apesadumbrada porque otra vez se veía sola; que le pareció que en el avión la única pasajera era ella, de tanta soledad, Que lo que ella quería era saludarme, saber cómo estaba y nada más, pero que las cosas se salieron de su cauce.

Le conté que para mí fue duro el hecho de verla marcharse; que regresé a mi casa y me encerré en mi cuarto a tratar de tranquilizarme, que el dolor de ya no verla era más fuerte que todo. A la cuarta o quinta ocasión que hablamos le pregunté si quería casarse conmigo. -¿Hablas en serio?- replicó. -¿Me estas pidiendo que me case contigo de verdad?, ¿y tu novia?-. -Eso es cosa mía- le contesté. Lo que quiero es tu respuesta-. Oí que a la distancia ella dijo que sí, que sí se casaría conmigo. Lo demás no me acuerdo.

Al siguiente día terminé con mi novia porque pensé que si me casaba con ella, sólo le haría un mal. Esto le conté a mi madre y se llevó la gran sorpresa y un enorme disgusto, ya que era partidaria de que me case con quien estaba todo preparado. -Mamá-, le dije, -usted sabe que cuando tomo una decisión la tomo luego de pensarlo muy bien. Vamos a fijar la fecha y vendrá para casarnos y arreglaré los papeles para viajar tan pronto como pueda. Sé que es una decisión dura, incluso para usted, pero ya lo he decidido. Mis hijas saben de esto y están de acuerdo; les dije que trataría de ser feliz, aunque sea en los Estados Unidos.

Mi intención no es quedarme allá toda la vida, argumenté, serán unos añitos nada más. Quedamos en que a mediados de marzo del 2001 vendría a Quito y nos casaríamos. Y vino. Y nos casamos el 23 de marzo en la parroquia de Calderón.

Lo que por tantos años me negué a realizar, mi situación de desempleado me llevó a hacerlo. Ni yo mismo creía lo que estaba pasando. Tendría que hacer el papeleo para conseguir la visa que me permitiría viajar. Lo primero fue durísimo:

hacer cola en la “Embajada Americana”, a la que había acudido varias veces, pero a protestar.

Viajé el 16 de octubre del 2002.

LAS ABERRACIONES DEL PADRASTRO

Ella llegó a Los Ángeles en 1984, año de las Olimpiadas en esa ciudad. Viajó de Quito a la ciudad de México, para de ahí continuar el viaje hacia Tijuana, urbe fronteriza con EE.UU., lugar en el que según lo planificado, él estaría esperándola. Un “coyote” le ayudaría a entrar en territorio “americano”, “burlando” a las autoridades de migración. En el primer encuentro recibió el aviso de cómo sería su vida al lado de ese casi desconocido. Sin otra alternativa, tuvo que asirse al único soporte que tenía en ese lejano país. De buenas a primeras, recibió maltratos.

Ella quedó viuda y con dos hijos, un niño y una niña, cuando tenía 22 años de edad. Luego de la tragedia que sufrió su compañero, se quedó a vivir en casa de sus suegros. En lo económico no tenía problemas, heredó algo como para vivir holgadamente. Todo andaba bien hasta que decidió trasladarse a vivir en Quito, llevándose a su pequeña hija, mientras su hijo permanecería con sus abuelos.

Conocí a esta mujer a finales del 79; un amigo me presentó una tarde de domingo en que ella llegaba de un pueblito que queda entre la Sierra y la Costa, después de visitar a su hijo. Me impresionaron su rostro y su figura; me dio su mano en señal de saludo, y sentí que algo estaba sucediendo dentro de mí. Luego de la presentación dijo que tenía que retirarse porque se sentía cansada. Tras de sí dejaba a un hombre gratamente impresionado y con ganas de volver a verla.

De este encuentro nació un pequeño romance, que no continuó debido a que yo, por pasar en su casa la mayor parte del tiempo que tenía libre, empecé a descuidar mis estudios. Sin previo aviso, desaparecí de su vida. Lo único que supe durante largo tiempo fue que viajó a los EE.UU., donde se casó y pudo arreglar su situación de indocumentada Volví a verla el 9 de noviembre del 2000.

Cuatro años después de mi desaparición, conoció en Quito a quien le convencería para que viaje al país del norte, ante la difícil situación económica en la que se encontraba. Este, de vez en cuando, viajaba a Quito a visitar a su familia y ver, si por suerte, encontraba una mujer que desee viajar a vivir con él. Una vez en Los Ángeles, el tipo, después de conseguirle trabajo, le quitaba el cheque semanal que cobraba. No contento con eso, cada fin de semana, y mientras se encontraba

borracho, le agredía verbal y físicamente. A tanto llegó el maltrato que muchas veces tuvo que acudir a su trabajo con magulladuras en la cara, en el cuerpo; con los ojos morados e hinchados, lo que disimulaba utilizando gafas oscuras.

De malas costumbres y pésimo carácter, este “señor”, años atrás, no pudo retener a su primera esposa, una ciudadana guatemalteca que tras haber recibido toda clase de vejaciones, prefirió huir a su país, llevándose al único hijo que procrearon, sin que le haya quedado ganas de regresar a ese territorio al que tanto trabajo le costó llegar, y en el que había sufrido por causa de ese mal “hombre”. Este mal individuo jamás volvió a conseguir pareja, hasta que conoció a la mujer a la que convenció para que viaje a encontrarse y mantener relaciones de pareja en tierras “americanas”. Luego de algunos meses se casaron.

Arreglada su situación migratoria pudo reunirse con sus dos hijos, quienes permanecieron en el Ecuador. Su marido empezó a demostrar un raro interés por la hija recién llegada y ya crecida, quien, por su situación de huérfana temprana, creyó haber encontrado el cariño paternal en su padrastro. Craso error, cuando tenía 15 años cumplidos y mientras su madre se encontraba en su trabajo, la violó.

La violó y se mantuvo violándola por más de dos años, bajo la terrible amenaza de que si le denunciaba, haría deportar a su madre, a su hermano mayor y a ella misma, muletilla muy utilizada por esta clase de cobardes desviados. El miedo a tales amenazas hace que las víctimas guarden un silencio sepulcral.

En otro campo y en años de la cruenta guerra que el imperio mantuvo contra Vietnam, este sujeto le hizo trampa al Departamento Estado de U.S.A., pues, al ser ciudadano americano por naturalización, le correspondía servir a las fuerzas armadas de esa nación, ya que estaba dentro de la edad requerida. En Quito, por medio de familiares hizo falsificar su partida de nacimiento. Nació el 18 de agosto de 1940, y se hizo pasar como que vino al mundo en el año 1948. De esta manera eludió lo que por ley le correspondía realizar por su país adoptivo.

He relatado esto, únicamente para que se sepa la clase de artimañas de las que se vale esta clase de cobardes para evitar cumplir con sus obligaciones. Ella, con el tiempo se enteró lo de este fraude, pero tal vez por la seguridad de sus hijos y la suya propia, nunca lo denunció. Cuántas penalidades se habría ahorrado.

Este mal ecuatoriano y peor ser humano, “visitó” varias cárceles de Los Ángeles, por violencia doméstica, violencia callejera y por conducir en esto etílico.

Cuando la madre de la muchacha empezó a notar algo raro en la relación de su hija con su padrastro, un día cualquiera fingió dirigirse a su trabajo y se regresó de medio camino. Decididamente ingresó a su dormitorio y, para su sorpresa, encontró a la pareja en un singular adulterio. Su reacción fue de rabia, de despecho, de desesperación y furia incontenibles.

Armó un escándalo que estremeció hasta los cimientos de la casa. Lo primero que hizo fue desahogarse utilizando a viva voz un vocabulario soez, para luego, abalanzándose contra él, arrancarle de un solo golpe la media peluca que utilizaba para ocultar la horrible quemadura que había sufrido en un trabajo anterior, cuando se le regó ácido en parte de la cabeza. -Mira esto-, le había gritado a su hija, mira con quien te has estado acostando; ¿no te da vergüenza?, ¿no te da asco?; míralo, ese es tu amante.

Lo decía a grito pelado y mirando con rabia a su hija, sin reflexionar que ella fue quien se casó con ese ser reprochable y, su hija, obligadamente tuvo que vivir en la misma casa y junto al violador. Temblando de las iras empezó a arrojarle lo que encontraba a ese sátiro desnudo y humillado que, sin la media peluca, parecía un personaje del cine de terror. Sin decir una palabra, el violador salió “como alma que se lleva el diablo”, a encerrarse en otro cuarto.

Ya vamos a hablar tú y yo, advirtió a la chica que permanecía en la cama sin decir nada, solamente viendo asustada la escena que estaba protagonizando su madre. Ni siquiera lloraba, mientras su progenitora se había dedicado a patear y pisotear el pedazo de peluca tirado en el piso. Para la enfurecida mujer, toda la culpa tenía su joven hija.

Llamó a la policía que, como era natural, se llevó al abusador a la cárcel, donde le esperaba una condena de varios años. Para la enfurecida mujer, hay que recalcar, toda la culpa tenía su joven hija. Cuán equivocada se encontraba; el odio que empezó a sentir hacia esa casi niña, se diluyó cuando se enteró de la verdad y comprobó que la adolescente fue una más de las víctimas de este abusador.

A partir de entonces, el desenlace es un misterio. No se sabe por qué ella levantó los cargos que pesaban sobre él abusivo. Cuando le averigüé por qué procedió así, la respuesta fue más que vaga: Tú no sabes lo que es estar presionada, me respondió. Nunca especificó quién o quienes la presionaban; si él se encontraba en prisión, el único que podía hacerlo era su hermano menor que vivía en la misma ciudad. Yo saqué como conclusión que levantó los cargos porque recibió dinero. Si por “plata” viajó a ese país, que bien debe haberle caído una buena cantidad de dólares.

Más tarde me enteré de los atropellos que este sujeto cometió contra dos niñas hijas de su hermano, una de ocho y otra de seis años. En las visitas que realizaba al hogar de su hermano, llevaba regalos y golosinas para las pequeñas, utilizando como pretexto la entrega de estas, para quedar a solas con las dos hermanitas y aprovechar para manosearlas. Esto pasaba en todas las visitas, hasta que la niña de ocho años contó todo a su madre, quien indignada amenazó con denunciar los ultrajes a la policía. Todo quedó en amenazas, ya que el impase se solucionó con el dinero que dio a su hermano menor y a su esposa.

En los primeros meses de mi estadía en esas tierras, conocí a una mujer procedente de Honduras llamada Yolanda, vecina de la familia en los tiempos en que se cometió el crimen. Fue ella quien me puso al tanto de los hechos. La mujer hondureña estuvo casada desde muy joven con un ciudadano de su mismo origen pero nacido en suelo “americano”; tenían una hija pequeñita. Era muy amiga de la muchacha violada, ya que por el trabajo de su esposo, siempre permanecía sola en casa, y gran parte del tiempo permanecían juntas.

El hombre trabajaba en una empresa de teléfonos y, aprovechando esta situación, colocó una máquina grabadora conectada al teléfono de la casa, descubriendo así que su esposa le traicionaba con el hermano mayor de la ultrajada. Como consecuencia de este engaño, fue abandonada junto a su hijita y, meses más tarde, se divorciaron. Empezó a frecuentar nuestra casa y, en una de esas visitas me relató lo relacionado a la violación.

-Yo no sé,- exclamó, -cómo es que la señora no dejó que este maldito se pudra en la cárcel; no sé por qué fue a levantar los cargos y él pudo salir libre. Cómo cree que quedaron las cosas luego de que se descubrió todo; las dos se hicieron enemigas. La señora creía que toda la culpa tenía su hija. A mí, como amiga, me contó todo con los mínimos detalles. Que resistió a los embates lo que más pudo, pero con lo fuerte que es ese ogro, la hizo rendir y cometió la más horrible de las humillaciones que puede sufrir una mujer. Me relató el terror que sentía ante las amenazas de que su madre, su hermano y ella podrían ser deportados-

-Menos mal que todo se aclaró, aunque con eso no se arregló casi nada, pero algo es algo; la señora no debió actuar tan irracionalmente echando la culpa de todo a su hija. En estos casos es el hombre el que abusa. Yo le echo la culpa de todo a su esposa, fue ella la que se casó con él sin siquiera conocerle. Situaciones como esta, suceden a montones, y en la mayoría de los casos los delitos quedan en la impunidad; los culpables son perdonados por sus esposas o convivientes. Es más, creen al culpable y no a sus propios hijos-

-Si supiera lo que ella me contó se quedaría espantado al saber lo que le hizo, y con cuánta saña procedía todo ese tiempo. Quien quedó seriamente afectado fue su hermano mayor, al punto que tuvo que dejar sus estudios porque la vida que empezó a llevar sumido en el alcohol y otras drogas, no le permitía seguir estudiando-.

Hubo de pasar varios años para que, ayudado por terapias y poniendo a prueba su fuerza de voluntad, reaccione y pueda obtener una profesión gracias al inglés que aprendió porque llegó a este país siendo muy joven. En fin, las secuelas que dejó en la familia este malhadado acontecimiento, fueron terribles. Mientras él quedó riéndose por lo que hizo-.

EL HIJASTRO Y LOS PROBLEMAS

Un sábado salimos con mi esposa con rumbo a la ciudad de Covina. Ahí vivía su tercer hijo nacido en Los Ángeles, a quien yo conocía solamente en “fotos”. Sabía que tenía 12 años y medio y nada más. Estacionó el carro frente a una casa que se veía desierta; amplia, pero sin vida. -Aquí vive mi pobre hijo-, murmuró. Como a los cinco minutos asomó por la puerta principal un muchacho moreno, que aunque llevaba un corte de pelo estilo cadete, se notaba que era zambo. Tenía sobrepeso y mediría un metro setenta.

Ella estaba autorizada para pasar con su hijo los fines de semana, cada 15 días. El muchachón se sorprendió al ver a su madre acompañada de un desconocido. Abrió la puerta trasera y se acomodó en el asiento posterior.

-Hola mami-, dijo; -hola contestó ella. -Buenos días, me saludó, -Buenos días-, contesté. -¿Te acuerdas, “mijo”, que te conté que tenía un novio?, le preguntó.-Si contestó. -Él es, ya nos casamos-. Acto seguido el chico extendió su brazo estrechándome la mano. -Mucho gusto-, le dije. -Mucho gusto-, contestó. Así, de manera corta y fría fui presentado a quien se había convertido en mi hijastro. Cómo se sentiría ese muchacho ante tan sorpresiva e inesperada noticia, sólo él podría explicar.

Echó a rodar el vehículo y empezaron a charlar. Yo no intervenía, solamente escuchaba mientras desparramaba la mirada por el paisaje citadino. -A dónde vamos-, preguntó la madre; -a “Jack in the Box”- respondió él, tiempos que no vamos allá. Fuimos al lugar mencionado y descubrí porqué el jovencito tenía sobrepeso. Devoró el desayuno. Mientras nosotros no habíamos consumido ni la mitad de los nuestros, el terminó el suyo y preguntó si podía pedir algo más, lo que

fue concedido. Después fuimos a dar vueltas por algunos centros comerciales y lugares de diversión.

El chico vivía con su padre porque este, acusando a la madre de violencia infantil, la demandó en la Corte de Menores, solicitando su custodia. Ella nada hizo por tratar de quedarse con el niño que apenas tenía cinco años. Es más, cuando fue citada para la audiencia final, no acudió a la Corte. El juez no tuvo problemas para adjudicar la Patria Potestad al padre. Luego, la madre justificaría su inasistencia aduciendo al tremendo tráfico que había en la autopista.

Si la madre habría tenido el mínimo interés por retener a su hijo, tenía cualquier cantidad de argumentos en contra del padre violador, argumentos que nunca habrían permitido que la autoridad legisle a favor de él. No lo hizo, y así consiguió librarse de aquel niño que tal vez estropeaba sus planes de seguir solterita y sin nadie a quien cuidar.

Lo más triste de esta historia no es el hecho de haber levantado los cargos en contra del criminal, sino que tres años después, y luego de haber permanecido separados maritalmente pero viviendo en la misma casa, este recibió de parte de la madre de la niña violada un regalo: un hijo, que es al que me estoy refiriendo. Una noche que se acordó que su hijo cumpliría años luego de una semana, me enteré que nació el seis de junio de 1990, y me di cuenta que el embarazo se produjo tiempo después de la violación.

Cuando le manifesté mi extrañeza y mi total desacuerdo por esa acción, y le señalé que cómo había sido posible que con todo lo que pasó dentro de la familia, ella haya sido capaz de cometer un acto tan degradante, no sólo para ella sino para todas las mujeres, como el hecho de haberse embarazado del violador de su propia hija, recibí una respuesta que me dejó más que desconcertado: -“Otras lo han hecho”-, dijo cínicamente. Esta y otras acciones, fueron las que me movieron a cambiar de actitud hacia esa mujer, sin importarme el hecho de que por ella me encontraba residiendo legalmente en ese país.

El divorcio, cuya sentencia dictada por la Corte Superior de Los Ángeles, el cinco de agosto del 2006, fue la única solución.

Para equivocarse, hay que equivocarse así.

TERCERA PARTE

SIGUEN LLEGANDO

Cuando los sueños se rompen, cuando lo programado se desbarata y lo proyectado queda en la nada, es cuando la frustración, el fracaso se hacen presentes. En el estado de crisis en que se encuentra el país más poderoso del mundo, no puede ofrecer ninguna clase de trabajo a quienes han llegado con documentos legales o sin brújula alguna. En nuestros países, ciudades, pueblos o aldeas, siempre estaremos mejor, siempre contaremos con manos amigas y solidarias. No así en las grandes ciudades del primer mundo, donde “uno es ninguno”, donde la gente, paradójicamente, se encuentra solitaria en medio de las multitudes.

Para no naufragar en el mar inmenso de la insatisfacción y sobrevivir a duras penas, es que quienes han vivido esa pesadilla antes llamada “sueño americano”, se ven obligados a realizar cualquier cosa para subsistir, para no morir de hambre, para no sucumbir bajo la influencia del alcohol u otras drogas. Quienes estén pensando en salir de las naciones latinoamericanas, están en todo el derecho de hacerlo, pero deben pensar más de una vez antes de hacerlo; no es nada fácil la cosa, todo es diferente a lo escuchado, a lo imaginado, La realidad es otra; la realidad, la mayoría de las veces, es cruel y decepcionante.

Estas narraciones, a más de ser simples relaciones, anécdotas o tragedias, tienen el carácter de denuncia, de evidencia sobre una realidad oculta a pesar de estar tan a manifiesta en ese enorme escenario en el que el dólar es el nuevo dios capitalista e inhumano; dios ambicionado por quienes creen que al atesorarlo, sus vidas tendrán algún sentido. Muchos lo han conseguido, en tiempos ya pasados. En la actualidad, millones se han quedado estancados y condenados a vivir de migajas y de sobras; otros, en cambio, ni siquiera a eso llegaron, ya que a la par que sus sueños, sus cuerpos se quedaron en el camino sin más patrimonio que el sufrimiento y la nostalgia de sus deudos.

Gran cantidad de migrantes han tenido la osadía de arriesgar sus vidas “cabalgando” en esos terribles y apocalípticos gigantes llamados “La Bestia”, trenes que en número de diez o doce, atraviesan el territorio mexicano. Nunca se sabrá el número de víctimas mortales y mutilados que ha dejado en su desgraciada travesía este trágico, para los migrantes, medio de transporte.

El “sueño americano” hace tiempo se acabó. Ese sueño en la actualidad se ha convertido en una cruel pesadilla, y, sin embargo, a diario llegan nuevos indocumentados; diariamente se los ve en grupos de cinco, de siete, nueve o más recién llegados. Asustados, hambrientos, harapientos, sucios, despeinados, hombres y mujeres; más muertos que vivos, ansiosos y en la ruina, se paran en las cercanías de los centros comerciales o almacenes frecuentados por “latinos”, tratando de conseguir ayuda para pasar ese mal rato.

Caminan como pisando en huevos, medio “descodados”, rengueando por lo destrozados que tienen sus pies; los zapatos rotos, los labios partidos, demacrados, mal alimentados, deshidratados. Necesitados de todo, sin tener en qué caerse muertos; con la esperanza hecha trizas, con la tristeza en sus rostros, con las miradas perdidas.

Son los neo migrantes, los nuevos expulsados de sus naciones; son los nuevos mendicantes. Piden ayuda a los transeúntes para llevar algo a sus estómagos vacíos y rugientes; piden colaboración para poder tomar alguna bebida y rehidratarse. Son los náufragos del desierto. Tratarán de llegar donde algún conocido, algún paisano o algún familiar, en busca de posada para poder mitigar el dolor de sus cuerpos maltratados por el cruce del desierto. Muchos no encontrarán más que la ciudad inmensa e inhumana; algún edificio abandonado, ciertos recovecos, puentes, veredas, parques. El cielo será su única techumbre y, tal vez, el alcohol su única cobija.

Quienes encuentren familiares, conocidos o gente caritativa que pueda alojarles por unos días, podrán salir del problema por un corto período. Tendrán que acomodarse en la más absoluta promiscuidad, en el más absoluto entrevero; pues, si los ya radicados en esa nación lograron rentar algún departamento o una pequeña casita, el número de inquilinos ha ido creciendo sistemáticamente, al extremo que, por separado, rentan la sala, el sofá para dormitorio. Duermen sobre la alfombra, sobre cartones, sobre esponjas y, si tienen camas, se acomodan cómo y cuantos puedan.

–“A lo primero que nos obligan en este país es a delinquir”- me comentó un amigo mexicano que tenía más de 15 años viviendo en el imperio. –Como nosotros nos vinimos dejando todo en nuestros países, lo más urgente es conseguir trabajo; para eso, lo común y corriente es acudir a las agencias de empleos llevando documentos que lógicamente son falsificados. En parques, en sitios cercanos a los grandes centros comerciales, en lugares de mucha aglomeración, nos ofrecen toda clase de documentos como si fueran baratijas o cualquier otra mercadería. Se puede encontrar desde una simple tarjeta de identificación, hasta el acta de

naturalización, pasando por la licencia de manejo, la de Seguridad Social y autorización de trabajo. En las agencias reciben esos documentos sabiendo que son falsos, que son comprados en sitios clandestinos, pero eso no es lo que importa. El sistema está hecho así, y que no se diga que las cosas en ese sentido se hacen de acuerdo a la ley. ¡Falso, de falsedad absoluta”!

“Los trabajadores del campo han sido sometidos al nuevo sistema esclavista. Hombres y mujeres han muerto bajo los terribles efectos de la deshidratación, debido a los insoportables calores que tienen que aguantar, trabajando a la intemperie y en condiciones deplorables. Son jóvenes indocumentados y desesperados por trabajar, reclutados para realizar las tareas más duras que suelen encontrarse en suelo “americano”. Trabajan en la cosecha de los diferentes productos que la tierra produce, productos que son llevados para la distribución en los grandes mercados o son consumidos en los diferentes sitios de expendio de comidas. Sin estos trabajadores no habría cosechas”.

“Estados Unidos trata muy mal a los migrantes; y decir muy mal es poco. No reconoce el aporte que estos han dado en bien de la economía de esa nación; esto sin contar que sin esa mano de obra barata, no habría sido posible que la industria norteamericana llegue a donde ha llegado. Los servicios generales, como se conoce al trabajo que realizan en las casas, hoteles, restaurantes y negocios a fines, no serían posibles sin el aporte de esta gente trabajadora”.

De esta y otras cosas me enteré cuando empecé a frecuentar una cafetería cercana al sitio en el que residía y trabajaba. Mi interés era enterarme de manera directa de tantas cosas para archivarlas en la memoria y, más tarde, transmitir las de alguna manera. Las primeras noches en ese local pasaba en solitario, hasta que alguien me preguntó si tenía fósforos, a lo que contesté que no, que no fumaba. Al notar que mi acento era diferente, me averiguó de dónde era, a lo que contesté con la frase que siempre decía en estos casos: Soy del Ecuador, el país de la Mitad del Mundo. Fue el primer amigo entre quienes frecuentaban esa concurrida cafetería: Juan González.

Por él empecé a relaciones con quienes asistían ese sitio. Cierta noche me encontré con dos amigos que en la víspera me fueron presentados. Me invitaron a tomar café. Muy atentos y sabedores de mi lugar de procedencia, uno de ellos me preguntó: -¿En qué parte de México queda el Ecuador?-. Pasada la sorpresa le respondí que Ecuador no queda en México, que quedaba mucho más al sur, en Suramérica. –Yo si dije, argumentó segurísimo el otro amigo,- más allá de Michoacán ha de ser-.

Poco a poco me fui convirtiendo en una especie de profesor para esas muy bonitas amistades. Nuestras reuniones duraban hasta casi la 11 de la noche, hora en la que cerraban el local. Cada día crecía el número de amigos en ese sector de la ciudad, compuesto en su mayoría por migrantes, indocumentados la mayoría. Existe una diferencia abismal entre quienes tienen sus documentos y los que no los poseen. Ocasionalmente se da el caso de personas que obtuvieron sus documentos legalmente, se vuelven rivales de quienes no los han conseguido. Parece que ellos nunca fueron “mojados”, dicen algunos.

La curiosidad era común en todos ellos; preguntaban de todo. Desde las cosas más inocentes e inesperadas, hasta las más inverosímiles y chistosas, como esa que me hizo y un señor nicaraquíense: ¿Es verdad que su país, quedando en la mitad del mundo, se encuentra muy alejado del mar?

Quedaron sorprendidos al saber cómo describió a los ecuatorianos el sabio alemán Alexander von Humboldt, quien en uno de sus textos escribió que los ecuatorianos son pobres y están sentados sobre riquezas; que dormían tranquilos estando rodeados de volcanes activos, y se alegraban con música triste. Para la mayoría de ellos fue sorprendente enterarse que Julio Jaramillo no era mexicano sino guayaquileño.

Entre los casos anecdóticos que me refirieron está el del “Nati”, migrante azteca cuyo nombre completo es José Natividad García Guerrero. De buena presencia y muy aficionado a la cerveza y al tequila. Cuando no está trabajando luce vestimenta de vaquero, incluido el sombrero de ala ancha y las botas de altos tacones. Elegante mientras está en sano juicio. A más de tomador, es el prototipo del galán que piensa que toda mujer está a su alcance, lo que le valió para “conquistar” a una “gabachita” (gringuita) que anteriormente vivió en México y era seis años mayor que él, a la que, tan pronto como pudo, la llevó a vivir en el cuarto que tenía en arriendo en el sector.

Sus “cuates” le felicitaban y le decían que estaba hecho, ya que casándose con la “güera” (rubia), el asunto de los “papeles” estaba arreglado, aunque sabían que en su país estaba casado desde hacía varios años, y tenía hijos grandes. El caso es que se sentía orgulloso de su hazaña. Andaba de arriba para abajo con su rubia “conquista”. Lo malo del caso fue que cuando aún no cumplían ni dos semanas de convivencia, el “Nati” le propinó tan tremenda paliza que la mujer fue a dar con su adolorido cuerpo en un hospital; y él, borracho hasta las botas, fue a dar con su traje de “cowboy” a la cárcel. Fue deportado por segunda ocasión.

O el caso de la mujer salvadoreña que ni bien puso sus piecitos en el bendito territorio “americano”, cayó en las garras de la “Migra”. Fue llamada a comparecer ante un juez de migración, no sin antes haber pasado detenida tres meses en una cárcel para mujeres “ilegales”. Explicó que llegó al país porque venía huyendo de la guerra civil que se dio en El Salvador en ese entonces. Durante la audiencia cayó en tal cantidad de mentiras y contradicciones que su señoría no tuvo más remedio que dictaminar su deportación “por decir mentiras en la Corte”. Dijo al juez, toda llena de nervios, exactamente lo contrario de lo que su abogado le aconsejó que dijera. Cuando se leyó la sentencia y fue consultada a qué país quería ser deportada, si a México a El Salvador, ella, hecha un mar de lágrimas contestó que quería ser deportada a Nueva York. Su hermano contaba que para el juez y los presentes, fue muy difícil parar de reír.

Estos dos casos son pequeños ejemplos de lo que pasa entre la gente que sobrevive en ese país. Casos como estos no son nada raros entre quienes injustamente han sido expulsados de sus países por los malos manejos de las economías nacionales, por gobiernos sometidos a la dominación del capitalismo y el imperialismo.

El caso de México es palpable: La firma del Tratado de Libre Comercio (T.L.C.) con el imperialismo yanqui, dio como resultado que el agro del gran país azteca haya sido abandonado. Y México, después de haber sido su propio abastecedor y exportador de maíz, en la actualidad es importador de esa gramínea. Una comida sin tortillas, no es comida, dice el pueblo mexicano, y las tortillas están hechas de harina de maíz.

Incluso, entre los entendidos del grupo causó sorpresa que les haya dicho que Cristóbal Colón no descubrió nada; que sólo fue un tropezón el que se dio en nuestras tierras, y que eso fue lo que le salvó de ser ejecutado por su tripulación. Que con anterioridad otros pueblos ya pisaron territorios que posteriormente serían llamados Nuevo Mundo. Que tales descubridores solamente vinieron a causar daños irreparables, depredación, saqueo de las riquezas, violaciones, etc.

Que el Dios que actualmente reina y atemoriza a la gente creyente, sólo existe en lo que hoy es América, a partir de 1492; es decir, vino en las carabelas enviado por los reyes católicos Fernando e Isabel quienes, para completar su obra, años más tarde enviarían a Thomas de Torquemada, el sanguinario judío converso a liderar la famosa Santa Inquisición, dejando un reguero de sangre y penalidades.

Según datos conocidos, este fúnebre y fanático personaje, simplemente conocido como Torquemada, por lo menos torturó y aniquiló a 90 mil personas.

En las ciudades de México y Lima, como muestra de esas prácticas macabras, han quedado las edificaciones en las que funcionaba esa fatídica institución que, en la actualidad, son museos del horror y la tortura. Amén.

LOS POBRES, LOS PARIAS Y LOS OTROS

En el libro “El Planeta Americano”, obra galardonada por lo bien que trata el tema del que se encarga, del español Vicente Verdú, dice que “quien ha emigrado a los Estados Unidos y no ha hecho dinero, es un fracasado”.

Muchos migrantes que no sólo han fracasado al no enriquecerse, prefieren quedarse en esta nación, algunos en calidad de parias, antes que regresar a sus países. La vergüenza de no haber conseguido el dinero por el que viajaron, les obliga a permanecer lejos de los suyos.

El alcohol y otras drogas tienden sus garras y atrapan una gran cantidad de esa gente. A la salida de centros comerciales, sitios de grandes aglomeraciones, se puede ver indigentes pidiendo monedas para satisfacer esa sed de alcohol que tienen en su sangre. No es raro ver gran cantidad de dipsómanos, entre ellos a mujeres, en un espectáculo degradante. En su condición de mendicantes, se convierten en seres como salidos de alguna pesadilla, en entes que en las fachas en las que se los mira, son integrantes de una trágica comparsa surrealista.

Conocí un hombre centroamericano, como se identificaba, al que sus amigos y compañeros de borrachera le dejaban en la puerta de un micro mercado. Le transportaban en una destartalada silla de ruedas debido a que se quedó sin una pierna al gangrenársele por la diabetes. La gente que entraba y salía del local le regalaba monedas. Cuando recogía lo suficiente, llamaba a sus amigos que esperaban a poca distancia para que le lleven hacia el grupo. Una vez reunidos compraban licor en una de las tiendas del lugar. Apertrechados de tan ansiada bebida, se iban a un pequeño parquecito y, tras unos matorrales, empezaban a rendir culto al dios Baco; culto que poco a poco se iba convirtiendo en una especie de aquelarre.

Esto, a pesar de que en ese país es prohibido tomar cualquier bebida que contenga alcohol en los espacios públicos. La policía y otras autoridades se hacían de la vista gorda y dejaban pasar por alto estas infracciones. Estas autoridades sabían que luchar contra ese mal era remar contra corriente. Pasadas una hora se les veía todo tambaleantes; algunos en silencio, otros eufóricos y vociferando, presentando una especie de circo de mala muerte.

Era dramático ver cómo, en medio de la barahúnda conducían al hombre de la silla de ruedas. Muchas veces se le vio caerse y quedar tendido durante horas durmiendo su pesada borrachera sobre el frío o ardiente pavimento, según la estación. En ocasiones, algún policía pedía una ambulancia para que sea conducido a una casa de salud. Pasada la beodez y luego de haber sido rehidratado, le daban el alta y volvía a sus “andanzas”.

Cierta tarde de verano pude observar cómo un policía rubio y fornido, obligaba a este ser a arrastrarse hasta la silla de ruedas que había sido colocada a unos 30 o 40 metros de distancia de donde él se encontraba. El pavimento ardía a esas horas y, cual enorme gusano mal herido, el indigente hacía enormes esfuerzos para deslizarse en pos de su silla. El policía no permitía que nadie ayude al desdichado; sólo él se movía cerca del lisiado y alcohólico ser humano. Una cosa es contar, otra fue presenciar ese horrendo espectáculo.

Sufrí terriblemente al presenciar cómo se trataba a ese ser caído en desgracia. No había posibilidad alguna de hacer algo a favor de aquel hombre. Fui testigo de ese bárbaro maltrato porque el micro mercado en el que él pedía caridad, queda junto al almacén en el que yo trabajaba; incluso, logré hacerme amigo de él. De igual manera, el sitio al que acudían a intoxicarse, era visible desde ese sitio.

Es normal mirar que sobre las grandes cajas metálicas en las que se adquiere un ejemplar de algún periódico a cambio de monedas, personas de buenos sentimientos dejando bolsas de plástico o de papel que contienen comida preparada, frutas, pan u otros alimentos. Quienes necesitan calmar su hambre, van retirando lo suficiente para cada uno, demostrando, de esa manera, su solidaridad para con sus compañeros de infortunio. Jóvenes, adultos y viejos forman esos pelotones de desposeídos que, reseándose en el sol quemante de verano, o ateridos por el frío inmisericorde del invierno, deambulan por los sitios en los que ellos saben encontrarán la forma de conseguir algunas monedas para mitigar esa necesidad de licor que sienten desesperadamente.

Duermen entre matorrales, bajo los puentes o en algunas casas o edificios abandonados,

A propósito del inclemente frío que se siente durante el invierno en los países que se encuentran en los trópicos, el de Cáncer y el de Capricornio, esta gente, para combatirlo, se viste de una manera rara pero efectiva: Todos, de la noche a la mañana se miran obesos, como que han engordado desproporcionadamente. Esto se debe a la forma que tienen de vestirse para soportar las bajas temperaturas. A esta forma de “engalanarse” la denominan estilo cebolla; cebolla de la colorada,

hay que aclarar. Consiste en vestirse con tantas capas como tiene esta hortaliza, es decir, cinco camisetas, dos o tres camisas, tres o más pantalones, dos o tres sacos de lana, una o dos chompas de las gruesas o un abrigo o gabardina, sin que falten las gruesas gorras de lana y las bufandas.

Se les ve acorazados para enfrentar al crudo invierno. No falta gente que les regala todo tipo de ropa.

Existen otros grupos de bebedores, los que tiene tienen trabajo fijo u ocasional. Estos se reúnen por las tardes y empiezan a tomar cerveza, su bebida favorita. Aprovechan que algunos de ellos tienen autos estacionados cerca del lugar, para en su entorno ponerse a libar. A sus carros les hacen convertibles: les convierten en cantinas, con música y todo.

Lo malo y lo feo de esto viene cuando ya han tomado suficiente cerveza y el organismo necesita evacuar los líquidos, y como no hay servicios higiénicos al alcance, acuden a las llantas de los autos. Cuando ya no quedan carros que presten sus neumáticos para orinar nomás, porque hasta el dueño del convertible se ha marchado, acuden al siguiente asqueroso truco: en los sitios de grandes aglomeraciones se encuentran teléfonos públicos que no están en cabinas, sino en pequeños cubículos metálicos colocados a un metro de altura más o menos, se dirigen a ellos y, tomando el auricular fingen estar hablando, pero lo que en realidad están haciendo es orinar. La mala fama que han adquirido ciertos migrantes, en gran parte se deben a acciones como estas. No todos son así, lógicamente, pero todos son puestos en el mismo saco.

En otro campo, llama la atención el hecho de que niñas, cuyos padres las llevaron de pequeñas y son indocumentadas, a temprana edad se convierten en madres. Se dan casos que cuando esas hijas de madres prematuras han crecido, parecen hermanas de sus progenitoras. Hay madres de 13, 14, 15, 16 años, casi niñas algunas y casi todas solteras. Esto se debe a que creen que teniendo un niño o niña nacidos en territorio estadounidense, ya está asegurada su residencia en ese país. La verdad es que el hijo o la hija podrán arreglarles su estatus migratorio, únicamente cuando cumplan los 21 años de edad y siempre que madre e hijo o madre e hija tengan limpios sus antecedentes policiales y hablen el inglés.

La mayoría de niños o niñas, lastimosamente descuidados en su crecimiento, son potenciales presas para las pandillas. Lo lamentable es que ciertas madres tienen que dejar a sus hijos en el abandono, porque tienen que diariamente acudir a cuidar niños ajenos.

LAS REDADAS Y SUS SECUELAS

Tal que en los asaltos tipo comando o como si se intentara capturar a los peores criminales, a los más peligrosos terroristas, así son las operaciones que las autoridades de migración realizan en persecución y perjuicio de la gente “latina” indocumentada. Contra ciudadanos procedentes de China, Japón, Corea, que también son indocumentados, no se producen este tipo de acciones. Bien por ellos, pero esto demuestra que existe discriminación en este y otros aspectos.

Se ensañan con hombres o mujeres, con jóvenes o viejos. Son arrastrados, esposados, humillados. Las factorías u otros sitios que concentran cantidades de migrantes, se convierten en campos de batalla en los que los débiles, los no elegidos, son los que salen perdiendo. Son las redadas que se realizan a lo largo y ancho del territorio estadounidense. Son los ataques a mansalva contra quienes atraviesan la frontera ilegalmente y, con sus pies o sus zapatos sucios de pobreza, allanan y manchan el sacrosanto suelo “americano”, sin tomar en cuenta que mucho de ese suelo bendecido fue arrebatado por la fuerza al país del cual la mayoría de “invasores” es procedente.

No toman en cuenta que por estas malvadas acciones quedan hogares destrozados. Estas redadas no se producen únicamente en fábricas y otros sitios parecidos, también se realizan en vecindarios y hogares particulares. Tumbando puertas allanan viviendas a cualquier hora del día o de la noche. Penetran en los hogares atacando brutalmente, sin importar que allí se encuentren niños, mujeres y ancianos. Los sacan a golpes, a empujones, tal y como los encuentren. No es raro ver cómo se llevan a ciudadanos en ropa interior rumbo a la cárcel y a la deportación. “Pinches gabachos cabrones” decía un amigo migrante cuando se hablaba de estas cosas. No importan los ruegos, los llantos, las súplicas de madres e hijos, de padres y esposas.

En el año 2013 fueron deportados hasta 1400 indocumentados por día, según la política migratoria de Obama que engaño a los votantes latinoamericanos ofreciendo arreglar la situación de migración de millones de trabajadores.

Conocí a varios indocumentados que hacían sus diarias rutinas al revés: Se bañaban por la noche, se rasuraban, se ponían ropa limpia y se acostaban a dormir. Por qué lo hacen, pregunté a uno de ellos. “A mí, estos gabachos hijos de su pinche madre no me van a deportar en calzoncillos ni me van a robar el “baro” (dinero). Si llega la “Migra” me han de llevar bien vestido. En cuanto a la “feria”, (plata), apenas cobro la semana la envío a mi familia y me quedo con lo justo para

la renta, la comida y las “chelas” (cerveza). La vida del indocumentado en el país del dólar es terriblemente azarosa y llena de penalidades. Sin embargo, día a día continúa llegando gente desesperada. Sienten temor de ir a dejar a sus hijos en las escuelas, de acudir a los grandes supermercados o asistir a misa, porque en todos esos sitios temen ser capturados, apresados y deportados.

Hace varios años se dio un caso extraordinario: dos personas indocumentadas procedentes de México se metieron a trabajar en la mismísima Casa Blanca, aunque parezca increíble. Pero como nada es eterno, luego de unos años fueron detectados, hechos prisioneros y deportados. Como premio a su audacia e inteligencia, según decía la gente, debieron dejarles trabajando hasta que se jubilen. Pero en estos casos con los yanquis no se juega. Los castigados debieron ser quienes dejaron pasar semejante burla a la alta tecnología que utilizan. En este caso vale repetir a lo mexicano: “La Migra nos hace los mandados”.

En el Estado de Arizona, Condado de Maricopa, el Sheriff Joe Arpayo hizo construir prisiones a campo abierto a base de carpas, donde los detenidos por ser indocumentados tienen que sufrir las inclemencias de uno de los peores climas no sólo de EE.UU. sino de toda América. No contento con eso, les obliga a utilizar ropa interior de color rosado, lo que hiere el amor propio de los prisioneros. No les permite ver televisión y no pueden tomar café, porque no es nutritivo.

Quienes han tenido antecedentes con la policía de migración y han sido citados a las cortes, viven cambiándose constantemente de domicilios, de ciudades y estados. A propósito de esto, al preguntar a un amigo en cuántos estados ha vivido, sin dilación me contestó que en uno solo: en estado etílico.

Muchos han sido estafados al ser contratados como jornaleros. Una vez terminados los trabajos no recibieron ningún pago por sus labores; al reclamar por esa actitud, han sido amenazados con ser denunciados a las autoridades. Otros son contratados para realizar trabajos a domicilio, pero han comprobado que fueron engañados y llevados para brindar servicios sexuales a mujeres solas o a homosexuales solos o acompañados. Para estos casos, lo que menos importa es que sean indocumentados o no. Otro “documento” les interesa.

Quienes han logrado arreglar su estatus migratorio, buscan víctimas a las que ofrecen regularizar su situación de residencia casándose con ellas o ellos, a cambio de dinero y sexo. Quienes han caído en esas trampas, sufren humillaciones, maltratos y violaciones bajo las amenazas de ser denunciados a las autoridades si no actúan como a estas o estos seres malvados les conviene. Estos delitos, en la mayoría de los casos quedan en la impunidad, porque el miedo

impide a la víctimas denunciar estas anomalías. Existen casos en que los matrimonios arreglados han terminado en tragedias.

En Nueva York, una mujer fue apresada porque se casó 27 veces, para que 27 indocumentados obtengan su residencia. Al comprobarse estas anomalías, en todos esos casos las residencias fueron revocadas.

Ciudadanos estadounidenses por nacimiento a naturalización, hombres o mujeres, a finales del 2010 que fue cuando averigüé, cobraban entre 15 a 25 mil dólares por matrimonio. A raíz de la caída de las Torres Gemelas, quienes contraen matrimonio siendo uno de ellos o ellas sin documentos legales, deberán permanecer casados y haciendo vida en común por lo menos dos años; caso contrario, la residencia será invalidada.

ALGUNOS DE MIS AMIGOS

El almacén en el que laboraba es un establecimiento de venta de discos compactos, D.V.Ds, casetes, instrumentos musicales y misceláneos. Por mi trabajo administrando la tienda conseguí muchas amistades, hombres y mujeres. Adquirí fama de ser buena persona, educado, buen conversador y hablaba de cosas interesantes. Debido al poco conocimiento que la gente tenía sobre el Ecuador en ese entonces, quienes me conocían pensaban que era argentino, por el diferente acento en relación a la mayoría de los latinoamericanos.

-Oiga-, me dijo un día Emily, la propietaria del local, -usted tiene buena acogida entre la gente que le conoce, especialmente entre las mujeres. Cuando me quedo en el almacén después que usted se va, muchos clientes preguntan por el señor ecuatoriano, porque algunas ya saben de donde es usted; otros preguntan por el señor argentino, a lo que les respondo que usted es del Ecuador, el país de la Mitad del Mundo, como usted me ha dicho. Cuando sus amigas me preguntan, les digo que es solterito y tiene "papeles"; ya ve lo que significa tener documentos por aquí-. -Claro-, le respondía, -aquí no existe el amor a primera vista, sino el "amor a primera visa"-.

-Varias personas me han preguntado a qué iglesia pertenezco, a lo que sin titubear les respondo que para ser buena persona no es requisito pertenecer a ninguna de esas instituciones; la solidaridad y otros valores, lo mismo que las buenas costumbres, no tienen credo. En varias ocasiones usted me ha oído decir que mucha gente utiliza a las religiones como careta para ocultar lo que verdaderamente son. Yo no soy creyente, mis acciones abalizan mi forma de ser y

de actuar. En su almacén he conocido mucha gente y eso me encanta. Algunas amigas no vienen solamente por comprar, sino a conversar; dicen que yo sé escuchar, lo que no hacen otros hombres y muchas veces es la causa de desencuentros. Existen hombres, dicen, que piensan que sólo ellos tienen la razón, mostrando otra de las formas de machismo.

Como amiguero empedernido, supe encontrar mis camaradas:

Jeremías Godoy, compañero en las clases de inglés. Tiene varios problemas: es demasiado tímido, nervioso, introvertido. Nacido en Guatemala pero trataba de arreglar su situación migratoria como salvadoreño, porque decía que su padre es de El Salvador; raro el asunto, pero como en EE.UU. se ve de todo, no hay que admirarse de nada. A la fecha tenía 14 años de vivir en Los Ángeles, tiempo en el cual se había descuidado en aprender el inglés. Trabajaba como “trailerero” alterno (segundero) en viajes interestatales, ya que tenía licencia para hacerlo. Conocía 48 estados de la Unión Americana.

No era un trabajo fijo; le llamaban cuando tenían viajes expresos. En ocasiones se quedaba semanas sin trabajar. Cuando no laboraba como chofer, se dedicaba a comprar y revender oro. Iba de casa en casa averiguando si tenían aretes, anillos, cadenas o cualquier otra joya de ese metal que estuvieran dañados, y los compraba al peso. Tenía suficiente capital para hacerlo.

Era una magnífica persona; el miedo a practicar el inglés era su enemigo. –Usted es muy listo-, me decía;- se le ve hablando con las empleadas de la biblioteca, con el profesor, especialmente con la “manager” que es muy bonita. Yo trato de hacerlo pero me bloqueo, me quedo como mudo. Hable, le decía yo; qué pierde si es que no entiende o no se hace entender. Sólo hablando podrá aprender.

Un domingo, a las 11 de la mañana llegó al almacén. Desde que entró le noté raro pero no le di importancia. Quería decirme algo pero no lo hacía. Se paseaba nervioso por todo lado mirando las portadas de los discos; entraba y salía sin saber qué hacer. -Qué le pasa Jeremías- me animé a preguntarle con tono tranquilo; me miró a los ojos, cosa rara en él. –Luis-, me dijo empezando a llorar; - lo que pasa es que en este mismo momento, en Guatemala, en mi pueblito, están sepultando a mi mamacita; se murió hace dos días y ni siquiera he podido ir a darle mi último adiós; esta es la peor desgracia que ha podido ocurrirme.

Las últimas palabras las dijo mirando a ninguna parte; se llevó las manos a la cara y empezó a derramar un llanto amargo, triste y largamente contenido. –Llore Jeremías-, le dije; -llore-, al tiempo que daba un abrazo sentido y solidario. Más

que lágrimas derramaba tristeza, rebeldía, soledad, despecho, ya que por su situación migratoria no definida, no podía salir del país; y, si salía, no podía entrar de manera legal. Este es uno más de los problemas que tienen quienes han ingresado al imperio sin ser autorizados.

Rafael Alfaro, "Rafa" para los amigos. Se autodenominaba "Chilango", ya que así se identifican los nacidos en el Distrito Federal mexicano. Ocho años trabajaba ya para los "gabachos" (gringos). Gabacho es un término utilizado en México desde la Colonia para llamar así a los franceses.

Cruzó el desierto y fue testigo de las barbaridades cometidas por los coyotes, los asaltantes, los mismos emigrantes, la policía y otras autoridades. Se vino en busca de un mejor futuro para él, su esposa y sus hijos. Era buen trabajador y mejor amigo. Le conocí en una fábrica de productos para adelgazar y nos hicimos amigos un día que le escuché hablar de la Mafalda. Me sonó raro escucharle hablar de ese personaje, ya que las conversaciones entre los demás trabajadores no iban más allá del fútbol, de las infaltables "Chivas Rayadas", de los bailes con banda y las cervezas. A partir de ese diálogo nació una gran amistad con este "cuate". Cuando le pregunté de dónde procedía, me dijo que era "indú". ¿Indú?, repetí sorprendido; -Si, dijo, indu-cumentado.

La segunda conversación se dio por su apellido: Alfaro.-Los ecuatorianos tenemos en nuestra historia a uno de los más grandes hombres a nivel latinoamericano, Eloy Alfaro Delgado, le informé; -internacionalista de los de capa y espada, de los que ponían plata y persona en sus empresas revolucionarias. José María Vargas Vila, ese extraordinario escritor colombiano nos dejó como herencia y prueba de su admiración hacia el general, el libro titulado "La Muerte del Cóndor", en el que narra su vida. Alfaro es el mejor presidente que hemos tenido los ecuatorianos. Unió nuestra Costa con la Sierra con el ferrocarril, una de las obras de ingeniería más grandes a nivel de Latinoamérica. Hizo cambios en la estructura de la nación que resultaría largo enumerarlos. En su gobierno se separó a la iglesia del Estado, y eso es mucho decir, tomando en cuenta la época.

La iglesia católica nunca le perdonó; ellos que son expertos en perdones, se llenaron de odio y conchabados con la derecha, asesinaron al general Alfaro y a varios de sus compañeros. No contentos con eso, con el clero y más autoridades repartiendo licor entre la muchedumbre, azuzaron al pueblo que arrastró los cadáveres por las calles de Quito hasta el parque El Ejido y allí quemaron sus cuerpos. La Hoguera Bárbara se llamó a este triste episodio de la historia ecuatoriana, acto condenado por la opinión pública nacional y mundial.

El "Rafa" contaba entre risas lo que sucedía en la ciudad de México con los "nacos" (ignorantes, groseros, vulgares). Decía que en cierta ocasión, mientras conversaban entre amigos acerca del Che Guevara, se acercó uno de estos especímenes que, al escuchar que el Che era argentino, de buenas a primeras preguntó en cual equipo jugaba.

Un viernes, al salir del trabajo, el "Rafa" me dijo que había decidido regresar a México; que tenía mucho tiempo alejado de su esposa, sus hijos, su familia, sus amigos. Que había enviado suficiente "feria" para arreglar su casita. -Me voy después de ocho días-, afirmó. En vísperas del viaje me hizo una revelación que de verdad me sorprendió: Me confesó que él no se llamaba Rafael Alfaro, mucho menos "Rafa". -Mi nombre es Jaime Salazar, aseguró. Le miré incrédulo ante semejante afirmación. -No te asustes-, continuó, -en este país esto pasa con frecuencia entre quienes no tenemos documentos; nos obligan a cometer esta clase de acciones reñidas con la moral y con la ley-

-Quien se llama Rafael Alfaro es el Toño; él es Rafael Antonio Alfaro, y como él tiene "papeles", yo he trabajado con su número de Seguro Social y tuve que adoptar su nombre y acostumbrarme a que me llamen "Rafa". Al despedirnos me entregó un papelito con su nombre, el número de teléfono de su casa y la dirección completa. Me manifestó que si alguna vez decidía visitar México, allí estaba su casa. Fue llevándose mi amistad, y yo me quedé con la suya.

Juan González, otro "Chilango". Trabajaba como jornalero por falta de documentos. Un típico "merolico", como llaman en México a los lengua suelta, parlanchines, lenguaraces. Además es "cacarizo" (lluro), pues en su rostro tiene las huellas que deja la viruela. Es un fumador despiadado. -Qué sacas fumando-, le pregunté un día, -Humo pues "carnal", me contestó.

Una de las tantas ocasiones que gastaba saliva hasta por los codos, me contó que en su cuarto vio al diablo sentado en una silla. -Yo le vi-, aseguró con tanta convicción que daba antojo de creerle. -He notado que tú eres incrédulo-, sentenció, -pero créeme, yo le vi con mis propios ojos; yo le vi con cuernos, con patas de borrego, con cola y todo y lleno de pelos. Yo, recostado en mi cama, no sabía qué hacer. Me santigué tres veces y desapareció-. Tomó a mal cuando le dije que el diablo y otros asuntos parecidos son solamente invenciones humanas para mantener temerosa a la gente.

Me quedé con las ganas de decirle que si otra vez se le aparece, "le dé mis calurosos saludos", en la punta de la lengua.

Cuando le referí todo esto a uno de los amigos que frecuentaba la cafetería y conocía muy bien al Juan, me dijo que cómo no va a ver al diablo, y no solo eso, con las alucinaciones que debe tener “ha de haber visto” también al Monstruo de la Laguna Negra y a la Llorona. No ve que es un borracho consuetudinario. Eso sí, toma únicamente durante la noche y en su cuarto. Debido a esta situación es que no tiene nada, a pesar de los 18 años que vive por aquí.

El inefable Toño, Rafael Antonio Alfaro, salvadoreño de procedencia; vive más de 30 años en el país. Le trajo su hermano mayor llamado Buenaventura Alfaro cuando tenía 15 años. Según cuenta, la travesía entre El Salvador y Estados Unidos duró un poco más de un año; casi todo ese tiempo en territorio mexicano, lapso saturado de aventuras, venturas y desventuras. Cuando caían en manos de las autoridades de inmigración mexicanas, tenía que fingir que era epiléptico. Su hermano, a más de enseñarle a expresarse a lo mexicano, le enseñó a fingir las convulsiones que provoca ese mal. Afirmaba que lo hacía tan bien que quienes trataban de detenerlos se sentían sorprendidos y apesadumbrados que nunca los arrestaron. Estas actuaciones tuvo que repetirlas en innumerables oportunidades.

Hablaba de un sobrino que interrumpió el viaje porque se quedó a vivir en la capital mexicana. En un burdel se enamoró de una muchacha de 22 años, la misma edad que él tenía. Tiempo después, y ya residiendo en Los Ángeles, se enteró que su sobrino murió contagiado de SIDA. Contaba también que el tiempo que duró el cruce por territorio azteca, tuvieron que hacer toda clase de trabajos para subsistir. Lo que sufren los migrantes suramericanos, centroamericanos o de otra procedencia que son atrapados por la policía mexicana, no tiene parangón ni con lo que sufren en EE.UU. –Esos si son corruptos, “culeros”. Le “chingan” (joden) a uno sólo por sacarle “baro”, afirmaba.

Trabajaba por su cuenta en un camión apropiado para vender helados y otras golosinas; nieve llaman a estos refrescos. Hacía recorridos de cuatro de la tarde a diez de la noche durante todo el año. Él es el propio “Rafa”. Alquilaba su número de Seguro Social a Jaime Salazar, como lo había hecho con otros. Los aportes a la Seguridad Social iban a su cuenta. En la época de la devolución del impuesto a la renta que hace el gobierno, él cobraba todo. Para recibir este beneficio tenían que presentar cargas familiares, especialmente hijos.

Me enteré que quienes no tenían hijos para presentarlos como cargas familiares, alquilaban niños a madres que se prestaban para eso, a cambio de cantidades de dólares previamente acordadas. Ciertas madres “latinas”, indocumentadas o con documentos, tienen hijos de alquiler.

El Toño no alquilaba hijos ya que tenía dos de su malogrado matrimonio. Era divorciado y mantenía una relación medio rara con su ex esposa. Ella le llamaba únicamente cuando necesitaba algún favor, ya que su nuevo “marido”, era un “huevón”, (vago). Acordaron que para la devolución del impuesto a la renta, ella pondría como carga al primero y él al segundo; eso sí, la manutención de los dos, durante todo el año, se hacía cargo él. Pobre Toñín, como decía el Jaime; tiene que dar dinero a su ex para mantener al “Sancho” (amante).

Dos amigos a quienes no debo ni puedo dejar de nombrar son Iván Montoya y Matías Carrizosa. Ellos me brindaron una amistad franca y verdadera, solidaria y desinteresada. Pequeños de estatura, pero con un espíritu alegre, inmenso y emprendedor. Rockeros de los buenos, sencillos y humanos como ellos solos. Para los dos un abrazo ecuatoriano interminable.

Para variar un poquito, también son mexicanos, y del Distrito Federal o la “Capirucha”, como llaman a su capital.

El Iván y el Matías están y estarán en mi memoria como inquilinos sempiternos.

He querido hacer una pequeña semblanza de estos amigos, porque con el correr de los días y cuando me encontraba en una situación realmente dramática, ellos me ayudaron. Ellos me salvaron la vida.

LA BIBLIOTECA Y SU DIRECTORA

Hay personas que brillan con luz propia, con fulgor suficiente para deslumbrar, para cubrirse de un halo de brillante nitidez, o, para ser, como dijo el poeta, una fantástica “Mariposa encendida”. Así es como es ella: brilla con luz propia, al sol o en la penumbra, en la ciudad o al descampado, dentro de su coche o frente a su computadora. Inmersa en los estantes de metálico brillo de la biblioteca, sigue brillando como sólo ella sabe hacerlo. Tiene la tez fina, suave, maravillosamente bella. Su dorada melena lacia y bien cuidada, le llueve sobre los hombros, sobre la espalda; hecha como de fibras de oro, de rayos de sol acostumbrados a dormirse quedamente en esa cabecita linda y talentosa. Su sereno rostro muestra un par de ojos azuladamente profundos y tiernos. Es la directora de la biblioteca de la ciudad de La Puente, en Los Ángeles. Su nombre es Jánet; alta y delgada, elegante y hermosa, cortés e inteligente.

El cielo estaba de un azul impresionante la tarde en que la conocí. Sus lindos y hechiceros ojos del color de la nostalgia, de esa nostalgia sublime que nace de la

mar, me hirieron y de qué forma. Ese azul precioso del firmamento, vulnerado sólo por un pequeño cuchillito de luna que flotaba cual delicada barquilla allá en la inmensidad, daba a ese atardecer un poético toque primaveral.

Me encontraba sentado en una de las bancas junto a la playa de estacionamiento de la biblioteca, gozando de una tibia y suave brisa. Cerca del sitio se estacionó un flamante carro color azul. Al abrirse la puerta del lado del conductor, apareció una mujer que me dejó maravillado: Su hermosa figura se presentó ante mi asombrada mirada. Una linda mujer rubia se encontraba parada junto al vehículo. La saludé como hipnotizado con un leve movimiento de cabeza, a lo que ella contestó con un gesto parecido.

No la perdí de vista hasta que desapareció por la entrada trasera de la biblioteca. Con un movimiento casi automático me dirigí al salón principal de la librería. Desde un estratégico sitio empecé a mirar en todas direcciones esperando divisar esa cabellera rubia, pero nada de nada. Ese sol ambulante no asomaba por ninguna parte; era como si se hubiese esfumado. Faltando 15 minutos para las ocho de la noche, una de las empleadas anunció, primero en inglés, luego en castellano, que iban a cerrar el local. En eso, por la puerta de la oficina que tenía un letrero que decía DIRECCIÓN, apareció la ninfa que buscaba silencioso.

Me acerqué a una empleada y le averigüé quién era esa mujer. -La directora-, contestó. Volví la vista hacia esa oficina, pero el milagro ya no estaba.

Afuera la ciudad estaba tibia y acogedora. Caminé despacio, llevando en la mente a la mujer que conocí poco antes del anochecer. Me encaminé hacia mi "Camper", una casa rodante en la que vivía, estacionado muy cerca de ahí. Mi "camper" era un Dodge del año 1982 en buenas condiciones. Tenía las comodidades de una casa pequeña, ya que contaba con refrigeradora, cocina, una amplia cama, servicio higiénico y una salita muy pequeña. Me sentía tal que dueño de casa.

Hago alusión al "Camper" porque unos días antes de conocer a la Jánét, gracias a Emily, la dueña del almacén en el que trabajaba, conseguí un sitio cerrado y seguro para estacionarlo. Lo mejor de ese lugar era la vista hacia la ciudad y quedaba a una cuadra de la biblioteca. Al siguiente día, viernes por más señas, a las 3.30 de la tarde entré a la librería. Lo primero que hice fue mirar dentro de la oficina de la Dirección, pero no vi a nadie. Di media vuelta porque me llamó la atención el ruido que venía de algún lado. Era del enorme escritorio ubicado en la parte central del gran salón y descubrí a la mujer rubia rodeada de unos ocho o diez niños que reían ruidosamente.

Los niños se retiraron y pude acercarme a la bella dama. Le dije que me llamaba Luis, que era del Ecuador, el país de la Mitad del Mundo, que tenía unos cuantos años viviendo en su país, que llevaba varios días asistiendo a la biblioteca y estaba enterado que ahí se daban clases de inglés. Como respuesta recibí una frase en inglés que me dejó desconcertado: "I don't speak spanish". No hablo español.

Así empezó nuestra amistad, con la mala suerte de saber que ella no hablaba mi idioma, y yo no me expresaba bien el suyo. Cuando supuse que se acordó que yo fui quien la saludó la tarde anterior, hice uso del poco inglés que sabía y me serviría para salir del apuro. Me envalentoné y decididamente empecé una corta conversación, aunque, confieso, con unos nervios que deben haberse notado kilómetros a la redonda.

Todo lo que antes le dije en castellano, lo repetí en inglés. En respuesta me dijo que era bienvenido, que las dos últimas semanas estuvo de vacaciones y que el día anterior se había reintegrado. Sobre las clases de inglés me hizo saber que sí las daban y que eran gratis. Me informó que su nombre es Jánet, que era soltera, que vivía en Walnut y que, como compañero de departamento, tenía un pequeño perrito llamado "Doggy". Lo que me sorprendió y alegró a la vez, fue su soltería. Jánet no era jovencita.

El sábado llegué a la biblioteca lo más rápido que pude. La expectativa de recibir clases de inglés en ese lugar, me tenía contento. Fui directo a la dirección y encontré a la Jánet frente a su computadora. Saludé y me contestó con una hermosa sonrisa. Se levantó pidiéndome que la siguiera y nos dirigimos a una mesa llena de textos y un globo terráqueo. Se encontraban cuatro estudiantes y el profesor; me presentó como nuevo estudiante y fue el profesor quien me dio la bienvenida. Lo mismo hicieron los cuatro aprendices del "idioma gringo".

El profesor era joven y un poco calvo; las alumnas, dos mexicanas y una colombiana; el compañero era guatemalteco. El profesor, de nombre James, las compañeras Martha, Piedad y Marisol; el alumno Jeremías. Con el profesor llegué a tener una muy buena amistad y, por coincidencia, él estaba en las mismas que yo: quería aprender español, porque tenía planeado viajar a Colombia y Ecuador. Cuando James enseñaba una palabra nueva, yo le replicaba con el equivalente en castellano. Así me convertí en profesor de español de mi profesor de inglés.

El "teacher" estaba por graduarse de Director de cine, "Filmmaker" dicen por ahí, por lo que el tema del séptimo arte se convirtió en uno de los favoritos para

practicar el inglés. Los viernes, a las cuatro de la tarde, nos enfrentábamos en reñidas partidas de ajedrez. Los dos estábamos en el mismo nivel.

El motivo por el cual en la mesa de trabajo se encontraba el globo terráqueo, se debía a que el profesor, de manera aleatoria, hacía que uno de los estudiantes, cerrando los ojos y cuando el globo se paraba después que él le había hecho girar, debía colocar su dedo índice en algún punto del planeta en miniatura. Acto seguido, identificábamos a qué país pertenecía ese sitio y procedíamos a conversar sobre lo que sabíamos de él. Si el dedo se había posado sobre uno de los océanos o mares, hablábamos de la vida marina y sus características, de sus animales, a que región del orbe pertenecían; así las clases se volvían amenas e interesantes.

Mientras más llegaba a la biblioteca, más acercamiento se producía entre Jánet y yo. Las conversaciones se hicieron más frecuentes y provechosas. En cierta ocasión, para evitar caminar bajo el sol canicular del verano que había empezado, tome el mini bus que hacía el recorrido dentro de la ciudad, para dirigirme a mi habitual sala de lectura. Cuando estaba por llegar a mi destino, descubrí bajo uno de los asientos un paquete pequeñito; al abrirlo encontré un hermoso perrito de peluche de color blanco. Tenía todavía la etiqueta del precio y el código de barras. No pensé dos veces y decidí que ese sería el primer regalo que haría a mi hermosa amiga.

Al llegar la encontré junto a su escritorio. Luego de la frase con la que empecé a saludarla, “Hi, pretty woman” (Hola, mujer bonita), puse el perrito sobre el mueble al tiempo que le dije es para vos. Ella, regalándome dos pedacitos de cielo en su mirada, tomo el perrito y lo acarició. –Lindísimo-, dijo, -muchas gracias-. Acto seguido haló la cola del juguete y este empezó a lanzar unos graciosos ladridos; cuando le colocó sobre el escritorio, empezó a caminar y a ladrar. Al disponerme a salir de la oficina para hacer uso de la computadora cuyo turno de una hora había separado el día anterior, me dijo que debía regresar para tomarnos un cafecito. Esos cafecitos se repitieron de tarde en tarde.

Casi siempre, luego de los 60 minutos que utilizaba para revisar mi correo electrónico, me dirigía a la Dirección. Tomando dos jarros de cerámica los llenaba con esa aromática bebida y empezábamos nuestras interesantes conversaciones. Como al mes de estas reuniones, le conté que empecé a escribir mis poemas, y que algunos de ellos estaban dedicados a ella. Tienes que hacerme verlos, me dijo sonriéndose. Claro repliqué, con la ayuda de la computadora haré la traducción, los imprimiré y te los entregaré.

Por la noche, solitario y por el parabrisas de mi casa móvil, me dediqué a mirar las estrellas y a pensar en la patria tan lejana, en mi madre y en mis hijas. La nostalgia es uno de los más profundos dolores con que somos atacados quienes hemos tenido la mala fortuna de vivir alejados de nuestros territorios. La soledad es una fosa inmensa en la que se encierran nuestras intenciones, nuestras esperanzas, nuestras ilusiones. La soledad y la nostalgia se nos meten por la piel, nos recorren los sentidos y nos llegan hasta el alma.

EL PAISANO Y NUESTRA MÚSICA

Excelente como amigo. Nacido en Cuenca, una de las más hermosas ciudades del Ecuador. Me presentó mi amigo Jaime, que conocía a este señor porque tiempo atrás fue su inquilino. Me contó que don Agustín, tal es su nombre, tenía disponible un dormitorio para arrendar en su casa que se encontraba en la ciudad de Baldwin Park. Pasé a vivir allí con el gusto de tener como dueño de casa a un paisano. Jaime Salazar, en su segundo viaje desde México, regresó a la habitación que con anterioridad ocupó en esa casa. En el primer año transcurrido luego de haber regresado al país azteca, Jaime no encontró ningún tipo de trabajo. No hay “chamba” por allá, me dijo, cuando me comunicó que regresó a los Estados Unidos, atreviéndose a cruzar nuevamente el desierto. Un mes no pudo caminar normalmente.

Pronto descubrí que don Agustín, mi nuevo amigo y casero, padecía de la enfermedad del alcoholismo.

Me sorprendió el gesto generoso y solidario que tuvo hacia mí. Nunca me había visto, pero eso no fue necesario para que, de una manera muy caballerosa, me exprese que de los tres primeros meses de arriendo no me preocupe; que debía pagarle a partir del cuarto, porque estaba enterado de que mi situación económica no era buena.

Casado varias veces, pero sus esposas le abandonaron por no poder soportar sus borracheras. La última que tuvo le dejó por otro hombre. El único hijo producto de ese matrimonio, un chico de 16 años de nombre Kevin, se quedó a vivir con él, no por mucho tiempo. Cierta día asomó con un arete en la oreja izquierda, lo que causó el enojo de su padre. Esto, sumado a las malas calificaciones en el colegio, hizo que el Vecino, nombre con el que conocíamos a don Agustín, acusándole de maricón por lo del “adorno”, le pidió que abandone la casa, diciéndole, además, que si se quitaba esa “chingadera” (pendejada) de la oreja, podía regresar. El

muchacho se mudó a la casa de su madre que residía en Bakersfield, ciudad que queda entre Los Ángeles y San Francisco.

El Vecino escuchaba música ecuatoriana de toda clase, desde la “chichera”, hasta lo mejor de nuestro repertorio. De cada disco compacto tenía dos copias: el original para la sala, una copia para su dormitorio y otra para llevar en el carro, pues esos tres lugares le resultaban adecuados para echarse sus cervezas. Le expliqué al Jaime casi todo acerca de nuestra música. Le hice notar que en nuestros pasillos brillaba la poesía, aparte de su excelente música. Le encantaron los sanjuanitos, las tonadas, los albazos, los capishcas, en especial Playita mía, uno de los más hermosos pasacalles que tenemos. Cuando le hice escuchar el Carnaval de Guaranda, le conté cómo se celebraba esa fiesta tradicional en la provincia Bolívar, especialmente en su capital. Estuve a punto de llorar.

Algo que hizo en Jaime Salazar un efecto especial, fue escuchar el pasillo Sombras, pues le hice saber que la letra es de la poetiza mexicana Rosario Sansores. –He oído esta canción, afirmó, en varias versiones; una de esas cantada por Alberto Cortés, pero ignoraba lo de la letra y que la música pertenecía a un ecuatoriano.

Con las copias de los discos en cada una de las partes mencionadas, el Vecino no se daba el trabajo de “irse con su música a otra parte”. Tomaba una vez por semana: de domingo a sábado. Lo bueno de él era no ser exigente para “hacer tomar”. Le gustaba, eso sí, que estemos junto a él para armar “la conversa”. Durante el tiempo que viví en su casa, nunca le vi fumar.

La música era lo único que le identificaba como ecuatoriano; por lo demás, era un mexicano completo, con pinta, acento y todo eso. Antes de obtener la residencia, fue deportado como mexicano, por lo que nunca optó por la nacionalidad estadounidense.

Me confió que últimamente, al regresar de su trabajo, se quedaba tomando cerveza dentro de su carro y frente a una tienda que queda a dos cuadras de la casa, porque la joven cajera del local “le pelaba”, expresión mexicana utilizada para decir “me da bola” como decimos en Ecuador o por lo menos en la Sierra. – Un día le llevaré para que le conozca; es “güera” y tiene un lindo cuerpo-, me informó gesticulando. Cuando conocí a la “güera”, comprobé lo ilusos que se vuelven ciertos hombres con el paso de los años. Esa mujer, exagerando un poquito, parecería nieta del Vecino; pero para él, que ya contaba con 59 años, todo estaba bien. Lo de “güera” le iba bien, pero era “rubia de botica”.

Llegué a decirle, a riesgo de que se enoje, que cuando una mujer joven y bonita se “enamora” de un hombre bastante mayor que ella, no se enamora de él, sino de su cartera, de su casa, de su auto o de sus documentos. Que lo que en estos casos se produce se llama “amor con interés”. –No se crea-, reaccionó, -conozco casos en los que hay mayor diferencia de edad y se llevan bien-. –Ella será la que se lleva-, pensé yo.

Enamorador empedernido este Vecino. En su trabajo también tenía su Dulcinea. Esta estaba casada y decía que él era mayor que ella sólo con 20 años. La mujer, sin duda, le hacía caso porque diariamente le invitaba a almorzar, sea en algún restaurante o lo que él cocinaba, ya que era un excelente cocinero. Siempre llevaba dos porciones.

El tema favorito en sus conversaciones era el que se refería a las mujeres; las “viejas”, como él decía al estilo México, son lo mejor de la vida, una maravilla; son a todo dar, “rechulas”, aunque mal paguen.

Refiriéndose a su última esposa, nativa de Michoacán, México, decía que una de las causas por las que se separó, era el haber comprado una cama “California King Size”, es decir de dos plazas y media. –Vecino-, decía, -esa cama es como para jugar vóley. Tan ancha era la cama que dormíamos tan separados, tan distantes, que el amor se fue perdiendo, hasta quedar en la nada-. Para el paisano, su alcoholismo nada tenía que ver en sus problemas.

Estaba tan “mexicanizado”, que cuando viajaba al Ecuador a visitar a su familia y a su otra esposa, pues era bígamo, lo primero que empacaba eran los paquetes de tortillas mexicanas y el chile, como llama al ají. Le pregunté por qué lo hacía y respondió: “Ay cabrón”, sin eso no es comida. Lo de cabrón, para los mexicanos y centroamericanos no es insulto. Incluso entre mujeres se “cabronean”.

Estas cosas pasan con las persona que emigran sin tener la madurez necesaria para conservar sus raíces, su idiosincrasia, se convierten en víctimas fáciles de las novelorías.

Don Agustín, mi recordado Vecino, decía que ni estando loco volvería a radicarse en el Ecuador. Esta tierra es mi tierra, decía, esta tierra que es “a todo dar”, tierra de los “gabachos”, de los “güeros”, de los más “chingones” (chéveres) del mundo. Aunque le confieso francamente, que mi tierra más parece ser la mexicana.

Así ha de ser, “carnal”.

2008: LA CRISIS Y LA BURBUJA

La crisis golpea porque golpea; y no digo golpeó porque sigue y seguirá golpeando, aunque este país se llame Estados Unidos de América y sea el abanderado del capitalismo y el imperialismo mundial. Aunque tenga en su territorio la sede de las Naciones Unidas; aunque en este país se encuentre la Comisión Interamericana de los Derechos Humanos sin siquiera ser signatario; aunque, según sus dirigentes, sea el único país con licencia para matar con las armas nucleares que posee; aunque esté predestinado por la Divina Providencia para gobernar el mundo a su capricho e intereses, aunque joda al resto del mundo sólo porque le da la gana de joder, de la crisis no se salva ni se salvará.

Está sucediendo algo increíble: Muchos migrantes están recibiendo las remesas que sus familiares les envían desde sus naciones de origen. Lo que antes mandaron como producto de su sacrificado trabajo, está recibiendo de regreso para poder sobrevivir. Para darse cuenta de los graves efectos que la crisis está produciendo, sólo hace falta darse unas vueltas por sitios en los que florecían grandes negocios, grandes empresas; entre los que se podía contar enormes almacenes, distribuidoras de carros, agencias de viajes, estaciones de servicio y un montón de etcéteras más, para mirar cómo estos antes prósperos establecimientos han cerrado sus puertas. La caravana de desempleados continúa creciendo sin esperanza de que a corto plazo se terminen los despidos masivos.

-Este país me hada todo-, me decía mi gran amigo Francisco, quien emigró desde la ciudad de Puebla, México, hace más de 30 años. Alto, con pinta de gringo y un buen humor de película. Al llegar esperanzado y con muchos sueños, lo primero que hizo fue ir a la escuela para aprender inglés; luego hizo un curso sobre "Real State", bienes raíces, y recibió su licencia y pudo abrir su propia oficina. Manejó su empresa en forma eficiente; se dedicó a la compra-venta de bienes inmuebles en buen tiempo y cuando las cosas, al parecer, funcionaban bien.

Muchos migrantes empezaron a comprar propiedades; las instituciones bancarias daban enormes facilidades para conceder préstamos hipotecarios. Las facilidades que ofrecían eran tales que, incluso, quienes no tenían documentos legales, pudieron alcanzar el sueño de tener casa propia. No fue necesario tener número de seguro social, que es la base para obtener los demás documentos, ya que, a sabiendas que los documentos presentados eran falsos, los bancos calificaban positivamente a sus clientes y les concedían los préstamos. Francisco y sus empleados tramitaban los préstamos, y por estos trámites y la venta de casas y terrenos, recibían jugosas ganancias.

Compró casa con piscina, “yacusi” al aire libre, carro del año, puso a sus hijos en escuelas de prestigio y se sentía cerca de alcanzar todas sus metas. Su esposa fue la que puso las bases para que todo funcione bien, ya que cuando se casó con él, ella ya era ciudadana americana. Así que su matrimonio no fue tan normal, como él mismo contaba. Fue un matrimonio por conveniencia. A raíz de que se convirtió en ciudadano americano decidió llamarse Frank, lo de Francisco sonaba muy “latino”, decía matándose de risa. En cuanto al negocio de bienes raíces, todo funcionaba bien, no sólo para él, sino para todos los que se dedicaron a esa profesión. Levantaron vuelo en alas de la prosperidad.

Frank nunca se casó enamorado, únicamente utilizó a la que hoy es su esposa, para arreglar su estatus migratorio. Eso no quiere decir que en la actualidad no ame a su esposa. Con el tiempo, comentaba, gracias a su buen comportamiento fui aprendiendo a quererla, a amarla de verdad. Ella es el verdadero sostén de la familia; a más de ser buena madre, es una gran cocinera. Tuve la suerte de encontrar una mujer así. Me casé por interés de los “papeles”, no lo niego, porque ella lo sabía, pero eso me sirvió para en la actualidad continuar felizmente casado.

Hablaba de los diversos comentarios que escuchaba a sus clientes; entre esos, uno que decían que pedazo a pedazo estaban volviendo a ser dueños de parte del territorio que les fue arrebatado. Comentaba que las familias que tenían varios hijos casados, pero que seguían viviendo en casas de sus padres, ya se habían independizado saliendo a vivir en casas propias.

Hasta que llegó la crisis que se veía venir. Llegó y se quedó, y de qué manera. En California y el resto del país, se perdieron cientos de miles de puestos de trabajo. Al no poder pagar las mensualidades de las casas, los bancos empezaron a notificar a los morosos y, al aplicar las cláusulas de ley, los cuasi dueños empezaron a perder sus propiedades, con los conflictos sociales y familiares que eso conllevaba.

Entonces sí: con un ruido espantoso que no se escuchó solamente en territorio “norteamericano”, sino allende los océanos, la burbuja inmobiliaria estructurada de engaños y de mala fe, estalló; y en su estallido se llevó los sueños y las esperanzas de quienes, a base de sacrificios buscaban un futuro promisorio. Explotó la burbuja y en sus estertores llevó a muchas familias a la quiebra, a la ruina económica y moral. Al perder sus trabajos lo perdieron todo. Quienes invirtieron en sus casas casi todos sus recursos, nunca imaginaron que la avaricia de los banqueros les iba a dejar en esas precarias condiciones. Jamás imaginaron que esos créditos concedido de manera tramposa, producirían tanta desgracia, tanto mal, tanta injusticia.

Volvieron a unificarse las familias, pero no por algún motivo digno de destacarse: volvieron a juntarse por falta de vivienda, porque se habían quedado prácticamente en la calle. Se juntaban nuevamente con sus padres, pero no en las condiciones anteriores, sino con sus familias ya crecidas. Eso trajo consigo el grave problema de la promiscuidad. Esto, a más de empobrecer a la gente, repercutió gravemente en quienes se habían dedicado a los bienes raíces.

Tuvieron que dedicarse a otras cosas, y quienes siguieron en lo mismo, con la esperanza de que algo mejore, se quedaron a calentar sus asientos y a mirar cómo pasaba el tiempo sin que nadie, siquiera por curiosidad, entre a sus oficinas a preguntar algo sobre propiedades inmuebles.

En el caso de Francisco, vuelvo a su nombre original, después de dos años de gastar en el sostenimiento de su hogar, sin bajar su estándar de vida y no recibir un solo centavo; sin siquiera sacar para el arriendo de sus oficinas, tuvo que consentir que su esposa busque trabajo. Ella estaba capacitada para trabajar como parvularia, y trabajo en ese campo nunca falta. Mientras escribía los borradores de estas notas, recibí con beneplácito la noticia que Frank se recuperaba satisfactoriamente de la embolia cerebral que le produjo el “estrés”.

Los cientos de miles de casas reposeídas, al quedar completamente deshabitadas se convirtieron en guaridas de maleantes, de drogadictos, de indigentes, de ratas y otros animales. Los anteriores aparentemente prósperos condominios, parecían enormes cementerios de casas. Esas casas no se han vendido ni se venderán en mucho tiempo; si es que algún día se venden, ya que el país de las guerras seguirá en franco deterioro. Está sucediendo algo que años atrás, ni el más pesimista pudo haber imaginado, la caída del imperio yanqui. Caída debida a sus afanes guerreristas y expansionistas de sus dirigentes. Están “administrando” varias guerras en otros continentes, lo que les mantiene absurdamente ocupados y endeudados.

Deben tanto dinero que, por más que sus economistas sacan y sacan cuentas, no saben cuántos billones le deben a la China.

Según datos conocidos, “Los bancos tomaron el dinero que el pueblo de Estados Unidos les dio y se pagaron grandes bonificaciones y pararon una reforma completa y le echaron la culpa a los inmigrantes y a los pobres, y hasta a los maestros. Cuando las aguas del colapso se calmaron, \$ 5 billones en dinero de pensiones, valores de casas, ahorros y bonos habían desaparecido”.

“Ocho millones de personas perdieron sus empleos, seis millones sus hogares”.

EL “SENIOR CENTER”

Su nombre es Rosalía y es nacida en Los Ángeles de padre mexicanos. Habla poquísimos castellano, ya que su primer idioma es el inglés. La conocí en el “Senior Center” de la ciudad de La Puente. En ese entonces tenía 64 años de edad y había enviudado hace apenas cuatro meses. Caminaba apoyada en un bastón o en un andador para su mayor seguridad. Su terrible problema era la deficiencia renal provocada por la diabetes.

Con el fin de practicar el inglés, yo aprovechaba toda ocasión. Y fue por esta razón que me acerqué a ella. Le di mis generales de ley y le hice varias preguntas. Desde que la conocí nació entre nosotros una magnífica amistad. Empecé a frecuentar ese establecimiento para recibir clases de computación.

A la semana de asistir al centro le comuniqué mi necesidad de rentar un dormitorio, ya que tuve que deshacerme de mi “Camper”. Rosalía le pasó este dato a una vecina suya que también asistía esa institución: su nombre, Maríaluís, de origen mexicano y nacionalizada en EE.UU. Su casa quedaba a medio kilómetro de ese sitio. Fui presentado y entre las primeras cosas que me enteré fue que enviudó hace 14 años y vivía acompañada únicamente por dos pequeños perritos en una casa amplia para ser habitada por una sola persona.

Maríaluís me informó que tenía un dormitorio desocupado y que podía ir a conocerlo esa misma tarde en su vehículo. Fuimos los tres, y al llegar al condominio quedé encantado por lo hermoso que se veía. Ninguna de las calles era recta ni plana, debido a la topografía. Eso sí, como era un condominio grande o parque como también era denominado. Constaba de 500 casas, todas de una sola planta, a más de espacios en los que se encontraban estacionados “campers” o viviendas rodantes, estaba habitado por personas de diferentes nacionalidades. Conocí el dormitorio y me pareció cómodo y bonito. Al siguiente día llevé mis cosas y me instalé. Su carro era del año y vivía cómodamente, debido a que recibía dos pensiones: una por ser viuda y la otra por haberse retirado de su trabajo en la Universidad Estatal de California. La casa estaba signada con el número 480; la de Rosalía con el 482.

A dos días de haber pasado a vivir en casa de mi nueva amiga, fui a conocer la de Rosalía. ¡Qué decepción! No podía explicarme cómo, una persona en las condiciones de salud en las que ella se encontraba, podía vivir en tan precarias condiciones. El aire en el interior era irrespirable, por lo fétido y espeso que se sentía. Tres veces por semana acudía a recibir tratamientos de Hemodiálisis.

Tenía cuatro gatas, un gato y un perrito pequeño. Las cortinas se veían cubiertas de polvo y pelos de felinos; todo en las habitaciones estaba en desorden; Las cosas no tenían su color natural debido al amontonamiento de partículas de polvo y otras suciedades. Igual que en la casa de Maríaluísa, había dos dormitorios; pero en este caso, ninguno desocupado. El grande lo ocupaba Rosalía; el otro era un desastre total, ya que estaba destinado a la vivienda de los gatos. La alfombra cubierta de pelos, polvo, orinas y otras inmundicias hechas una sola masa, producían un olor insoportable. El perrito de color blanco, estaba medio amarillento por la falta de un buen baño. (Y una buena exprimida), le dije calladito a la Maríaluísa.

Una vez fuera de ese casi muladar, le dije a mi dueña de casa que no sabía por qué no vomité. Ella, riéndose, me dijo que sabía cómo estaba esa casa; que si nada me comentó al respecto fue porque quería saber mi reacción frente a esa calamidad. Me da mucha pena, expresé, ver cómo esa triste y pobre mujer está viviendo. Esa noche invitamos a Rosalía a tomar té, y sin reparos le dijimos que por su salud, lo primero que tenía que hacer era deshacerse de los gatos, quedándose únicamente con el perrito para compañía. Se negó rotundamente. Dijo que los gatos eran como sus hijos y que los adoraba. Qué me hago sin mis gatos, decía totalmente convencida de que no podría separarse de ellos.

Le dije que si aceptaba, a partir del siguiente día y mientras ella asistía a recibir la Hemodiálisis, yo abriría todas las ventanas y puertas para ventilar la casa; que prendería los tres ventiladores que tenía, para sacar los malos olores y que ella, cuando regrese, se encargaría de apagarlos. Aceptó y me dio un juego de llaves de la casa para que pueda entrar y salir cuando quisiera. Maríaluísa expresó su extrañeza ante tal actitud, ya que Rosalía era muy desconfiada. La apertura de puertas y ventanas lo haría antes de ir a mi trabajo. Lo duro fue convencerla de que se deshaga de sus gatos. Con mucho trabajo lo conseguimos.

En jaulas de plástico, uno por semana, llevamos a los gatos al departamento de control animal. Era desesperante ver cómo lloraba por sus mininos. En lo referente al perrito, me comprometí a bañarlo cada sábado y, dos veces en el día, le sacaría a pasear por todo el conjunto habitacional. Por pasear al perrito, ella se ofreció a pagarme 60 dólares cada 15 días, más otra cantidad por bañarlo. Lo habría hecho gratis, por ayudar al animalito y a su dueña, pero fue ella la que propuso ese arreglo.

Con el paso de los días no sabía si era yo el que sacaba a pasear al “Bubbles” (Burbuja) y que se pronuncia “Babols”, o era el can quien me sacaba. Los fines de semana, con Maríaluísa, empezamos a arreglar la casa de nuestra vecina. Lo

primero que hicimos fue tirar todas las cortinas y cosas viejas que tenía amontonadas. En uno de los closets encontramos cortinas nunca utilizadas. El “Babols” ya no se orinaba en la sala, porque empecé a dejarle junto al parqueadero que siempre estaba desocupado.

Fuimos poniendo la casa en orden, sin dejar de darle la ventilación necesaria. Mirando esos cambios, Rosalía empezó a invitarnos a comer en restaurantes en las ciudades que nosotros escogíamos. Empezó a vivir de otra manera; a cambiar su carácter y su actitud al sentirse tomada en cuenta. Entre las dos mujeres me enseñaron a jugar dominó.

Una mañana se me ocurrió husmear en unos cartones y encontré algo que me sorprendió: encontré una revista pornográfica. Conté a Maríaluisa lo sucedido y me pidió de favor que la destruya. Debe haber sido de Simon, “Saimon” en inglés, su esposo, aseguró. En varias ocasiones Rosalía me ha contado que él quería tener sexo, a pesar de las penosas condiciones en las que se encontraba esa mujer; me decía que ella la huía y él la acosaba. Todo eso antes de quedar postrado en su silla de ruedas eléctrica de la que se cayó una media noche en la sala en la que dormía, muriendo a los 86 años de edad, tirado en el piso y sin que nadie pueda ayudarle. Su esposa dormía en el cuarto contiguo, a pocos pasos de donde él agonizó por varias horas.

Corría el año 2008 y la crisis económica mundial golpeó a los Estados Unidos. Fue de tal magnitud que afectó a los migrantes con o sin documentos, que pudo verse a muchos de ellos acudir a la asistencia pública y privada. Las colas para recibir alimentos eran interminables.

En un noticiero de televisión vi cómo, un ciudadano “latino” desesperado, en una casa de empeño, a cambio de algún dinero, dejó su dentadura postiza porque en ella había varias piezas de oro.

Cierta tarde, mientras me preparaba para salir de mi turno, llegó Emily y me dijo que quería hablar conmigo. Antes que dijera algo, sabía de lo que se trataba, y como estaba preparado, no me sorprendió. Me expuso que como las ventas habían bajado tanto, no tendría para pagarme, por lo que se veía obligada a atender personalmente el negocio, y cerrar temporalmente el almacén de antigüedades.

Lupe, la muchacha que laboraba a medio tiempo, también quedó en la desocupación.

Me prometió que si la situación mejoraba, me llamaría para que siga trabajando. Le contesté que entendía perfectamente lo que estaba haciendo, ya que era una cuestión de fuerza mayor. Le agradecí por la confianza depositada y le entregué las llaves del almacén.

Sólo quedaba comunicar a mi dueña de casa que quedé sin trabajo; que sería difícil, si no imposible, pagarle la renta. Al enterarse de mi situación me dijo que no me preocupe, y que como ya me conocía lo suficiente, no le gustaría que me vaya de su casa.

Esa fue la reacción de la dama que daba muestras de una solidaridad extraordinaria. Como ella había comprobado que yo sabía cocinar, llegamos a un acuerdo favorable para los dos: Yo cocinaría diariamente y arreglaría la casa los fines de semana, a cambio ocuparía el dormitorio sin pagar absolutamente nada, y tendría la comida asegurada.

Ella, en cambio, se sentiría segura y bien acompañada.

LA VIDA EN EL CONDOMINIO

Hermoso vivir en ese condominio. Lo que sobra en ese paisaje citadino es la vegetación, lo verde domina. “Verde que te quiero verde”. Una de las especies vegetales dignas de destacarse es la que conforman los esbeltos, gigantescos y señoriales pinos. Con sus bellas figuras recortadas elegantemente por las hábiles manos de la naturaleza, con especial cuidado y generosidad, ponían la nota artística en el entorno. Las 500 casas que forman el complejo habitacional están adornadas por preciosos y bien cuidados jardines. A más de las variadas clases de flores y plantas, la belleza de los vergeles es complementada por toda clase adornos de varias formas y colores.

Se puede ver pavorrales de hojalata derramando chorros de colores desde las abiertas plumas de sus colas; ranas y sapos de inverosímiles matices y posturas; niños jugando eternamente en sus columpios de ensueño; osos, perros, gatos, gallos y pájaros nostálgicos posados sobre pisos primorosos y fecundos. Antiguas diligencias tiradas por caballos de misterio y de recuerdos polvorientos, con rumbo a su pasado y a la espera de imposibles pasajeros. Algo siempre presente en los jardines es la bandera de las franjas y las estrellas, la bandera de la patria.

Bandera popularizada gracias a las campañas emprendidas por sus gobiernos. Se la ve en todas partes y en todas formas; como en objetos que van desde los más

prácticos y de uso cotidiano, hasta en las partes menos pensadas como en los traseros de las bellas gringas que la llevan en forma de bikinis. Bandera con un récord impresionante e imbatible por los siglos de los siglos: es la bandera más quemada a lo largo y ancho del planeta. Juntando esas llamas y formando una sola hoguera, tendríamos uno de los incendios más impresionantes que la memoria humana conservaría en sus registros.

Roma, con su descomunal incendio quedaría como una fosforerita en la que Fidel apenas habría podido encender sus cigarrillos, antes de que la CIA y otras instituciones “made in U.S.A.” intentaran asesinarle, utilizando los famosos habanos. Dejó de fumar y ya. Ni esos intentos ni muchísimos otros para tratar de matar al líder cubano, les resultaron positivos. Han pasado una decena de presidentes yanquis y la Revolución Cubana sigue y seguirá adelante, a pesar del criminal embargo económico al que ha sido sometida.

No se queda atrás la conocida frase de sólo tres palabras: “Yankees go home”, dedicada a los marines invasores en distintos puntos del Orbe. Esta es la frase con la que las naciones invadidas les dan la bienvenida.

La palabra “gringo”, que no tiene su origen en la lengua inglesa, se originó en México. Nació como fruto de la invasión “norteamericana” al país azteca, que produjo el desmembramiento del 55 % de su territorio. El color del uniforme de las tropas invasoras era el verde, “green”, en inglés, y se pronuncia grin; a esta palabra el pueblo invadido unió el verbo “go”, que significa ir, para formar una sola: “gringo”, es decir, verdes váyanse o verdes afuera.

Luego de estas digresiones y tomando en cuenta lo ingrata que es la memoria, y que hay que aprovechar cualquier instante para testimoniar lo que todavía recordamos, vuelvo al tema del condominio. Hay que anotar que la gente que habita estas casitas, pertenece a una gran variedad de nacionalidades, eso sí, buenas personas. Así las conocí y así disfruté de su amistad. He de decir, en honor a la verdad, que nunca fui discriminado por mi origen o cualquier otra circunstancia.

El pueblo estadounidense es un bello pueblo; nada tiene que ver con sus mandatarios, no sólo presidentes, quienes mantienen el oprobioso sistema de dominación yankee. Este pueblo es acogedor y respetuoso, cuando descubre que quien ha llegado a residir en ese país merece su buen trato. Este pueblo también sufre los excesos de su sistema político, económico y social. No tiene libertad de información ni de expresión, aunque se diga lo contrario.

De las vivencias que pasé en esa vecindad saqué lindas y buenas experiencias. Entre las amistades, la de Maríaluís resultó ser la mejor, no solamente entre las logradas en Estados Unidos, sino de todas las que he tenido en mi vida. Inolvidable la confianza que llegó a tenerme, llegando incluso a dejarme solo en su casa, mientras se iba de vacaciones a México. Confiaba tanto en mí, que me dejaba la llave de su carro. Nunca abusé de su confianza.

Me contaba muchas de sus cosas, anecdóticas o tristes. Por ejemplo, su esposo, en su lecho de muerte, le hizo prometer que cuidaría de los 15 gatos que él tenía, pero era ella la que los atendía. Y cumplió con su promesa, hasta que con el paso de los años fueron muriendo uno a uno, quedando con tal fobia a los felinos que nunca volvió a tener uno más. No sé si por la convivencia con los gatos o alguna otra causa, ella adquirió asma.

Esa amistad se extendió a toda su numerosa familia; esta confraternidad con su parentela, vino a suplir en algo la falta que me hacían mis familiares. Toda esa familia ha dejado marcas imborrables en mis sentimientos; esas marcas que son como tatuajes hechos en el centro mismo de mi existencia. No nombro a ninguno de ellos, porque podría escapárseme alguno y eso no sería justo. Mi espíritu tiene capacidad para reconocer y agradecer a quienes se merecen. Me siento tranquilo porque entre mis sentimientos guardo un inmenso cariño hacia todos ellos.

En una de las tantas fiestas que organizaban en diferentes casas o al aire libre, un amigo español de nombre Santiago, compañero de una sobrina de Maríaluís en un instituto de cine en Hollywood, comentaba acerca de los migrantes ecuatorianos que tan mal se portaban en Madrid, haciendo quedar mal al Ecuador ante el mundo, sin tener respeto hacia las costumbres y cultura del pueblo ibérico, por lo que las autoridades se vieron obligadas a retirarles los permisos para que los fines de semana se reúnan en ciertos sitios. Daban un feo espectáculo cargados sus mochilas y mendigando en las esquinas madrileñas. Ante esta afirmación, uno de los contertulios le informó que ahí había un ecuatoriano.

El Santiago se acercó a pedirme mi opinión. Tranquilo, como me acostumbré a responder cualquier clase de preguntas, le indiqué que era verdad lo que decía; que había observado por la televisión algunos reportajes en ese sentido, y que lamentaba mucho que eso haya sucedido o esté sucediendo. Pero para mí, lo que ha sucedido es que con eso solamente le hemos devuelto a España una partecita de lo que ellos mandaron en las carabelas a tierras americanas, entre esas Ecuador, hace un poco más de 500 años. En esa empresa se llevaron el santo y se llevaron las limosnas; verdaderos tesoros que jamás podrán ser recuperados.

Arrasaron con nuestras culturas, grandes culturas. Ejemplos para demostrar el verdadero cataclismo que causaron, tenemos a montones.

Me dio la razón y la conversación en torno a ese tema terminó como por encanto. Hablamos de otras cosas y la mejor copa de vino que me tomé esa noche, fue la que me brindó el Santiago después de mi respuesta. Salud por el Ecuador, brindó; salud por mi Ecuador, respondí. Salud por esa pésima madrastra, pensé decirle al español, en contraposición a la frase “Madre Patria” que acostumbran a decir ciertos “patriotas” ecuatorianos.

LOS CULTOS Y EL DIEZMO

El primer fin de semana en casa de Maríaluísa fui invitado al culto religioso al que asistía los domingos. No me han interesado ni me interesan esa clase de actos, pero decidí aceptar la invitación por complacerla y por curiosidad. La ciudad a la que debíamos ir quedaba a 30 minutos en automóvil. No le averigüé a qué iglesia pertenecía, de entre las miles que existen en el imperio. Al llegar me enteré que era una iglesia Pentecostal.

“Pendejostal” decía un amigo que perteneció a una de esas agrupaciones y que, constatando el fanatismo que reinaba en esa agrupación, abandonó la barca.

Gente elegantemente vestida se encontraba en las afueras del templo. Gente “acomodada”, clase alta. (Los gringos son altotes). El edificio se encontraba ubicado en un solar inmenso, con instalaciones de lujo y dos grandes playas de estacionamiento. Formando grupos las personas conversaban animadamente, y quienes seguían llegando, eran recibidos con gestos de amistad. Otros, se servían refrescos, té, café, con una gran variedad de galletas y otras golosinas, en un bar que se encontraba a disposición de todos, totalmente gratis y al aire libre. Esperaban a que el primer culto concluyera para asistir al segundo turno.

La primera sorpresa me llevé a la entrada del templo, pues ahí se encontraban varias personas dando la bienvenida a los feligreses y entregando sobres membretados en los que debía ponerse los datos personales y la cantidad de dinero a entregarse, en cheque o efectivo. No era gratis la cosa. Los posteriores domingos guardaba los sobres y, mientras se celebraba el culto, en ellos escribía mis poemas; no por eso los versos resultaron santos.

El Pastor era angloamericano y el servicio, lógicamente, en inglés. Facilitaban audífonos que servían para escuchar la traducción simultánea al castellano. Yo

pedía el mío cuando creía necesario; pero cuando quería comprobar cuánto comprendía, lo hacía a oreja limpia. Con la presentación de unos coros espectaculares, daba inicio el ritual; un conjunto profesional de músicos acompañaba tanto al coro como a los solistas, hombres y mujeres. La música era alegre y mediante la proyección de imágenes con las letras de las canciones, los asistentes podían cantar al unísono con los del coro. Los solistas eran escuchados en el más absoluto silencio, salvo una que otra tosecita en estéreo.

A veces incluían danza en esas agradables presentaciones artísticas.

Pasada la primera media hora de música y cánticos, le tocaba el turno al Pastor, quien empezaba saludando a la feligresía en medio de bromas que eran celebradas por los asistentes. A medida que iba adentrándose en lo que sería la prédica de ese día, el tono de su voz subía escalonadamente. Hablaba del principal enemigo de todos: el diablo; culpable de los males habidos y por haber, sin darse cuenta que el tal demonio o enemigo, era producto de la creación o travesura de su propio Dios; dándose el caso de que la creación resultó más poderosa que su mismo creador. Cosas de la vida y del imaginario popular.

Otra cosita, el Cristo que ellos dicen adorar, es judío; judío legítimo, no es anglosajón; así que “no tiene porqué tener” características faciales de los anglosajones. No se sabe de dónde sacan que era rubiecito y con ojos azules. Bueno, si no hacían así tal vez la cosa no salía bien o no servía para nada.

Mirando siempre al cielo raso y ya en materia del sermón, gesticulaba y subía el volumen de su voz, amplificada por un micrófono pequeñito que pendía de su cabeza adherido a una especie de diadema, hasta llegar a la estridencia. Por qué gritará tanto me preguntaba; ¿será que su Dios es sordo? o, ¿por la distancia en la que debe encontrarse, se ve obligado a gritarle de esa manera? Creo que su Dios es sordo, me decía, ya que tampoco oye las plegarias, oraciones y pedidos de misericordia que le lanzan sus desesperados creyentes. Ejemplo, lo terrible de los fenómenos naturales que agobian al mundo entero.

Poco a poco el pastor introducía a la concurrencia en lo trascendental del culto: el diezmo. Seis personas con vestimentas especiales empezaban a recoger los sobres que los asistentes entregaban. El diezmo, del que tanto se habla en la Sagradas Escrituras, especialmente en el último libro del Antiguo Testamento, llamado Malaquías.

Dejé de acompañarla a raíz del domingo en el que el Pastor, antes de empezar con su sermón, hizo pasar a su lado a un tipo con pinta de actor de cine y con

uniforme de Marine; luego del abrazo empezó a bendecirle y a declararle invulnerable; que las balas de los enemigos de la patria nada podrían hacer en su contra, porque iba a cumplir una misión encomendada por Dios en defensa de los Estados Unidos. El sí estaba autorizado y capacitado para aniquilar al enemigo, al enemigo de Dios y de la nación más poderosa del mundo.

El caso es que el tal Marine, al siguiente día, tenía que viajar a Iraq, país en el que se estaba librando una guerra desigual por el lado que se la mire; guerra que sólo las ambiciones petroleras del imperio “americano” la justificaban. Enfatizó que el país de la libertad y de la democracia debía ser defendido en el lugar y en el tiempo que sean necesarios. Lo de las armas de destrucción masiva era puro cuento, como se comprobó más tarde con los delegados de las Naciones Unidas. Se probó algo que debemos tener muy presente: “La primera víctima de toda guerra es la verdad”. El genocidio era lo de manos, iraquíes nomás eran; no importaba que las víctimas sean niños, mujeres y ancianos; gente civil. Guerra ordenada e iniciada por el primer genocida del siglo XXI, George W, Bush.

Olvidó decir que la “guerra” se desarrollaba en territorio invadido y que en esas acciones morirían inocentes. Olvidó decir que en 1991 ya se produjo la primera guerra-invasión al mismo país, provocada por George Bush padre, y que no tuvo el efecto deseado por más que en su espectacular transmisión por las cadenas norteamericanas de televisión y otros medios se promocionaba a “la Madre de todas las batallas”. Saddam no permitió que el invasor se alce con la victoria.

De regreso a casa yo permanecía callado. Me preguntó qué pasaba que no decía nada. Le respondí que no podía entender cómo, una iglesia que se proclama cristiana, servidora de Dios, enemiga del diablo, pueda estar a favor de la guerra; pueda estar de acuerdo con quienes cometen esas barbaridades, esas clase de crímenes. Cómo puede un Pastor, por más yanqui que sea, por más iluminado que se crea, bendecir a quien, conscientemente, iba a matar personas inocentes, a soldados que nunca en su vida ni siquiera ha soñado, mucho menos conocido.

Comprendió mi indignación y me dijo que la próxima semana podía quedarme en casa o donde yo quisiera, pero que no podía obligarme a que la acompañe. Me expresó que si dejo de ir a la iglesia, en nada afectaría la relación de amistad que había nacido. El resto del trayecto lo hicimos casi sin hablar. Nunca volví a la iglesia, pero sí tuvimos algunas pequeñas discusiones sobre las santas religiones. Recuerdo que en cierta ocasión ella dijo que todos los seres humanos somos hijos de Dios, a lo que respondí que eso no era verdad, porque si todos somos hijos de Dios, yo resultaba ser hermano de George Bush hijo, y cosa peor que esa, no

podría sucederme. Terminamos riéndonos con ganas, junto con Rosalía que en ese momento se encontraba con nosotros.

En un bus de transporte público me hice amigo de Irene, una bonita mujer colombiana que se sentó a mi lado. Me presenté, le di mi nombre y armé la conversación. No perdió tiempo en invitarme a un acto religioso que se llevaría a cabo después de dos días en una casa particular cercana al lugar de mi trabajo. Después del acto servirán café con tamales, me informó. Al bajarse me pidió que invite a mis amigos. Me encontré con Jeremías y le conté lo de la reunión, poniendo énfasis en la bonita mujer. Entusiasmado respondió que sí iría.

Diez minutos antes de las cinco de la tarde, estuvimos frente a la casa cuya dirección llevaba en un papel. Fuimos recibidos por la dueña y otras personas. Se veía un patio grande y mucha gente acomodada en sillas de plástico.

En el corredor se presentó un individuo de unos 40 años. Llevaba un micrófono inalámbrico y, luego del saludo, empezó a relatar algo de su pasado. Comentó que fue mal hijo, mal padre, mal hermano, mal esposo; que fue alcohólico, drogadicto, ladrón y violador. Que estuvo cerca de cometer un asesinato y que agredió físicamente a su padre. Que lamentaba haber sido narcotraficante y que, gracias al Señor y a su divina revelación, su vida ha cambiado y ahora estaba dedicado a predicar su palabra, y que sólo Jesucristo nos llevaría a la salvación eterna. Que agradecía a todos por haber asistido y pedía que sigamos unidos en el amor a Cristo, su infinita bondad y su incomparable amor hacia los pobres pecadores.

Luego tomó la palabra su esposa y ratificó todo lo dicho por su marido, calificando de milagroso el cambio que él ha experimentado. Si no hubiese sido por el Señor, la vida de mi esposo estaba perdida sin remedio. Ahora que Jesucristo ha puesto sus ojos en él, es todo lo contrario. Necesitamos estar unidos para orar, para enfrentar el demonio que es nuestro principal enemigo. Luego de este discurso nos invitó a servirnos café con tamales. Esto último estaba deliciosamente preparado e hizo que el haber asistido a ese remedo de culto haya valido la pena.

Mientras nos servíamos el café con los tamales, Irene, la dama que me invitó, se acercó a saludarnos; no pudo hacerlo antes porque llegó atrasada. Una vez en la calle me preguntó qué opinaba de lo que se había dicho esa tarde.-Mal-, le dije, ante su sorpresa; -mal porque un individuo con ese oscuro pasado nunca debe hablar de esa manera, ya que suena a pura hipocresía; jamás podría dar un buen consejo; más se predica con el ejemplo; ese tipo debe estar haciendo cualquier otra cosa menos lo que pretende hacer. Él sabe que haciendo negocio con estas

cosas subjetivas, puede vivir bien. En cuanto a su esposa, le dije que es igual o peor que él, ya que al no denunciarlo, se convirtió en cómplice y encubridora.

-Usted debe saber que lo que quieren es conseguir quienes, mediante el pago del diezmo, les permitan vivir como reyes. En la Unión Americana existen personajes llamados telepredicadores que han logrado hacer verdaderas fortunas. –Me ha dejado pensando-, dijo ella; -Me gustaría conversar con usted-. Le di la dirección de almacén y, junto con Jeremías, que en ningún momento apartaba su mirada de la Irene, nos dispusimos a subir al auto de mi amigo. Aprovechamos para llevar a nuestra amiga hasta su casa. Si con los ojos se pudiera comer, Jeremías se habría dado un succulento banquete. Quedamos igual de pecadores que cuando llegamos a esa casa, pero satisfechos con la amistad de Irene y los tamales.

IRENE

La mujer que conocí en el bus llegó al almacén. Entró saludando alegremente y preguntando cómo me encontraba. Respondí que bien, y que viéndola llegar me sentía mejor.-Gracias-, replicó,- he venido a conocer el lugar en el que usted trabaja y a visitarle. No había clientes. –Usted me dejó inquieta y preocupada por lo que expresó después del culto; así que me dije, apenas tenga tiempo iré a conversar con Luis-. –He venido con la finalidad de hablar acerca de lo que expresó del señor que se está preparando para Pastor. Ese señor, cada que tiene la oportunidad, antes o después del culto, me dice que quiere hablar a solas conmigo, que tiene una misión que encomendarme y decirme cosas importantes; que yo sería una pieza clave dentro de la iglesia que está formando. -Créame, casi cometo la imprudencia de darle una cita. Usted me hizo dudar-

-Mire Irene, si él quisiera hablar con usted sin esconder oscuros propósitos, lo haría delante de la gente, delante de su esposa; allí, ante todos, le encomendaría lo que quiere encargarle. Voy a serle franco, en esto hay que andar sin rodeos. A usted, ese santurrón no quiere llevarle a ser ninguna persona importante en esa secta o como quiera llamarle; no quiere llevarle al cielo ni a ningún paraíso; a usted quiere llevarle a la cama; a la suya, a la de él o cualquier otra, pero a la cama. Estos enviados, estos escogidos, después de haber sido libertinos, abusadores, depravados, son capaces de todo; como ya han conseguido engañarse a sí mismos, se creen con derecho de engañar a los demás. No es el primero de este tipo que conozco ni será el último.

El tal Dios del que él tanto habla, qué va a escoger a una persona de esa calaña para que le represente.

-Verdad, lo que usted dice es verdad, tiene sentido. Por la manera en que a una la miran, se adivina cuando tienen malas intenciones. A veces una es demasiado ingenua, inocente, no ve la verdad de las cosas o lo que se oculta detrás de esas actitudes hipócritas. Le juro, Luis, no vuelvo ni a pasar por esa casa y jamás volveré a asistir a esos cultos-. – ¿Ni por los tamales?-. -Ni por eso-, respondió.

-Lindo seguir hablando con usted, expresó, pero tengo que dejarle; me voy a West Covina, a la Corte de Familia donde tengo algo pendiente-. - ¿No le parece un poco tarde para ir hasta allá?, a lo mejor, cuando llegue, pueden estar cerradas las oficinas. Mañana tengo el día libre, y si usted quiere, puedo acompañarla-. -Claro-, respondió-, -me agradecería-. Antes de despedirnos le pregunté si sería posible ir a la cafetería que quedaba en la esquina, a tomarnos un cafecito-. -Está bien, afirmó, estoy de vacaciones y tengo tiempo-. -En diez minutos salgo de mi turno-, afirmé.

Nos servimos café con pastas hablando de todo un poco, menos del charlatán que se quedaría con las manos vacías. Cuando me acerqué a cancelar la cuenta, la cajera y dueña del local me dijo que ya estaba pagada por unos amigos presentes y que previamente habíamos saludado. Antes de salir fuimos a la mesa en la que se encontraban y nos despedimos.

Con Irene quedamos en vernos a las nueve de la mañana del siguiente día.

Saludamos con un beso en la mejilla, de la misma manera que lo habíamos hecho la tarde anterior. En el bus me contó el motivo por el que tenía que acercarse a la Corte de Familia. Había solicitado aumento de la pensión alimenticia para su hijo que en esos días se encontraba en Colombia con sus abuelos.

Lo llevó hace dos años porque temía que su ex marido tome represalias valiéndose del niño. Estuvo casada con un ciudadano de origen mexicano nacido en Los Ángeles; que más que marido le resultó capataz, carcelero, abusador. Me narró cosas que considero no mencionarlas. Luego del divorcio trató de amedrentarla acosándola de manera irracional, y por eso tuvo que sacar al niño del país, aprovechando que tenía un poder todavía vigente en el que constaba la autorización para viajar con el infante.

Sacó una boleta de auxilio para que el individuo no pueda ni acercarse a ella, so pena de ser detenido. Por eso es que él ignoraba que su hijo se encontraba fuera del país. La felicité por haberse divorciado de alguien así y agregué que el machismo debe ser castigado como uno de los delitos más graves, no sólo en contra de la mujer sino en contra de toda la sociedad. Que los hijos son las únicas víctimas inocentes. Aseguró que esperaba arreglar ciertos asuntos legales y volver

a Colombia para reunirse con su hijo. Sentí que esa mujer esperaba con ansias alguien con quien poder desahogar su dolor, su soledad. Me comentó que quería vender su casa, única cosa material que obtuvo de su matrimonio. Que le alegraba contar con mi amistad, porque a más de una pocas amigas, nada tenía en este país.

Llegamos a la Corte, y mientras ella se acercó a una de las ventanillas, quedé en la sala de espera. Regresó contentísima y sonriendo porque todo salió a su favor. Al salir del edificio, de manera sorpresiva me pidió que le dé un abrazo, que lo necesitaba con toda el alma. Nos abrazamos hasta casi quedar pegados, sintiendo nuestras palpitaciones y las ansias de poder derrotar nuestras soledades. La mañana, que estaba por terminar, lucía preciosa invitando a lanzar nuestras penas al viento y gozar de lo bueno de la vida.

Caminamos alegres y como viejos conocidos. Al llegar a un pequeño parquecito paró en seco y empezó a hablar de una manera fuera de lo de lo normal. Sus palabras tenían algo que mostraba la alegría recuperada y por tanto tiempo ausente. –Hay que festejar-, exclamo,-; -lo de la corte y el habernos conocido-. Tenía una expresión de júbilo que contagiaba; sus ojos brillaban con signos de esperanza, de optimismo, de una alegría compartida.

Así, tan alegre como estaba, su belleza se acentuaba, se hacía más nítida; tenía un no sé qué que invitaba a la caricia. Nos dimos otro abrazo que brotó espontáneamente desde el fondo de nuestras almas, que al no sentirse solitarias, eclosionaban como fuegos artificiales que querían alumbrar nuestras dos vidas.

Regresamos con el crepúsculo. Todo nos acompañaba: la tarde, el clima, la belleza del cielo vestido de azul, como la falda de la Irene; azul de cielo y azul de falda que nos hacía vibrar. Llegamos a su casa y me invitó a pasar. Atravesamos el jardín frontal, y cuando se disponía a abrir la puerta, se volvió hacia mí y se quedó mirándome a los ojos, arrimada a la puerta y ofreciéndome su boca. Pasaron unos momentos sin decir nada de nada. Hay ocasiones en las que las palabras están demás y son los sentimientos los que ordenan cómo actuar.

A partir de esa noche pasamos unos días estupendos, inolvidables; vivimos un romance que duró poco pero fue verdadero. En ella descubrí un ser maravilloso, espléndido, sensible, solidario y de mucho temple a la vez. Ella fue la primera mujer que me había interesado luego de mi fracaso matrimonial. Como estaba de vacaciones por esos días, aprovechaba para permanecer en el almacén; le encantaba el ambiente que reinaba allí, especialmente cuando era presentada a

mis conocidos. Le gustaba sentirse admirada, ya que quienes la conocían se mostraban encantados.

Nació en Cali, pero en su juventud pasó a vivir en Bogotá, ciudad en la que estudió la secundaria. Me contó que viajó a los EE.UU. debido a un triste acontecimiento sucedido hace algunos años. Su novio murió cuando salían de una fiesta. Una bala perdida acabó con su joven vida. Ante tal situación decidió salir de su país. Aprovechó que una tía que vive en Nueva York estaba de visita en Colombia, para solicitarle ayuda para viajar. La tía respondió que si lograba conseguir una visa de turista, podría llegar a su casa. Le advirtió que la vida en el país del norte no era nada fácil. Consiguió la visa, viajó y se quedó ilegalmente.

Consiguió trabajo y la cosa mejoró. Todo iba bien hasta que el esposo de su tía puso sus ojos en ella. Su tía se dio cuenta y advirtió a su sobrina. Hablaron de la situación y la mujer le aconsejó que abandone la casa. Salió a vivir sola hasta que con una amiga decidió trasladarse a Los Ángeles. Cuando salió de su país, hablaba y escribía perfectamente en inglés; lo aprendió en un colegio bogotano y más tarde lo perfeccionó en un curso a nivel universitario. A pesar de ser indocumentada, el saber el idioma facilitaba las cosas. Entró a laborar en una agencia de viajes y fue donde conoció al hijo del dueño de la empresa. Se casó con él, lo que le valió para arreglar sus documentos.

Todo iba bien hasta que su “junior” encontró otro amorcito. Ahí fue que las cosas se pusieron realmente feas y todo se vino abajo. Nació su único hijo, pero ni eso sirvió para que ese matrimonio picado por el virus de la infidelidad se salve. Ella le acusó de violencia doméstica, por lo que fue a dar con sus huesos y sus bajos instintos a la cárcel y vino el divorcio.

-Los momentos que paso con usted, me hacen mucho bien-, manifestaba; poco a poco siento que voy derrotando a la soledad-. Iba a las clases de inglés por acompañarme, ya que le decía que también yo necesitaba de su compañía. En esos días asistía a recibir clases de seis a nueve de la noche, en una escuela cercana. Al salir de clases íbamos a la cafetería. Gozaba escuchando las conversaciones que mantenía con mis amigos. Llevábamos una relación casi perfecta; y no fue perfecta por esas cosas que la vida nos tiene preparadas.

Un domingo que paseábamos después del trabajo, ella caminaba calladamente. Al averiguarle qué pasaba, respondió que nada, que todo estaba bien. Intenté varias veces armar la conversación sin resultado. Tenía miedo de preguntarla qué era lo que en realidad pasaba, porque sabía la respuesta; así que esperé que ella tome la iniciativa. – He renunciado al trabajo-, dijo sin mirarme, como si quisiera no estar

presente en ese momento y en ese lugar -¿Qué pasó?-, le pregunté. –Perdóneme Luis por lo que voy a decirle-; sus mejillas empezaron a mojarse; -no sabe cuánto estoy sufriendo buscando la forma de enfrentar este duro pasaje de mi vida.

-Se va-, me adelanté a decir. – Así es-, me contestó; -la llamada que recibí la noche que no pude ir a sus clases ni a la cafetería fue de mi padre, en la que me informaba que mi madre está enferma y no podía atender a mi hijo. Así que decidí regresar. Tengo que separarme de usted y eso me está doliendo. Usted es noble, es bueno y sabrá perdonarme.

Nunca he querido causarle ningún daño; nunca le utilicé para combatir mi soledad. Quisiera de hoy en adelante ser en usted un bonito recuerdo; no quisiera ser recordada con rencor, tal vez creyendo que fue utilizado para salir de mis problemas. Usted sabe por qué tengo que irme, no necesita explicaciones; no voy a olvidarle nunca.

Se fue un sábado por la mañana. Fui a despedirla y fue duro para mí. Se alejaba para siempre esa mujer a la que conocí durante poco tiempo, pero fue un tiempo de calidad; no hubo un minuto desperdiciado. Qué feliz debe estar junto a su hijo; qué feliz debe estar junto a sus padres; qué feliz debe estar en su país. Yo siempre la recuerdo con cariño; yo siempre la recuerdo con tristeza; yo siempre la recuerdo con ternura; yo siempre la recuerdo con nostalgia. Fue ella la que puso punto final a mi inestabilidad emocional luego del divorcio.

Cuando trató de despedirse desde la escalerilla del avión, no pudo hacerlo. Mirando sin mirarme se llevó las manos a la cara y dio la media vuelta.....

LA ÚLCERA TRAICIONERA

Diez o doce personas conformaban el grupo que se acercó a la camilla en la que me encontraba luchando por sobrevivir. Un médico chino fue el encargado de decirme que lo sentía, pero que en mi caso no podían hacer nada más; que la infección no cedía y que mi estómago continuaba sangrando. Que habían hecho todo lo posible, pero que el caso era muy grave; que el desenlace sería trágico. Hemos salvado nuestra responsabilidad, acoto, y procedieron a retirarse. No quedaba duda: la infección terminaría por matarme.

Llegué en tan mal estado que la batalla parecía perdida; eso sí, me encontraba totalmente lúcido. La única enfermera latina que conocí en ese hospital, oyó lo que el médico declaró. Ella supo que ese galeno se fue sentenciándome a muerte.

Acercándose a la camilla me dijo con tono lastimero. -Lo siento señor, lo que escuché es muy serio; pero créame, usted no se va a morir, tenga fe. ¿A qué iglesia pertenece?-. –A ninguna-, le contesté, como quien no quiere saber nada de nada.-Igual, voy a orar por usted y verá cómo se compone. Lo dijo con tal convicción que en mis adentros no hice más que agradecerle. Se fue a otra sala dejándome en la más absoluta de las soledades

No podía o no quería creer lo que escuché de boca del médico. Uno tiene que morir, es inevitable, pero es algo que no está en nuestros planes. Ese doctor me sentenció de manera contundente en un país extraño y lejano. Me encontraba distante de mi madre, de mis hijas, de mis familiares y amigos. Me hallaba como crucificado entre sueros y máquinas que monitoreaban mi cuerpo todo el tiempo. Escuchar tan mala noticia me condujo a decirme qué puta que es la vida; venir a morir tan lejos de la patria, así, tan sin pena ni gloria, como un completo pendejo.

Ignoro cuantas horas me tuvieron sin dormir desde mi llegada, porque sabían que si me dormía, lo difícil era que despierte.

Ocurrió que llegué a urgencias del hospital “Great Mont” de Los Ángeles, apenas con signos vitales y casi sin hemoglobina; es decir, bajísimo de glóbulos rojos. Me llevaron en estado calamitoso pero en mis cinco sentidos.

Arribé en ambulancia y escoltado por un carro del Cuerpo de Bomberos, que es lo que se acostumbra en los casos de emergencia. Llegué con sirena y todo. Antes de subirme a la ambulancia, me colocaron una mascarilla para que pueda recibir oxígeno. Con las primeras inhalaciones sentí cómo volvía la vida; sentí que mi pobre alma, que junto con mi cuerpo se estaba muriendo, empezó a resucitar. El oxígeno me devolvió la tranquilidad y la cordura. Mientras duró el trayecto desde la clínica a la que fui llevado en primera instancia, hasta el hospital, no podía creer era yo el que viajaba en calidad de casi cadáver. Ahora me tocó a mí, me decía, mientras me daba cuenta de lo grave de la situación.

El caso es que se me reventó la úlcera y toda esa sangre mala y dañina, por suerte, había sido evacuada. Los días que tardé en hacerme atender, fue lo que produjo la infección y la consiguiente pérdida de glóbulos rojos que estaba por costarme la vida. Con ese problema pasé varios días, diciéndome de la manera más estúpida que ya ha de pasar. Lo que hice fue encerrarme en mi recién adquirido “Camper”, con una fiebre altísima. Quien se enteró de mi problema fue Jaime Salazar, que compró un laxante y fue lo único que tomé tratando de curarme. Todo ese tiempo la fiebre me incendiaba.

La noche del martes 6 de marzo del 2007, con una debilidad tremenda “dormí como un bendito”, hasta que escuché cómo, de manera escandalosa, golpeaban la puerta de mi vivienda rodante. Era casi el medio día y logré abrir la puerta con las justas. Vi a dos de mis buenos amigos: Juan González y Toño Alfaro. Fue Jame Salazar quien les avisó de mi situación y les pidió que de cualquier manera me saquen de mi refugio y me lleven a una casa de salud.

La consigna era llevarme a como dé lugar. Me embarcaron en la camioneta del Toño y fui trasladado a una clínica cercana. Una vez en la casa de salud, me solicitaron una muestra de orina y me facilitaron un frasquito. Una enfermera me preguntó si estaba en condiciones de dirigirme al baño solo, a lo que respondí que sí. No pude dar ni cuatro pasos y sentí que toda la construcción daba vueltas y vueltas y, si no es por el guardia de seguridad que se encontraba cerca, la caída era inminente. Me tomó de un brazo y me hizo sentar en una silla de ruedas. Fue entonces que solicitaron la ambulancia.

Al llegar al hospital me llevaron a la sala de urgencias. Una vez allí, el médico que me examinó ordenó ponerme cuatro pintas de sangre “A” positivo que, colgadas en una varilla que atravesaba por lo alto de la camilla, parecían cuatro uvas gigantes dispuestas a brindarme su precioso jugo para salvarme de la muerte. Junto con la sangre, me pusieron 18 sueros en total, a más de una gran cantidad de medicinas que colocaban en cada uno de los envases que contenían el plasma.

Mientras trataban de estabilizar mi organismo, cada cinco o diez minutos alguien movía la camilla o tocaba alguna parte de mi cuerpo para que no me durmiera. Así pasé esa tarde y esa noche. Mi amigo Juan permaneció todo ese tiempo en el hospital. El Toño, como tenía que trabajar, se había retirado a media tarde. Perdí la noción del tiempo, hasta que el médico encargado de mi caso se acercó con su grupo y me dio la noticia de que ya nada podían hacer.

Después que el galeno me diera tan espantosa noticia, nada me quedaba por hacer, a más de hundirme en las más profundas de mis reflexiones: preguntarme, por ejemplo, cómo sería recibida la noticia de mi muerte por parte de mi madre, de mi hija menor, Cristina, de mis familiares cercanos y mis amigos. Cómo harían para llevar mi cadáver o mis cenizas, o ni siquiera esos despojos llegarían al Ecuador. Todas esas cosas pasaron por mi mente con la velocidad de un rayo. La impotencia es lo que más consume en esos momentos; si los médicos y las medicinas no conseguirían hacer nada para conservarme vivo, qué o quién más podía acudir en mi ayuda.

Ingresé a esa casa de salud el miércoles siete pasado el mediodía. Fue en la mañana del viernes nueve, a eso de la ocho horas, cuando me desperté del más profundo y largo de los sueños que jamás haya tenido. La enfermera mexicana que empezaba sus labores me dijo alegremente: Ya ve, señor, le dije que usted no se iba a morir. Se notaba la alegría que sentía al verme recuperando mi salud. Para esa mujer, yo era un total desconocido, pero se veía a las claras las ganas que tenía de que sobreviviera. Así debe ser con todos los pacientes, pensé.

Poco a poco fui recordando lo que me dijo el médico chino; las entrevistas que tuve con la psicóloga que pensaba que quise suicidarme. Me vino a la memoria todo lo que me dijo la enfermera, mis reflexiones acerca de lo que podía pasar si moría. –Algo falta aquí-, señora, le manifesté, -algo que no sé qué mismo es. Esta sala ya no es la misma de antes de quedarme dormido; siento que algo falta en el ambiente-. –No señor, no falta nada-, ratificó, y se fue por el pasillo.

Esperé a que la enfermera regrese para decirle que descubrí qué era lo que faltaba. –Ya sé lo que falta-, le indique; -es ese chillido que provenía del monitor al que estaba conectado y que era el que ratificaba que seguía con la infección. Sí, es ese pito cansón el que ya no suena porque ha desaparecido. La contaminación ha sido derrotada por los médicos, la sangre y las medicinas.

Tenga estas toallitas humedecidas en alcohol para que se asee sus partes, yo lo haré en la espalda, el pecho y las piernas. El doctor ha dispuesto que le pasemos a un cuarto de hospitalización; allí estará mejor; va a comer y hasta podrá ver televisión. Antes tendrán que hacerle una endoscopia-. –Señora-exclamé, -no sabe cuánto bien me hace escuchar lo que acaba de decir; además, nunca voy a olvidarla, gracias, señora-. -¿Cómo se llama?-. –Lupe-, me dijo, -Lupe Santana-.

Luego de practicarme la endoscopia me llevaron a un cuarto equipado para dos personas. En una de las camas se encontraba un muchacho de unos 18 años a quien se le había producido peritonitis. Me ofrecieron el desayuno de acuerdo al menú que yo solicité. Ignoraba cuánto tiempo pasé sin comer.

Dos semanas antes de que esto ocurriera, mi hija mayor, Jennifer, se encontraba en Miami. En esas circunstancias, como yo le había dado el número telefónico por correo electrónico, llamó a la casa en la que en ese entonces residía, para anunciarme que en las próximas semanas me visitaría. Su número de teléfono anotó la dueña de la residencia en la que vivía. A los pocos días abandoné esa casa porque compré mi “Camper”. Mi amigo Jaime fue quien le comunicó lo que estaba pasando con mi salud y le pidió que viaje urgentemente a Los Ángeles, debido a lo delicado de mi situación.

Este amigo tuvo que esperarla en un sitio previamente acordado, ya que no podía hacerlo en el aeropuerto por su condición de indocumentado, y en ese lugar el control de “papeles” es estricto. Una vez en el cuarto de hospitalización, al medio día entró el Jaime todo sonreído- Te traigo una sorpresa-, me advirtió. Acto seguido, como una mágica aparición, pude ver a mi hija.

Tengo la seguridad que en ninguna otra parte del mundo, a esa hora, pudo haberse dado un encuentro más afortunado y hermoso como el que se dio en ese cuarto de hospital. Por más intentos que hago para relatar verazmente lo que sucedió en esos momentos, me quedo corto al hacerlo. El cuarto se volvió un palacio iluminado por la presencia de mi hija; esa habitación se volvió mágica y todo se hizo nítido y esperanzador. La muerte fue burlada.

Ese maravilloso encuentro entre un padre que estuvo a punto de morir, y de su primogénita, abría las puertas hacia un futuro de mayores y mejores perspectivas. Una hora después, una guapa enfermera chinita me ofreció el menú para el almuerzo. Llegado este, mi hija se dirigió a la estación de enfermería donde le informaron que mi estado fue tan grave que tuvieron tenerme en Terapia Intensiva, porque ese era el único procedimiento para mantenerme vivo. Yo confundí ese tiempo con el sueño más largo y profundo que jamás haya tenido.

La mejor noticia que recibí, fue que esa misma noche me darían el alta. Una enfermera me sacó la última de las 21 muestras de sangre que me tomaron en solamente tres días.

A las seis de la tarde me di el primer baño en muchos días, y a las siete de la noche mi hija y yo abandonábamos el hospital. Ella contentísima, yo más que contento. Jennifer feliz de ver a su padre salir completamente sano; yo felizote de ver feliz a mi hija.

Algo que no debo ni quiero callar, es el hecho de que en las casas de salud del país del norte primero salvan, luego averiguan; mientras en un país que yo conozco, primero averiguaban para después tratar de salvar. Ventajosamente, en la actualidad, eso ya no es así.

Actitudes como las de mis amigos Jaime Salazar, Juan González y Toño Alfaro, son las que a uno le devuelven el optimismo, la fe en la solidaridad de las personas y la certeza de que la amistad es una de las mejores categorías que tenemos los seres humanos.

Solicité a mi hija que cuando retorne al Ecuador, de este duro trance, nadie debía enterarse, excepto mi hija menor Cristina y su madre Enith.

Al regresar a Quito me enteré que cumplió a cabalidad lo encomendado. Sólo una tía, hermana menor de mi madre y que es extremadamente religiosa, cuando dos años más tarde le conté lo que me había sucedido, me contestó que ella sí sabía que estuve al borde de la muerte. – ¿Quién le contó?- le averigüé-. La Virgen Santísima-, me respondió, mirando al cielo raso y poniendo los ojos en blanco.

Dónde no habrá chismosas-, fue lo único que dije antes de “salir afuera” a dar rienda suelta a mis ganas de reír.

LAS TRAGEDIAS DE LA ROSALIA

Hablar del canto de los cenizotes, querer explicar cómo suenan, cómo cantan y cómo encantan, prácticamente es imposible. A estos pájaros hay que escucharlos; tener la suerte de haberlos oído por lo menos una vez en la vida. Sus cantos le acomodan a uno la vida, le llenan el alma de hermosas sensaciones y de bellas notas. Durante la primavera, a las 11.30 de la noche, más o menos, salíamos con la Maríaluisa por última vez con los perritos; no a dar vueltas, sino a pararnos en la esquina más cercana a la casa, a escuchar a estas aves trovadoras. A esa hora, estos bellos pájaros transformaban en algo maravilloso el paisaje nocturnal, brindando esas encantadoras sinfonías que sólo ellos saben y pueden regalar. La noche se vestía de gala. La noche entera era todo un canto.

La primera vez que los oí cantando a esa hora, pensé que hasta la Luna debía estar encantada de escucharles. Las estrellas igual. Las estrellas, la Luna y todos los astros. El Sol debe estar deseando dejarse ver, para en ayunas, escuchar la mañanera serenata que brindan esas pequeñas vedetes emplumadas. Por lo menos media hora nos quedábamos gozando de la más bella serenata que pueda oírse jamás. Todos los sonos de la naturaleza están reunidos y funcionando a la perfección en esas locas gargantas. Uno no atina a imaginarse cuántas notas balancean en la atmósfera esas armoniosas cajas musicales, esas bellas cajas de resonancia voladoras. Son 400 los sonidos que pueden emitir a través de picos y gargantas. Creo que son las únicas aves que cantan en la noche.

Por la mañana, qué manera de saludar al día, qué forma de dar la bienvenida al padre Sol; qué manera de saludar a la vida. “La locura” de esas gargantas, cuanta vida pone al paisaje. Estas primorosas aves escogen la parte más alta de los pinos para balconearse; hasta en eso son especiales. No eligen cualquier árbol,

escogen los más esbeltos, los más empinados de los edificios vegetales. Yo los vi coronando las más elevadas de las atalayas verdes, derramando música única y excelsa. Ninguna otra ave le disputa su alto sitio; ninguna otra ave se molesta; debe ser, pienso, porque ellas también quieren escuchar de sus cantares.

Si uno observa a estos pequeños tenores ubicados en los palcos más altos de ese hermoso paisaje, puede mirar cómo, en un intervalo de más o menos cinco minutos, cada uno se eleva unos 50 centímetros y, revoloteando en círculo perfecto, vuelve a posarse nuevamente en el punto en el que termina el árbol. Esa es la forma elegante de mostrarse ante su dama; su dama que no canta, pero vuelve loco a su galán. Querer explicar con palabras cómo es que cantan estas aves, es como querer rascarse la cara con los codos.

Cómo se alegra y vibra la mañana cuando los cenizos empiezan a cantar. Cómo el aire se adorna con esos intangibles banderines musicales que recorren el firmamento. Esa música sublime ponía el marco perfecto para elevarme en mis recuerdos, como ellos en sus circunferencias. Me elevaba tanto que desde las alturas a las que llegaba, podía ver nítidamente a mi querida y lejana patria, a mi querido y añorado Ecuador; a Quito que, acurrucado en las faldas del Pichincha, nunca dejó de latir en lo más profundo de mis sentimientos, mientras me encontraba tan ingratamente ausente.

En ese estado que cosas me volvía a la realidad el llanto del “Babols” que reclamaba mi presencia para el paseo mañanero. Con el perro como compañero, empezaba mi periplo por el condominio. Por esa época empecé a llevar una hoja de papel en blanco y un esferográfico; había adquirido el hábito de escribir mis versos diariamente. Hacía mis trovas a pata.

Mientras me acercaba a la casa de Rosalía a recoger o a dejar al perrito, necesariamente me ponía a pensar en la triste situación que atravesaba esa mujer; en lo amargo que debía ser para ella vivir tan sola, con sus enfermedades, achaques y demás problemas. No tener alguien a su lado que mitigue en algo esa triste situación, debe ser duro y lastimador. Si bien en lo económico no pasaba apuros, los problemas que tenía eran complicados como para poder vivir con tranquilidad. Su aspecto dejaba ver una figura desgarbada y casi abatida.

Rosalía tuvo dos hijos de su matrimonio con Simon: Tom y July. Su hijo, desde muy joven se sintió atraído por las motocicletas. Se hizo tan diestro piloto que participando en algunos concursos ganó algunos trofeos y otros premios. Su primera “moto” fue una Yamaha y, para él, era como una primera novia, su inseparable compañera. Descuidó sus estudios y la mayor parte del tiempo

dedicaba al aprendizaje de trucos sobre las dos ruedas. Pronto pidió a sus padres la soñada “Harley Davidson”, prometiendo, eso sí, mejorar en sus estudios.

No tuvo problemas en conseguir su nuevo capricho. La nueva “moto” no fue tratada como a una enamorada, porque consiguió una de carne y hueso. Con una bonita novia y su nuevo vehículo se sentía hecho y derecho, aunque en los estudios bajó más su rendimiento. Su padre le proporcionaba el dinero que solicitaba, su madre le daba todo lo que quería. Entre los dos entregaban al joven piloto todo lo que pedía con la esperanza que sea buen hijo y mejor estudiante. No fue ni lo uno ni lo otro, ya que el dinero extra lo gastaba en alcohol y otras drogas. Con su compañera se dedicó a recorrer el amplio y hermoso Estado de California.

En una de esas giras tuvo un fatal accidente, en el que junto con su novia murió horriblemente destrozado; su vehículo fue embestido por un enorme camión cuyo conductor perdió el control en una carretera de tercer orden. El veloz automotor venía en sentido contrario barriendo con todo lo que se le cruzaba, y entre ese todo se encontraba la flamante motocicleta con sus dos ocupantes. El golpe para “Saimon” fue terrible, el dolor para Rosalía fue desgarrador. La pérdida de su hijo de apenas 25 años, nunca dejó que sus vidas vuelvan a ser las de antes.

Su hija también sucumbió ante la desaparición de su hermano. La tremenda depresión en la que cayó, la llevó por caminos cruelmente equivocados. Faltaba a casa constantemente y dejó de importarle hasta su cuidado personal y sus estudios; empezó a perder peso y a verse totalmente desinteresada por sus padres y por sí misma. El consumo de drogas, entre esas el alcohol, era tal que cambió totalmente su estilo de vida. Se hizo pandillera y volvía a casa solamente para conseguir dinero, a la buena o a la mala.

Una lluviosa mañana de marzo del 2003, salió de la casa llevando sólo un pequeño bolso y, hasta la fecha en la que yo me enteré de este episodio, no regresaba. Y corría el 2009. Nunca llegaron a tener noticias sobre su paradero. Acudieron a hospitales, policía, sanatorios mentales, casas asistenciales, cárceles, morgues y otros sitios, sin resultado alguno. Vivieron la terrible incertidumbre de tener una hija desaparecida, algo peor que tener una hija muerta; de ser así, sabrían por lo menos en qué lugar estaban sus restos, pero este no es el caso.

Simon tenía otras tres hijas de su anterior matrimonio. Al morir su primera esposa, el vivió con ellas hasta que cumplieron su mayoría de edad. Estas tres mujeres, con motivo del cumpleaños de Rosalía la invitaron a su casa. Maríaluísa y yo le acompañamos a la ciudad en la que vivían y no quedaba distante. Al llegar me encontré con la novedad de que en vez de tres mujeres, vivían cuatro. Al averiguar

quién era la cuarta fémina, Maríaluísa, con un poco de recelo me reveló que esa mujer era la pareja sentimental de la mayor de las hermanas; que ellas aceptaban de buena gana esa unión lésbica como algo normal. Entre risas terminó diciendo que esa mujer “era el hombre de la casa”.

No me causó sorpresa saber que convivían como pareja esas dos mujeres en esa clase de unión que día a día va siendo más aceptada; incluso, según me señaló mi dueña de casa, habitaban de mejor manera que algunas parejas heterosexuales. Lo malo, según supe después, era que las cuatro le entraban a las drogas. Pero eso no es raro, y como dicen en mi pueblo, eso pasa hasta en las mejores familias.

Por la noche, ya en la casa, hice un comentario acerca de cómo trataron las hijas de Simon a la Rosalía. Hice notar que ninguna de ellas se portó atenta con la cumpleañera; que si se iban a portar así de indiferentes, para qué la invitaron; que ella merecía ser tratada con consideración, con cariño, con cortesía, debido a su edad y a su condición física. -Eso no es nada-, respondió Maríaluísa, -Usted ni se imagina de lo que le acusan a mi amiga.

En el fondo, todas ellas le odian, la desprecian y la acusan de ser la causante de la muerte de su padre. Aseguran que ella sabía de la situación en la que se encontraba Simon después de la caída de la silla de ruedas; pero como ya no le aguantaba, le dejó morir sin llamar por lo menos al 911 en busca de ayuda médica o cualquier otro tipo de ayuda-.

-Cuando llamó a la policía, en la mañana, él llevaba muerto varias horas. Lo que no la perdonan, dicen, es que ella sabía que su padre se encontraba tendido en el piso, pero se quedó en su cama. Le acusan de haber dejado morir a su padre a propósito y por falta de atención. Ese comentario hacen en la vecindad; por eso ella no es bien vista por quienes están enteradas de ese suceso; no le tienen pena por la forma en que vive ni por su enfermedad. Sólo Dios sabe qué mismo pasaría, pero esos son los comentarios-.-Yo no me atrevería a juzgar-, contesté,-pero esto que acabo de escuchar, me ha dejado sorprendido-.

Sea lo que sea, el caso es que la vida de esta desdichada mujer era realmente desastrosa. Supimos que las tres mujeres estaban haciendo las gestiones para ingresarla en un asilo. Rosalía, naturalmente, se negaba a dejar su casa, argumentando que se sentía bien viviendo como estaba haciéndolo. Argüían que estaba quedando loca y que ya le estaba atacando el “Alzheimer”. Ninguno de esos argumentos tenían base sólida, ella estaba absolutamente lúcida. ´

Lo que las hijastras querían era librarse de ella para apoderarse de la casa; decían que su padre había dejado por escrito que ellas serían las herederas de la propiedad. Esta teoría es válida porque unos días atrás vino una de las hijastras a pasar Navidad con ella y se quedó unos días. Tenía un papel que quería que su madrastra firme, a lo que ella se negaba por más presionada que se encontraba. Vio que se trataba del traspaso de la casa. Recalco: estaba totalmente cuerda.

Cuando supo que yo regresaría al Ecuador, con lágrimas de por medio me dijo que sentía mucho lo de mi partida; que se había acostumbrado a mi compañía, a mis atenciones, que no sabía qué iba a ser de ella cuando ya no esté. Mientras secaba sus lágrimas, con voz casi apagada me dijo algo que me dejó desarmado: Hasta el “Babols” va a sufrir cuando se vaya.

Como al año y unos meses de haber retornado, recibí un correo electrónico de Maríaluísa en el que me comunicaba que Rosalía había sido internada en una casa de salud en grave estado, como consecuencia de su deficiencia renal. Ella se hizo cargo del perrito. Al recibir esa noticia me puse triste y empecé a prepararme para recibir la noticia final. Así fue, en menos de una semana me comunicó que a Rosalía le sobrevino un paro cardio-respiratorio y falleció.

Así finalizó una de las personas que más amistad me brindó en los Estados Unidos. Lo que se me ocurrió decirme a mí mismo, por la pena y el dolor que me embargaba cuando me enteré de su muerte fue: Adiós mi gran amiga; adiós y hasta siempre mi buena Rosalía.

DESDE MI “CAMPER”

Muchas noches pasé en mi “Camper” en la playa de estacionamiento de un centro comercial cercano al lugar en el que trabajaba. Al salir de la cafetería a eso de las 11 de la noche, Juan González me acompañaba hasta el carro. –Vamos-, me decía, -siempre existe peligro en estos lugares; a mí me conocen y por eso no me ha pasado nada; pero a otras personas sí. Tú métete en tu auto y no le abras la puerta a nadie, a menos que sea algún conocido. Compra temprano lo que necesites y ni se te ocurra salir; muchos te tendrán puesto el ojo, porque saben que trabajas y vives solo en tu “motorhome” (Morojom).

Con las luces apagadas y sentado tras el volante, pasaba horas escuchando radio. Sintonizaba emisoras conocidas como “Radio hablada”, en cuyas programaciones estaban ausentes las secuencias musicales. Se oía programas en vivo o pregrabados para mantener a la gente informada o entretenida... En varios

programas escuché entrevista interesantísimas, en las que personajes de otros países o los mismos gringos, demostraban no estar de acuerdo con las acciones de los gobiernos yanquis.

Mientras escuchaba radio tenía la oportunidad de ver a través del parabrisas a la gente trasnochadora sin que a mí se me pueda ver.

Con un jarro de café en la mano, fui testigo de primera fila de casi todo lo que pasaba en ese sitio. Era divertido y a veces alarmante mirar escenas fuera de lo común en horas de la noche. Los trasnochadores viven un mundo raro; un mundo aparte y apartado de lo demás y de los demás. Los alcohólicos eran los que más daban que hablar. Jóvenes, adultos, personas de la tercera edad y mujeres, algunos ya en su segunda o tercera borrachera, daban espectáculos curiosos y trágicos a la vez. Algunos devoraban la comida que en los restaurantes, al cerrar, les regalaban.

Fantasmagóricas figuras deambulaban por todos lados, aprovechando la ausencia de los crudos aguaceros, daban rienda suelta a sus ganas de vivir, aunque sea en esas circunstancias. La policía, bien gracias.

Un lunes por la mañana, día que tenía libre, con la finalidad de desayunar me dirigí a uno de los restaurantes del sector. Me senté junto a la única mesa en la que había espacio, ya que estaba ocupada únicamente por una muchacha delgada que había mirado en otras ocasiones. –Yo le he visto a usted en la biblioteca-, afirmó, después de contestar mi saludo; -claro-, le dije, -voy de martes a sábado, pues estoy recibiendo clases de inglés-. –Le he visto también conversando con la rubia que es la “manager”-. –Sí-, le contesté,- somos buenos amigos; además, con ella practico el inglés.

La joven me explicó que va a la librería porque le gusta la poesía. –Me gusta el ambiente lleno de tranquilidad que ahí se respira. También le he visto en el almacén de música; creo que usted es el marido de la dueña-. -No, no soy su marido, sólo trabajo para ella. Llegó mi desayuno y empecé a servirme. Me preguntó si no tenía miedo vivir solo en el “Camper”, especialmente en las noches. –No le respondí, es seguro-. -No pasa nada, acoté,-además, desde hace dos días ya no estaciono el vehículo en el centro comercial.

–Usted tiene un acento diferente; ¿de dónde es? Soy del Ecuador-, le contesté; el país de la Mitad del Mundo. ¿Y usted?, -de República dominicana- aseveró. - ¿Dónde trabaja? –Mire, no me da vergüenza decir donde trabajo, y que lo hago como bailarina en un “bailadero”, respondió entre sonreída y triste.

Terminó su desayuno mas no se retiró porque dijo que le gustaría seguir conversando. Me agradaba es mujer por algunas cosas buenas que se la notaban. -Cómo llegó a este país-, me preguntó, -volando-, vine en avión porque me casé con una ciudadana americana y en mi país me dieron la visa-.Pero no funcionó y hoy me encuentro divorciado-, le contesté. –Yo me vine de “mojada”- explicó riéndose.- ¿Cómo se llama?-. Nancy, pero en el salón me llaman Jesenia-. – ¿Y cómo fue a parar ahí?, si no le molesta la pregunta, por supuesto-.-No me molesta; la mía es una historia muy repetida, porque somos miles y miles las que hemos tenido la misma suerte.

Las mujeres que hemos venido buscando mejores días y encontramos que la realidad es muy distinta a la que hemos creído o nos han hecho creer, estamos en peligro de caer en manos de hombres que se aprovechan de nuestra situación. Nos ven novatas, asustadas, y estamos propensas a caer en cualquier tipo de engaños. Una se fija en el primero que le dice algo bonito e ingenuamente empieza a confiar. Cuando se da cuenta que ha sido engañada, ya es tarde y algunas terminamos trabajando en lugares de mala muerte; lugares en los que una suda y otro cobra.

Salimos del restaurante y nos colocamos a la sombra de un portal evitando el sol que calcinaba. Sacó un cigarrillo y empezó a consumirlo. Terminó de fumar y me invitó a caminar; portaba una gran sombrilla, la que compartimos defendiéndonos del astro rey. Nos dirigimos hacia al parquecito que quedaba cerca de la biblioteca y la Alcaldía. Desde ese sitio le hice ver el patio en el que se encontraba mi vivienda rodante.-Allí debe estar fresquito-, -comentó, porque vio que el carro se encontraba bajo un enorme árbol que con su gran follaje lo protegía. Nos dirigimos hacia el sitio y le invité a pasar.

-Qué cambio, aquí se siente bien-. –Siéntese-, le dije, indicándole un pequeño asiento empotrado cerca de la puerta. –Le continuaré contando mi pequeña historia. A la semana de haber llegado conocí a un muchacho en una agencia de empleos. Como recién llegada no sabía que para solicitar empleo debía presentar una identificación con fotografía y otra con el número de seguro social. Fue ahí que se ofreció a ayudarme a conseguir los “papeles” necesarios. Empezó con la primera de muchas mentiras: me dijo que los documentos que me conseguiría, eran de los buenos, de los que él utilizaba para todo y me mostré agradecida. Como sellando un pacto me invitó a tomar unas latas de cerveza. Más tarde me llevó a su departamento que resulto ser feo y pequeño.

Al calor de las cervezas pasé toda la noche con él. Yo tenía 24 años en ese entonces y sabía a lo que me exponía al aceptar esa invitación. Lo que no me dijo

fue que compartía el departamento con tres amigos suyos que trabajaban en la noche y dormían durante el día. Llegaron al amanecer y se metieron en otro dormitorio. A los pocos minutos, mi amigo se levantó y se fue diciendo que pronto regresaría. Yo me quedé sorprendida de que me deje en el departamentito.

Al quedarme sola me dispuse a levantarme. Inmediatamente sentí que se abría la puerta y vi entrar a uno de los recién llegados solamente en calzoncillos. Sin decir nada se acomodó a mi lado. -Qué pasa, le dije-, ya mismo viene él. -Quédate tranquila, el “Greñas” no vendrá en todo el día; y sin darme tiempo a nada, ya tenía sus manos ocupadas y, como me encontraba desnuda, sin darme tiempo a nada, arremetió con fuerza. Luego vino el otro y el otro. Así empecé ese día, cansada y adolorida.

El último que me violó me informó que así es como el “Greñas” les pagaba la renta, compartía con ellos sus “conquistas”. Me dijo, además, que ni la cama era de él y me indicó el colchón viejo en el que dormía. Salí del departamento hecha una lástima, sudada, sucia, despeinada, después de haber sido agredida de esa manera. Ni siquiera pude tomar un baño. Créame, fue muy caro pagar el piso en este país de esa manera.

A los dos días pude encontrarle en la misma agencia de empleos. Apenas me vio hasta quiso ponerse de rodillas pidiéndome perdón por la agresión que sufrí por parte de sus amigos; dijo que así mismo son esos “culeros”, no respetan nada.

Mire lo que son las cosas, luego de esta conversación fuimos por los papeles y él continuaba mintiéndome al decir que eran de los verdaderos, pero la culpa es de quien cree a esos mentirosos. Seguí relacionada con ese muchacho hasta que terminé donde terminé, ya que fue él quien me llevó a trabajar en ese lugar, administrando lo que yo ganaba. Me vi obligada a seguir pagando la renta de la manera en la que el “Greñas” lo hacía, ya que me dio vergüenza de regresar donde vivían las amigas que me acogieron al llegar.

-Qué es del “Greñas”, inquirí. -Ah, ese desgraciado está en la cárcel-. Una noche de borrachera se peleó con un amigo, y como estaba perdiendo, sacó una navaja y se la clavó. Fue acusado de intento de asesinato y está pagando una larga condena. Él no contaba con que algún día se le iba a dormir el diablo y cayó en desgracia.

Antes de llevarme a trabajar en el “bailadero”, me prometió miles de cosas que jamás las cumplió. Ahora estoy tranquila y lo que gano haciendo mis cosas es para mí. Esta es mi corta pero triste historia de la cual no me avergüenzo, porque

existen otras mujeres que hipócritamente se prostituyen. Cuando escribo a mi hermana que vive en mi país, no le cuento nada de esto porque no quiero que sufra por mí. Le digo en son de broma que estoy cerca de cumplir mi sueño, porque mi sueño es acostarme con un americano.

Escuché esta historia con mucha atención y, cuando la mujer abrió su bolso en busca de un cigarrillo, pude mirar que cargaba varios preservativos.

-Ya ve cómo es la vida-, sentenció, mientras encendía el cigarrillo que nunca terminó de fumar.

Afuera la mañana reventaba de calor.

LA “CHULA”

Un día se acercó recelosa y tímidamente. “La Chula” le decían. Era como si no tuviese nombre. Sus amigas, sus amigos, sus jefes la llamaban de esa forma. Alta; sin duda la más alta de las mujeres trabajadoras de la factoría. Era una especie de comodín, pues la ocupaban en las más variadas tareas y todas las desempeñaba acertadamente. Este ha sido su único trabajo desde que llegó al país procedente de México, hace más de siete años. Tendría unas 140 libras de peso bien distribuidas. Ni bonita ni fea; “potable” decía uno de mis amigos. Tenía la buena costumbre de sonreír cuando le saludaban. De carácter amable y siempre dispuesta a la conversación.

Lo que más se admiraba de ella era su bien formado cuerpo. -Ya quisiera hacerla novia-, opinaba como soñando uno de los “mejores” admiradores que ella tenía, porque era el único que no hablaba ni grosera ni “sexualmente” de esa mujer; los demás se propasaban en sus expresiones. Lo menos grosero que decían era que tenía una lindas “chichis”, refiriéndose a sus senos, o que lindas “pompas”, refiriéndose a la parte que más admiraban.

En fin, esta mujer era el referente de todas las que laboraban en la fábrica. Siempre se la oía cantar música mexicana. Se la veía caminar de lado a lado, realizando a cabalidad los trabajos a ella encomendados. Recibía muchos piropos, de los buenos y de los otros, al punto que ya ni le importaba lo que le decían; -ya no les hago caso-, expresaba mirando con desidia a quienes la observaban. A más de saber vestirse bien, todo lo que se ponía le quedaba “de pelos” (muy bien), especialmente en verano, que obligadamente tenía que usar ropa ligerita. Ella disfrutaba exhibiendo su escultural anatomía, estaba en su derecho.

Se acercó en el momento en que me servía mi refrigerio, llevando también su “lonche” (lunch), ya que era la hora en la que almorzábamos. -¿Usted es casado, verdad?-, me preguntó; mi respuesta fue afirmativa. -Yo he visto que a veces

viene una señora a traerle o a llevarle-, afirmó; -es guapa y elegante-. -¿De dónde es ella?-, prosiguió; -ecuatoriana, como yo-, le repliqué; -hacen bonita pareja; la primera vez que los vi juntos pensé que eran hermanos, pero no ha sido así. Qué suerte, tener pareja estable, una pareja fija; eso debe ser de lo más lindo.

Si yo tuviera “papeles” buenos me traería a mi novio que se quedó en México, pero no puedo, soy indocumentada. Siete años que no lo veo, siete años que no tengo novio-. -¿Y cree que todavía es su novio?-, le pregunté; -siete años son muchos para que una pareja separada por la distancia siga como si nada pasaría. ¿Cree que él está esperando a que usted regrese?, o ¿Cree usted que si él se vendría para acá, lo primero que haría sería buscarla?; no pues-, le advertí, -eso no es ni será así-. A lo mejor, apenas usted se vino ya se consiguió novia nueva-.

-Disculpe que sea tan desvergonzada o tan atrevida para expresarle lo que le voy a decir; para pedirle el favor que quiero pedirle; espero que usted no se enfade conmigo o me regañe. Hago esto porque sé que usted es diferente a los demás hombres que conozco, especialmente de los que trabajan aquí; ya ve usted cómo son; si parece que a una la desvisten con la mirada, que lo único que quieren es acostarse de buenas a primeras, sin ni siquiera saber cómo se llama una; es justamente por eso que me he atrevido a platicar con usted-.

-Diga lo que tenga que decir, yo la escucharé, no se preocupe, no tenga vergüenza, hable-. -Mire, lo que quiero saber es que si usted tiene algún amigo que pueda presentarme, un amigo al que yo pueda llegar a conocer; una mujer cuando está sola tanto tiempo, tiene ganas de conocer a alguien que sea educado, caballeroso, no como estos que usted conoce aquí. Necesito salir, hacer algo diferente a trabajar y trabajar, tanto aquí como en mi casa. Yo vivo con mi madre, pero ella está hecha a la antigua y me tiene bien controlada, no me da respiro, por eso es que prefiero pasar más tiempo en el trabajo que en la casa-.

-Hace un “chingo” (muchos) de años que no voy al cine, que no voy a un baile, que no asisto a un “pari” (fiesta); la vida no tiene que ser solamente de trabajo, hasta partirse el lomo como dice la gente. A veces me arrepiento de haber venido para acá, pero tuve que hacerlo, no podía dejar venir sola a mi mamá. Dígame usted si es justificable ganar buen dinero a cambio de sacrificar todo lo demás, todo lo bueno que tiene la vida; los años no pasan en vano; mire, yo tengo 34 años cumplidos, “sin en cambio” (sin embargo), ni siquiera tengo algo bueno para contar.

En esta parte se anunció que una de las máquinas había sufrido un desperfecto, y hasta que se la repare, podíamos quedarnos alejados del sitio de trabajo; eso sí, muy atentos a la hora en que debemos continuar laborando. Luego supe por boca de uno de los trabajadores, que quienes estaban a cargo de hacer funcionar la maquinaria, eran los encargados de dañarlas intencionalmente, con el propósito de hacer “over time” (horas extras). Cuándo no las trampas. Aprovechamos ese “brake” (Breik-descanso) en las labores, para seguir conversando, no quería defraudar a mi interlocutora.

-Me conservo bien porque hago ejercicios y no como cualquier cosa, pero qué saco con todo eso, sólo servir para que los que me ven quieran llevarme a la cama; no, ese no es el asunto; si una se mantiene bien es con la esperanza de poder gustar a alguien, a alguien que la mire como a persona, no sólo como un objeto sexual. Una no quiere verse bien sólo en el espejo, sino verse bien ante los ojos de un hombre que también le guste para llegar a convertirse en esposa o en compañera; de pasar bien, de ser una pareja feliz, de ser admirada y bien tratada por un hombre que valga la pena.

-Qué lástima- le contesté, -¿cómo es que se llama usted? ; -dígame “Chula” nomás, así es como me dicen todos-; -no-, le insistí, -dígame su verdadero nombre; para mí usted no es “la Chula”; ¿sabe?, en mi país, en nuestra forma de hablar, no existe esa palabra. -Me llamo Rosa-, me respondió casi riéndose; -a veces hasta me olvido que me llamo Rosa, ya que sólo soy la “Chula” por aquí, la “Chula” por acá, la “Chula” por allá”-.

-Qué pena Rosita, continué, como llevo mucho tiempo en este país, no tengo amigos, amigos de los de verdad, me refiero; si los tuviera, escogería al mejor para presentarle; usted me ha conmovido con lo que acaba de decir y siento en el alma haber escuchado parte de su triste historia. Créame Rosita, si yo sería soltero y al estar enterado de cómo usted piensa y cuáles son sus anhelos, no dudaría un minuto en decirle que desearía mantener una relación seria con usted. Yo estoy recién casado y satisfecho con mi esposa, con ella tengo todo, con ella estoy muy bien. Además, fue ella quien me trajo, por ella he conseguido los documentos que me permiten vivir tranquilo y sin la zozobra de andar huyendo de las autoridades de migración-

-Quiero que sepa que estoy de acuerdo con todo lo que usted ha manifestado; una persona, sea hombre o mujer, no tiene por qué sacrificarse todo el tiempo tratando de ganar dinero; con ganar lo suficiente para poder vivir, uno debe sentirse satisfecho, pero exagerar, eso de ninguna manera-. -Existen otras cosas que son más importantes que ganar dinero. Algunas personas trabajan en dos o tres partes, pero no saben que ese ritmo de vida les pasará la factura, y lo primero que lamentarán será la pérdida de la salud, de la salud mental y física-

-Usted merece otro tipo de vida, otras experiencias, sanas diversiones que hagan de su vida algo más atractivo. No se preocupe, ya encontrará lo que está buscando, el amor es la esencia de la vida-. -Si yo llego a conocer alguien como para usted, le presentaré de inmediato, no se preocupe. Usted tiene que olvidarse para siempre del novio que quedó en su tierra, ya no haga cuenta de eso, tiene que mirar hacia adelante-

-Tiene que creerme, desde que llegué a Los Ángeles, nunca he podido encontrar un hombre que se interese en mí porque soy mujer, porque soy un ser humano, no porque tenga que complacerle solamente en la cama. No he tenido nada con nadie desde que he estoy por aquí; soy una mujer que tiene sus sentimientos, que quiere amar y ser amada. Ser deseada está bien, pero por una persona que

también se interese por mis sentimientos; así como soy, de carne y hueso, también tengo mi vida espiritual, tengo mi alma-.

Interrumpimos nuestro diálogo porque la Rosita fue requerida por alguien que necesitaba hacerle una consulta. Al regresar se reanudó la conversación. -No va usted a creer lo que le voy a contar; no le digo quienes, pero mientras estuve solo, ya me preguntaron qué tal me estaba yendo con usted; sígale nomás, dijeron, va a ver que con usted si cae, “a nosotros no nos pela” (no nos hace caso).

-Así son estos-, reconoció medio enojada; -como no les hago caso, hablan tonterías; ya me imagino lo que le dijeron esos mensos, pero sé que usted no es como esa chusma-. -No se preocupe, no es para tanto-, le tranquilicé, hayan dicho lo que hayan dicho, se queda en ellos mismos, no trasciende más allá de sus bigotes-. -Me dijeron que tenía buen gusto y buena suerte para estar conversando con usted, y que así mismo es como se empieza. Tuve que callar las otras cosas que me dijeron. No quería herirla más de lo que ya estaba.

-Como le dije, yo no tengo amigos, me dedico únicamente a salir con mi esposa; vamos al cine, a los centros comerciales, a comer en algún restaurante que ella conoce, eso es todo-, continué.

-Eso es lo que yo quisiera hacer, pero con mi pareja-; -debe ser de lo más lindo pasar así, entregarse completamente al hombre que se sabe es de una, tratar de ser uno solo, que no existan secretos, pero eso para mí es sólo un sueño, la soledad de una solitaria es lo único que me acompaña y me va consumiendo, me va carcomiendo el alma más allá de lo que una cree que es posible-. -No me avergüenza hacerle estas confesiones; una no tiene con quien hablar de estas y otras cosas, una persona como usted viene a ser como una bendición. Imagínese todo lo que tenía guardado por tanto tiempo y no podía sacarlo. Todo esto ha permanecido corroyendo mi alma, haciéndose callo dentro de mí. Y yo sin poder contar a nadie mi desazón, mi desesperanza, mi angustia de vivir-. -A mi madre no puedo contarle nada, porque sale con unas cosas que en vez de ayudar agravan más la situación. Es más, ni amigas buenas tengo para contarles algo de esto, ya que entre mujeres hay mucha envidia, algo como mucha competencia.

Esto no puedo decirle a cualquiera; si de algo estoy segura, es que si esto cuento a alguien de los que trabajan aquí, no sabe las proposiciones que me harían más rápido de lo que canta un gallo; estoy segura que me tomarían como una mujer que estoy implorando porque cualquier hombre me tome y haga lo que quiera conmigo, y eso no es así. Aquí hacen y dicen lo que quieren, sin tomar en cuenta las consecuencias que puedan tener ciertas acciones-. -No es criticar, pero mire, esas dos que van pasando, jóvenes y bonitas, todos los fines de semana se van con los de aquí a pasarla bien en los salones de baile y terminan en los moteles, y no van siempre con la misma pareja, variadito les gusta-. -Esas dos se llevan más que hermanas, pero se supo que hace unas semanas casi se dan de “costalazos” por el mismo hombre, cosas así sólo denigran a la mujer-.

Sonó la sirena y otra vez a trabajar. El resto del día me pasó zumbando en los oídos todo lo que oí de boca de esa triste y desdichada mujer.

-¿Qué fue “mi cuate” (amigo), ya?, me dijo al siguiente día uno de los que comentó acerca de mi amistad con la “Chula”; -ya de qué-, le pregunté; -no se haga-, me respondió, -con la “Chula”, pues, con la “Chula”, con quién más ha de ser; se ve que ella anda detrás de usted, tiene que cobrarla, tiene que hacerse ver, tiene que hacerla probar lo que es un ecuatoriano-. -O tiene que cederla para ver si se hace algo por esa mujer, pues parece que anda media loquita nomás-, aseveró alguien que se sumó a la conversación.

Nada respondí a esos comentarios groseros y sin fundamento. Ni idea tienen de lo que puede estar pasándole a un ser humano, sea mujer o varón. La maldad, la envidia, los comentarios que pueden herir, que pueden injuriar, son los que priman, son los que vuelan de boca en boca con la velocidad de un rayo, son los que prevalecen en esta sociedad deshumanizada.

La “Chula” en ningún momento insinuó que tenía alguna intención para conmigo; pero ya las malas lenguas se fueron por otro lado, ya prejuzgaron de la manera más vil y cobarde. La “Chula” sólo quería, por su soledad, encontrar a quien amar y ser amada. Ella, como tantas, sólo quería ser escuchada, ser tratada de otra forma, sacar algo de lo que tenía tanto tiempo guardado y, como es lógico, buscaba la oportunidad de conocer a un hombre que como mujer necesitaba para hacer vida en pareja. Si algo malo hay en eso, de qué estamos hablando; todos tenemos derecho a buscar nuestra felicidad, aunque sea en los Estados Unidos de Norteamérica.

Un lunes, al llegar a la factoría vi cierta aglomeración en la entrada principal. Me acerqué a indagar qué ocurría y vi a las mujeres llorando o muy apesadumbradas. Igual cosa pasaba con los hombres. Algo verdaderamente lamentable había pasado, algo que hacía que en el ambiente corran vientos de desgracia, de fatalidad. -Qué pasa-, le pregunté a una mujer que tenía los párpados hinchados de tanto llorar. Con voz entrecortada y desgarradora atinó a decir: -la “Chula”-, me dijo desesperada, -la pobre “Chula”. -¿Qué pasa con ella?- le pregunté alarmado; -la encontraron muerta detrás de unos contenedores de basura que hay en un supermercado de la ciudad; la encontraron muerta y violada en ese sitio que queda cerca de un salón de baile de mala muerte-

-La encontraron los que recogen la basura. Se había ido a bailar con “un hijo de su pinche madre” que trabajaba aquí, aquí en la fábrica. -En el salón de baile, este “pinche” cabrón con otro amigo, tal vez le dieron de tomar o le drogaron y abusaron de ella; no contentos con eso, la ahorcaron hasta matarla. La policía ya los tiene presos, bien borrachos y drogados “dezque” estaban; que se pudran en la cárcel los cabrones, que se les haga chicharrón los huevos, de ahí no salen sino ya de viejos. Queremos saber si en este país la justicia es como dicen que es; una muerte así no puede quedar en la “impunidad”-

-Más tarde saldremos varias de las compañeras, y si quieren acompañarnos algunos de los compañeros, son bienvenidos; iremos con dirección al Consulado de la República Mexicana, vamos a exigir justicia, que se castigue duramente a quienes cometen ese tipo de agresiones en contra de las mujeres; aunque ella no va a resucitar, tenemos que hacer algo para que a ese “par de cabrones asesinos se los lleve la chingada”-. -La Chula no le daba motivo a nadie para que le “haigan” hecho esto-.

Fue la primera vez que Rosita, la “Chula”, aceptó salir a bailar con un compañero de la factoría.

La primera y la última.

DE GRINGOS Y DE “LATINAS”

-De mejores casas me han botado”-, dijo la Cecilia a su tío Eduardo, cuando este quiso saber lo que sucedió con su marido para que este haya procedido de la manera en que lo hizo; pues, en un arrebato de esos que solía padecer, echó de la casa a su esposa. Su cónyuge, de buena posición social y económica, comprobó algo que sospechaba desde tiempo atrás: que su “adorable” mujer “le ponía el cuerno” con el chofer de la familia. Fue echada de la casa como una vulgar ramera, y ella, de la forma más estúpida, toma esto como algo chistoso, criticaba su tío. Al preguntarle sobre sus hijos, respondió que se quedaron “con la bestia esa”.

Cecilia era una mujer bonita, blanca y con ojos claros; de buena estatura y su rostro estaba salpicado por una cuantas pequitas. Una tía la trajo a los Estados Unidos cuando aún estaba “chavita”. Su padre, un ranchero mexicano, le pidió de favor que lo haga, porque su hija de 13 años y medio, fue sorprendida en el granero teniendo relaciones sexuales con su primo hermano de 15 años.

Al hacer las indagaciones descubrieron que el “chamaco” llevaba varios meces “cogiéndose” a la prima. Yo le daba contra el suelo cuando se me antojaba, comentaba el primo años más tarde, cuando él también llegó a la tierra de los “gabachos”. –Si la prima era tremenda, no sé cómo le irá con el mister ese con quien se casó.

En la empresa que consiguió su primer trabajo, luego de aprender inglés, conoció al mister Jimmy, quien, en la primera cita la encamó y siguió encamándola hasta que se enamoró perdidamente, “porque era una maravilla en la cama; le gustaba hacer el amor al derecho y al revés”. Esta calzoneó al pobre gringo, comentaban en la empresa, ya que se casó casi al mes de conocerla.

En cambio el mister se vanagloriaba de su conquista y se sentía feliz de dormir con ella, porque era como dormir con dos o tres mujeres a la vez. Por eso a nosotros nos gustan las “latinas”, son a todo dar, decía el “mister”, con ese acento que suena divertido cuando ellos hablan castellano. Tuvieron tres hijos, varón-mujer-varón. Como se casaron sin conocerse bien, al ir descubriendo los defectos de cada uno surgieron miles de problemas, pero no se separaban. Ella, en secreto, y aprovechando uno de los viajes de su marido, se hizo la ligadura, porque como cantaleta este vivía diciendo que quería tener ocho hijos.

Como el gringo era viajero, ella empezó a coleccionar amantes. Nadie puede hacerse amigo de mi sobrina, comenta el tío; todos están condenados a terminar en la cama. El hijo mayor de la pareja cumplió 19 años de vida y cinco de fumar marihuana. Aprendió a hacerlo con la hierba de su padre que, desde los 15, empezó a drogarse, sin nunca dejar esa costumbre que se convirtió en vicio o enfermedad, “que no es lo mismo pero es igual”. Además, con la pinta y el dinero que manejaba, era un Don Juan perfecto y un fornicador profesional.

A raíz de perder su primer empleo por irresponsable, la Ceci trabajaba llevando la contabilidad en la empresa de transporte que tenía su primito y primer amor. El primo, que llegó a California a los 28 años de edad y era el único indocumentado de la familia, gozaba de una muy buena posición económica. Con tal de pagar los “taxes” (impuestos), en este país se puede trabajar aunque no se tenga documentos. Ya ven, hasta choferes “gabachos” tengo.

Si bien, la relación matrimonial con la Cecilia había terminado, la amistad con todos los de la familia continuaba igual. A las fiestas familiares acudía como Papá Noel, cargado de licores y cositas de comer. Era tragazo el gringo, y generoso también. Otro de los defectos del Jimmy, era el de ser comprador compulsivo. A pesar de lo grande de su casa, le quedaba pequeña para tanto tereque. Semanalmente, especialmente los sábados, en las “ciudades gringas” grandes o pequeñas, en los patios o garajes, se realizan negocios en casas particulares, en los que se puede encontrar cosas de segunda mano en buen estado, y otras totalmente nuevas. El “mister” iba a diferentes ciudades en busca de estas mini ferias y, en su enorme “troka” (camioneta), llevaba a casa gran cantidad de mercadería.

Esto me traía a la memoria al “Taita Pendejadas”, personaje del Quito de siempre. Qué barbaridad dizque decía la “Ceci”, ya no se puede con este gringo menso; compra tonterías y ya no hay dónde poner tanto disparate; la casa es un cochinerito. Hace unas semanas regresó con una horrible iguana; apesta ese animal, explicaba utilizando el doble sentido. Por suerte, todo eso se acabó; que

siga nomás con sus compras, que continúe nomas con sus putas, yo he de seguir con los míos.

La hija de la “Ceci” que tenía 17 años, llegó a vivir con su madre. Su padre no aceptó que lleve a vivir en su casa a su novio, no porque consideraba malo que estuviese acostándose con él, sino porque el pobre era “latino”, y moreno, para completar. Su madre se portó comprensiva y la recibió con novio y todo. Los tres hijos estaban al tanto de que los dos tenían la culpa de todos sus problemas; ellos solamente eran víctimas de esos errores.

El mister reclamaba a la “latina” por haberse practicado la ligadura, ya que al hacerlo, argumentaba, le había robado parte de su vida, al no poder darle por lo menos cinco hijos más. Ella, por su parte, respondía que si quiere tener más hijos, puede hacerlo con las putas que se anda bandereando y, si quiere, que preñe a la iguana para ver qué sale.

Otro de los problemas de la Ceci era su manera descontrolada de embriagarse. Cuando llegaba a las fiestas familiares, si no estaba “alumbrada”, era ella la que empezaba a destapar las botellas. Su pareja de baile preferida era su hermana menor, con quien, al son de los corridos mexicanos, danzaba y hablaba barbaridades utilizando modismos comunes y corrientes, llegando al extremo de ser su padre, residente en México, una de las principales víctimas de sus andanadas de vulgaridades.

Una de las últimas veces que miré a la Cecilia, la vi hecha una lástima por los estragos que sufría por la liposucción que se hizo en esos días, no para verse bien ante su ex, sino para lucir bien con su queridos. Que no digan que el mister la trataba mal y la tenía fuera de forma. “Cosas de gringos y de latinas”.

El tío Eduardo tenía otra sobrina tan guapa como la Cecilia, también casada con un “gabacho”, pero este era otro caso. El gringo tenía a la mujer sobre la palma de la mano; la trataba como a reinita, no le hacía faltar nada y le consiguió trabajo en la misma universidad en la que él es profesor. El secreto era sencillo: Él era viudo y mayor que la sobrina con 24 años de edad.

En las ocasiones que estuve en la casa del Robert, así se llama este buen hombre, fui tratado de maravillas. Era experto para hacer carne asada, como los mexicanos llaman a las parrilladas. Fue él quien me invitó a ver un partido de béisbol profesional por primera y última vez en mi vida. La final del mundial de fútbol del 2010, vi en su casa, cerca de la playa y en compañía de muchos buenos

amigos y familiares, homenajeados por una excelente comida y el acompañamiento de los mejores vinos de California.

Cosa sería en vinos, eso sí.

LA HISTORIA DE AMOR DEL CARLITOS

En el caserón del Buenaventura Alfaro, indocumentadamente, vivía el Carlitos. Salvadoreño como todos los mayores de esa casa, llegó hace tres años y prácticamente se convirtió en otro miembro de esa familia compuesta por una hermana y tres hermanos, incluido el Toño. No existía ningún parentesco entre los Alfaros y él. Se prestaba para todo, ya que sus diferentes habilidades lo permitían. Era el preferido del Ventura, como familiarmente conocían al hermano mayor.

Uno de los negocios de los hermanos Alfaro era el de vender helados o nieve como llaman a esa golosina, en camiones higiénica y uniformemente adaptados. El Toño era uno de los más aprovechados en esos quehaceres. En invierno, como no era posible vender mucha nieve, vendían otras clases de cositas para picar en caliente. Carlitos era el encargado de manejar y administrar el carro del Ventura. Desde que llegó a Los Ángeles, nunca tuvo novia ni nada que se parezca.

Cierta mañana recibió una llamada telefónica proveniente de El Salvador; se trataba de una vecina conocida desde la niñez, con la que siempre mantuvo buenas relaciones de amistad; su nombre, Perla. Durante la conversación, ella le comunicó sus deseos de viajar a los EE.UU., ya que en su país era imposible conseguir trabajo. Que si él podía ayudarla, sería una gran cosa. Carlitos le contestó que estaría encantado de hacerlo; que le llame al siguiente día y a la misma hora. Por la tarde, antes de salir a trabajar, llamó a la Perla.

Luego de la primera llamada dio a conocer esa novedad al Toño. Mientras este se preparaba para salir, le contó que hace un rato recibió una llamada de una “chava” salvadoreña que quería viajar a tierra “gabacha”. –Quedó en llamarme mañana, y si quiere le presento para que usted hable con ella. Se llama Perla y tiene 21 años-. –Ya pues, contestó el Toño, preséntemela y ya veremos que se puede hacer por esa muchacha.

Al día siguiente estuvieron pendientes del teléfono. Cuando este sonó, Carlitos fue el que contestó. Tras los saludos correspondientes le habló del Toño, el hermano menor del señor para quien él trabaja. Le informó que estaba divorciado y empeñado en encontrar una mujer para hacerla su esposa. Tomó el teléfono el

aludido y se presentó; ella le aseguró que estaba encantada de conocerle, aunque sea por teléfono, y que estaba dispuesta a todo con tal de llegar a esa ciudad. Se comprometió a mandarle por correo una carta y unas fotografías suyas. Se despidieron y el Toñín quedó encantado. Al primero que comentó sobre este particular fue a Jaime Salazar, y este me “cruzó” el dato.

-El Toño ya va a tener esposa, le va a llegar desde El Salvador, me comentó el Jaime; es una amiga del Carlitos y ya le presentó por teléfono; está que no cree en nadie; aún no la conoce y ya habla como si en verdad fuera su mujer-. Yo no entiendo cómo piensa esta gente, le contesté, cómo es que consideran a la mujer únicamente como un objeto sexual, un adorno u otro aparato para la casa. Mientras la mentalidad del hombre no cambie, las cosas seguirán de la misma forma. El Toño no supo qué hacer cuando dos semanas después recibió la carta con las fotografías.

Un domingo en la mañana el Toño llegó a la casa del Vecino. Yo no trabajé ese día, así que nos reunimos los cuatro. Llegó hecho una fiesta y después de saludar, nos mostró las “fotos”. Parecía niño con juguete nuevo, o, como dicen en mi “lacta”, parecía lora con huevo. El Vecino, que para esa hora ya estaba elevándose unas latitas, brindó algunas para festejar.

Ahí fue que nos enteramos de los detalles del viaje de la nueva esposa de nuestro amigo: ella llegaría a Tijuana, ciudad a la que él viajaría para contratar un coyote que la haga pasar al otro lado. Ya en territorio gringo él, exclusivamente él, se haría cargo de “su” mujer.

Como el Toño tenía “papeles” podía entrar y salir del país. Tomó varias cervezas festejando el fin de su soltería y de su soledad. Yo me convertí en invitado de piedra. Imagínese Vecino, proclamaba el novio, sólo tiene 21 años; todo a pedir de boca. Que me ayude a trabajar, que me haga de comer o, si quiere, yo le consigo trabajo y así me paga lo que voy a gastar. 21 años, repetía el Vecino, mientras de tres o cuatro sorbos vaciaba sus latas de cerveza.

-Mañana se va el Toño a Tijuana, se va a encontrar con la “chamaca”; ya puso a punto la camioneta para el viaje, me informó el Jaime un mes y medio después de “concretado el matrimonio”, mientras preparábamos la merienda, los tres por separado; la novedad del noviazgo era la comidilla del día. El Vecino, medio alumbradito, manifestó muy alegre: Quién pudiera estar en los zapatos del Toño, 21 años la “chavita”. ¡Qué suerte!

Razón tiene el amigo de estar esperando con ansias traerle para acá.

Al regresar del trabajo, el Jaime y el Vecino me dieron la noticia de que el Toño ya tenía a la recién llegada en su casa y que, al siguiente día por la tarde, vendría con ella para presentarnos.

Al llegar el “novio” con su “novia”, la primera reacción del Ventura en contra de su hermano fue de coraje. –Toño-, le había dicho citándole a un lado, -eso no vale 4.000 dólares; cómo se le ocurrió pagar esa cantidad para que le pasen a este lado; debió dejarle en el lado mexicano. Le repito, eso no vale 4.000 dólares. Esa cantidad fue la que su hermano menor pagó al coyote para que “burle” a las autoridades con algunos billetes verdes. Cuando me enteré de la actitud del Ventura, le dije al Jaime que este sujeto es un pobre hijo de puta; que cómo podía tener un concepto así sobre esa o alguna otra mujer.

Esa misma noche el galán quiso cobrar algo de lo invertido, pues, tempranito le propuso que debían ir a dormir en su cuarto. Para esto pidió a uno de sus hermanos que permita a sus hijos dormir en su casa; el asunto era quedarse solo con la novia. La jovencita le dijo que todavía no y solicitó a la hermana del Toño le dé una posada. Que no importaba si tenía que dormir sobre la alfombra. Así que nuestro amigo se quedó con ganas de estrenar esposa. A la tarde del siguiente día el novio nos presentó a la Perla. Se le veía radiante de felicidad mostrando como un trofeo a la recién llegada. Era una chica morena, simpática, de regular estatura y un poco delgada. El Vecino, como si nada, brindó cerveza.

Los novios se sentaron juntos en una butaca para dos personas; de vez en cuando el “novio” intentaba abrazar a la “novia”. Esta, hábilmente evitaba al impaciente novio. En él se notaba la urgencia que tenía de llevarla a la cama. Estaba cambiado; se le veía risueño, hablador, quería hacerse el chistoso; en fin, el cambio se notaba. Ese era el tercer día que no salía a trabajar. Tener a su lado una “chava” de 21 años le revolvía los sesos; le entusiasmaba tanto que parecía haberse sacado la lotería. En la mañana le compró un vestido nuevo. La chica decía estar asustada ante ciudades tan grandes; que extrañaba a sus padres, familiares y amistades; a lo que el Toño respondía que con él la cosa sería diferente; que con él iba a acostumbrarse a vivir sin extrañar a nadie. Le prometía llevarle a conocer lo mejor de Los Ángeles. Para el Toño, tener 25 años más de edad que la Perla, no representaba ningún problema

A las diez de la mañana del siguiente día, en mi lugar de trabajo recibí una llamada. Era el Jaime que me pedía que al cumplir mi horario le espere en el almacén, porque quería que le acompañe a la casa de los Alfaro, ya que teníamos que hablar con el Toño. Que algo raro estaba sucediendo. Una vez en el bus empezó a relatarme lo pasado la noche anterior. El Buenaventura le había llamado para decirle que si podía, al salir de su trabajo, pase por la casa porque

tenía algo que contarle personalmente, que al Toño le “chingaron” (jodieron), había comentado enojado.

La noche anterior, el Toñín quiso obligar a la Perla a dormir ya como su “esposa”. Entonces intervino el Carlitos para decirle que la Perla no vino a vivir con él. Que les disculpe si se valieron de él para que ella pueda pasar la línea; que solamente le utilizaron porque él tiene “papeles buenos” y la cosa resultaba más fácil. Que le agradecían infinitamente y todo el dinero gastado sería devuelto; pero que definitivamente se olvide de la Perla. Que si quería seguir siendo amigo, le agradecía; si no, era problema suyo, pero que la Perla se quedaba con él. Que la conocía desde que era una “zipota” (niñita), y que si no fueron novios allá, era porque todavía eran muy jóvenes. Que si llegaba a ser felices sería por su ayuda; ya que de no haber sido así, ella nunca podía haber llegado a la ciudad.

Al llegar a la casa buscamos al Toño; estaba en su cuarto más muerto que vivo y tenía una botella de licor a medio vaciar. Se notaba que lo que le hicieron le llegó a lo más profundo de sus sentimientos. Él, que se hizo tantas ilusiones, tantos planes y ahora le salen con eso. Que esos hijos de su puta madre la iban a pagar bien caro; que eso no se hace a un amigo, y que ese “culero” del Carlos pagaría caro esa burla. Que él se encargaría de mandarle a la “chingada”. Tranquilo Toñín, le decía el Jaime, tranquilo; qué sacas poniendo “enchilado”. Yo no decía nada, solo escuchaba. Me sentía más que alegre por el desenlace.

Qué mujer debe merecer tener un novio o marido como el Toño, que quiso adquirirla como se compra una mercancía. Ojalá le quede experiencia y, si quiere tener una mujer a su lado, que la busque, que se la gane, que la enamore. Pocas cosas son tan lindas, tan emocionantes y maravillosas como esas experiencias que se viven galanteando a una mujer; sufriendo y gozando a la vez.

Quien se sintió satisfecho con este resultado, fue el Ventura. Le complacía que con esto el Toño recuperaría el dinero invertido. Nunca dejó de pensar que esa paisana haya valido tanto dinero. Si ya casi se le ven los huesos, decía.

Por varios días el Toño se dedicó a la bebida descuidando su trabajo, sus hijos, su cuidado personal. Todo esto me pasa por menso; quién me manda a ser confiado, a meterme en esta “chingadera”. Por lo menos recuperaré mi “feria”, y esos putos que se vayan mucho a la fregada, vociferaba.

A modo de disculpa, luego de algunos días, el Carlitos quiso darle la mano al Toño, lo que fue rechazado por este. Sólo una cosa quiero decirle, Toño, la Perla me contó que en El Salvador se quedó una amiga suya de 20 años que también quiere venirse; que la Perla le va a llamar y si dice que sí está dispuesta a viajar, y si usted quiere ayudarla, esta vez la “chava” será para usted.

Según supe por un correo electrónico enviado por el Jaime a los pocos meses de mi regreso, la pareja formada por la Perla y el Carlitos funcionaba bien. El haberse conocido desde niños y la edad de los dos, ella 21 y él 24, abonaban para que el romance fructifique. Bien por ellos: tienen derecho a buscar su felicidad aunque sea “indocumentadamente”. “En el amor y en la guerra todas las armas son buenas”, dice el adagio, y ellos supieron aprovecharse de la ingenuidad y la desesperación de mi amigo Antonio Rafael Alfaro, el Toño.

Si aceptó o no ayudar a la otra “chava” a realizar el viaje, para mí, es toda una incógnita; pero quién sabe.....

EMILY Y OTROS ASUNTOS

Pasé desempleado casi dos años antes de que se produzca mi regreso. Pisé tierra ecuatoriana el 20 de enero del 2011; no lo hice antes por falta de dinero para el pasaje. Siempre mantuve la esperanza de conseguir algo en qué trabajar y reunir lo suficiente para comprar el “ticket” para el viaje. Nunca pude hacerlo.

En compañía de Jeremías y en su auto, visité más de diez agencias de empleos pero nada. La crisis se encontraba bien instalada en el país más poderoso del mundo. Yo, que tenía mis documentos en regla, entre ellos la licencia para manejar, ni de chofer pude conseguir empleo.

Las cosas se pusieron realmente feas, pero ni así me atreví a realizar algo fuera de la ley. En cierta ocasión, recibí una llamada telefónica de un amigo llamado Zenón Zapata, en la que me contaba que podía perder su empleo, ya que al ser indocumentado, no podía presentar un número de seguro verdadero; por lo que me pedía que le alquile mi número de seguro social, a cambio de la cantidad de dinero que debía indicarle y, los aportes, irían a mi cuenta en la Seguridad Social. Tuve que mentir y decirle que no podía porque conseguí trabajo. Esto testificó Maríaluisa y exclamó que así se debe proceder. Me gusta como es usted, Luis, ya que no sirve predicar una cosa y hacer todo lo contrario.

A los tres meses de pasar en la desocupación, le comenté a mi dueña de casa que mucho más fácil me resultaría contraer matrimonio que conseguir trabajo. Le aseguraba que si me proponía, en una semana, como máximo, tendría lista la novia con fiesta y todo. Lo que usted dice es verdad, confirmó; algunas de mis amigas me han preguntado al respecto, a lo que les he respondido que con usted no hay esperanza, que estaba decidido a regresar a su país.

Y no miento al decir que si me habría decidido a realizar alguna proposición matrimonial, habría asegurado económicamente mi futuro. Oportunidades en ese

sentido no faltan, incluso para realizar matrimonios arreglados y que alguien pueda conseguir los documentos o, simplemente, para combatir la soledad.

Como producto de la tremenda crisis, Emily sufrió un grave bajón económico; por tanto, no le quedó más remedio que acudir a sus joyas para salir del apuro. Tenía que pagar por unos pedidos de discos y realizar otros gastos. Como ella no tenía documentos legales, fuimos a una casa de empeño en una ciudad cercana y, a mi nombre, empeñar esas joyas. Me entregaron 2800 dólares por todo el lote, cantidad que entregué a su dueña.

Faltando dos días para que el plazo se cumpla y se rematen las joyas, llamó a la casa para pedirme que por favor me acerque al almacén a retirar el dinero. Luis, no quiero perder esas joyas me dijo un poco preocupada. No se preocupe, esta misma tarde paso por donde usted retirando el dinero y el comprobante. Así lo hice. Esa noche, Maríaluisa me pidió que al siguiente día lleve su carro a la mecánica porque tenían que realizarle el cambio de aceite y tenía el turno respectivo. Así que, muy por la mañana y en ese mismo auto, fui a retirar las joyas y las guardé en una maletita pequeña.

A la mañana siguiente Maríaluisa debía acudir a una cita médica, ya que tenían que realizarle una colposcopia y le dijeron que luego de eso no podía manejar porque se sentiría mareada, por lo que tuve que acompañarla y manejar de regreso, y otra vez no pude entregar las joyas. Al tercer día, por la tarde, llegué al almacén de discos. Qué sorpresa, Luis, dijo casi gritando la Emily al verme entrar.

Entregué las joyas y, luego de agradecerme, me dijo tranquilamente: perdóneme Luis por lo que voy a decirle: Yo le hice malos juicios; me imaginé que usted, luego de sacar las joyas las vendió para comprar su pasaje de regreso; nunca más pensé volver a ver mis joyas. Le digo esto porque de usted aprendí a ser franca. Ahora veo lo equivocada que estaba. Le expliqué el por qué de mi demora y acepté ir a comer con ella. Le dije que lo que había pensado no me afectaba, ya que casi tres días de no saber nada, le daban el derecho a pensar en eso. Mi error fue no comunicarle lo que estaba pasando. De esta acción, pienso, la Emily jamás se olvidará.

En cuanto a mi irrenunciable intención de retornar, me comuniqué vía correo electrónico, con una prima-hermana que vive en Quito, contándole la verdad sobre mi situación económica para que, de ser posible, me ayude con el dinero para el pasaje para mi regreso. Libia se llama mi prima. Para ella y mis otras primas, Soña, Silvia y mis primos Marcelo y William, soy una especie de hermano mayor. Libia conversó con Soña y, entre las dos, compraron mi pasaje. Nunca he dejado ni dejaré ser agradecido por ese gesto de generosidad y hermandad.

Cuando Maríaluísa se enteró que me habían enviado el pasaje por internet, se mostró muy triste y me confesó que me iba a extrañar mucho. Que ella y toda su familia llegaron a apreciarme en alto grado; que con mi comportamiento había demostrado la clase de persona que soy; que todos desearían que no me vaya, pero que como así había decidido, respetaban mi decisión. Que “deseaban de todo corazón” que me vaya bien, que me merecía. En cierta ocasión, mientras se celebraba el Día de Acción de Gracias, una de sus sobrinas, al darme el abrazo, me dijo que desearían que yo entre a formar parte de la familia. Eso no era posible, no quería ni podía engañar a esa buena mujer.

En todo el tiempo transcurrido habitando su morada, una sola observación llegó a realizar sobre mi comportamiento: Luis, me dijo, no es de mi incumbencia, pero quisiera saber, si a usted no le molesta, ¿por qué pasa tanto tiempo en la biblioteca?

Maríaluísa, demostrando una vez más su solidaridad, me dijo que me llevaría al aeropuerto. Usted ha sido tan bueno y tan respetuoso conmigo, que no solamente se merece eso. Quiero serle franca, le voy a extrañar más que a un buen amigo.

Le digo desde el fondo de mi alma que nunca le olvidaré, que siempre le voy a recordar como a una de las personas más importantes que he conocido y he mantenido tan linda relación de amistad. Por lo demás, usted va viviendo más de ocho años aquí en Los Ángeles, y no puede irse sin conocer Disneylandia. Así que mañana mismo le invito a que conozca es mágica ciudad.

Otra de mis entrañables amigas, Julia, la dama peruana que conocí tiempo atrás, se ofreció ir al aeropuerto; así acompañaría a Maríaluísa en su viaje de regreso. Salimos a la 11.30 de la noche del día 19 de enero del 2011. Debía estar con tres horas de anticipación a la señalada para el vuelo que saldría a las cuatro de la mañana del día 20. A Quito debía llegar a las siete de la noche. La despedida fue realmente triste, por lo que preferimos abreviar las cosas. A los diez minutos de haber llegado a la sala de espera, las vi desaparecer para siempre de mi vida.

El avión partió a la hora prevista y yo, casi sin creer, ya sentía la sensación de los abrazos de bienvenida de toda la gente que me quiere, de toda la gente a la que quiero. El vuelo fue de lo más regular, sin contratiempos, sin nada que perturbe esa inmensa alegría de saber que ese día se terminaba mi triste, voluntario y a la vez obligado auto destierro.

Me hacía falta tener más de dos ojos para mirar desde el aire la hermosura de las luces que adornaban esa parte elemental del suelo patrio, ese sitio tan hermoso y añorado que orgullosa y entrañablemente llamamos Quito.

CUARTA PARTE

VIVIR EN PAÍS PRESTADO

*Vivir en país prestado casi es todo un adefesio
es como dormir parado en un muy frágil trapecio*

*Como irse de vacaciones estando desempleado
o cantar esas canciones que nunca se han inventado*

*Como pescar con cañones-como arar en los desiertos
como poner en cajones lo que soñamos despiertos*

*Como remar hacia arriba en una inmensa cascada
o esperar que nos reciba la Monalisa enojada*

*Vivir en país ajeno es como orar a don "Sata"
como tomarse veneno y que otro estire la pata*

*Es querer ganar el Nobel con un invento obsoleto
o ganar la lotería sin nunca comprar boleto*

*Vivir en país extraño es así ni más ni menos
que estar contando billetes en los bolsillos ajenos*

*Es como tener esposa sin siquiera estar casado
como una mañana hermosa sin haberse levantado*

*Así es hermano del alma-vivir en país prestado
es tal que estar prisionero sin haber sido arrestado*

*Así es paisano querido-de la Costa o de la Sierra
de las Islas o el Oriente-no abandones esta tierra*

*Esto, que a simple vista parece ser una parodia, una caricatura, es, a mi entender,
la mejor manera de expresar lo que significa vivir lejos de la patria.*

Nunca estuvo en mi imaginario convertirme en residente permanente de ese país, mucho menos nacionalizarme. El regreso era mi sueño, el retorno mi esperanza.

Siempre debemos estar prestos a corregir nuestros errores y a decir “Hasta aquí nomás”, “No hay mal que dura cien años”, “Bueno es culantro, pero no tanto”, o cualquier frase parecida. Por suerte, la decisión estaba tomada, decidida; aunque en este empeño haya tenido que abandonar algo de mucha significación en mi vida sentimental; algo que en mi calidad de extranjero, de forastero, de ave de paso, fue la más hermosa experiencia vivida en ese mundo en el que los sentimientos, a más de estar devaluados, han pasado a un cuarto o a un quinto plano. Las cosas materiales, el dinero, son las verdaderamente importantes.

Entre quienes me conocieron dejé bien sentado mi nombre y el de la patria. Encontré la forma de dar a conocer lo que allá no se sabía del país de La mitad den Mundo. Los que me conocieron y llegaron a estimarme, lamentaron el hecho de que tenga que regresar a la tierra de mis antepasados, de mis raíces. Eso sí, no sólo volví con más experiencia, con más sapiencia; retorné con otra visión del mundo, volví amplificado. Pero a mí no me tocaron un solo pelo las novelorías, los “agringamientos”, las malas costumbres que la migración ha llevado a esa cultura. De lo bueno traté de asimilar lo que más pude, lo beneficioso. Mi forma de hablar la mantuve incólume.

Para mis amigos migrantes y otras personas conocidas, enterados y enteradas de mis intenciones de regresar al Ecuador, yo cometía una de las más grandes tonterías en las que puede incurrir humano alguno, una herejía, si se quiere: Abandonar los Estados Unidos de América teniendo los documentos legales para residir en esa nación. Empezar el camino de regreso, como yo lo iba a hacer, según ellos, era algo impensable, fuera de toda lógica.

El afán de reintegrarme a todo lo que es mío, era irreversible, irrenunciable, necesario.

AMOR EXTRANJERO

El agua y sus encantos, el agua de los ríos, el agua de los lagos, el agua de la mar. El agua de la lluvia, la de los esteros, la de las lagunas, el agua de la mar.

Un sábado en la tarde, luego de utilizar la hora que tenía reservada para la computadora, me dirigí al sitio en el que se encontraba la Janet. Me paré en el callejoncito que formaban dos enormes estantes metálicos y, por el espacio que

dejaban los libros, pude ver su rostro. Estaba concentrada buscando algún volumen. Desde el sitio en el que se encontraba, ella no me descubría y tuve tiempo suficiente para poder admirarla sin que ella me mirara.

Tuve tiempo suficiente, mientras la contemplaba, para repetirme una y otra vez esa locura que encontré en la internet: “Si vas a estar todo el día dando vueltas y vueltas en mi cabeza, por lo menos vístete”.

Pasados varios minutos y al alzar la vista, Jánet descubrió que estaba allí, mirándola avariciosamente. –Qué haces ahí-, preguntó;-mirando la Obra Maestra de la biblioteca-, respondí-. –Sonrió espléndidamente ante la respuesta. –Obra maestra-, repitió. Me gustan las cosas que dices, porque las dices de linda manera-.Vine a despedirme, me voy a mi “casa”-; espérame en la oficina, me pidió volviendo a sonreír.

Esperé unos minutos y la dama estuvo ahí. – ¿Qué harás mañana, Luis? –Nada en especial, ¿por qué?; mañana quiero ir a ver el mar, me hace falta mirar el mar y deseo que me acompañes, si puedes-. Por supuesto-, respondí tan rápido como pude. –Puedo pasar por ti a las nueve de la mañana; aguárdame bajo el puente de la Valley y Azusa; yo vengo desde Walnut y ese sitio queda en mi camino. –Está bien-contesté, y me despedí con un beso en la mejilla.

Lo de la invitación fue algo tan hermoso que casi no podía creerlo. Sólo había un problemita: el domingo tenía que trabajar. Por lo que, de suma urgencia, me dirigí al almacén de antigüedades de la Emily a decirle que el domingo no podría abrir el almacén de discos, porque la “manager” de la biblioteca me había invitado a Santa Mónica, a Santa Bárbara o a Malibú, a dar un paseo ese día en la mañana. No se preocupe, yo me arreglo; váyase tranquilo, no puede perder esa oportunidad. Recuerde lo que le dije después que me la presentó en la librería: “enamórela y cásele con ella”.

Esa noche soñé que no podía dormir esperando a que amanezca.

Faltando 15 minutos para las nueve de la mañana, estuve en el sitio acordado. Llegó puntual y paró el auto frente al sitio en el que me encontraba. Abrí la puerta nerviosamente y me senté a su lado. Era la primera vez que subía a su vehículo. Saludamos con un beso en la mejilla y me coloqué el cinturón de seguridad. No pude dejar de admirar su hermoso perfil. Ella se dio cuenta y al mover su cabeza hacia la derecha, nuestras miradas se encontraron. La suya, hermosamente azulada.

Arrancó y en ese auto se respiraba un aroma distinto al del resto del mundo; su perfume, más el aroma que despedía el interior del coche, producían un ambiente ideal que convertía a la costumbre de respirar en un lujo. Rápidamente se dirigió a la autopista por la que llegaríamos a nuestro destino: la mar.

La mar inmensa y poderosa, la mar que baña las costas en el frío de los inviernos californianos. En esa época, en las ciudades costeras hay de todo, menos bañistas.

La música instrumental bajita complementaba ese ambiente de ensueño. –Luis- dijo mirando siempre al frente, he querido decirte algo que por uno u otro motivo no he podido hacerlo; es algo que he comprobado a lo largo del tiempo que llevo conociéndote. Tú me das una sensación de seguridad, de calma, de tranquilidad y de confianza; por eso te he brindado mi amistad, cosa que casi no lo hago; muchas personas me han fallado. Por eso es que te he invitado a dar este paseo-

-Gracias-, contesté; A mí me sucede todo lo contrario: Me pones el mundo al revés; me alborotas, me arrebatas, me alocas, me pones a volar. Pero también, tu bondad, tu belleza, tu confianza, me hacen sentir bien, me hacen ver el lado bueno de la vida, me hacen sentir importante. Me haces dar cuenta que cuando se habla con una mujer como vos, la poesía surge desde los rincones menos esperados; la poesía es una parte de tuya, parte de tu vida. Vos puedes hacer realidad lo que para mí son sólo sueños.

De un momento a otro estuvimos frente al mar y ni siquiera sentí el viaje. En otras ocasiones viajaba mirando el paisaje sin perder detalle alguno; pero esta vez, sólo me di cuenta que llegamos cuando estacionó el auto.

Sentados sobre unas rocas empezamos a mirar el mar, el mar y sus olas, el mar y su horizonte, el mar y su hermosura. Se notaba cuánto le gustaba ver el mar. Permanecimos sentados un tanto separados, cada cual con sus silencios, con sus secretos, sus anhelos, sus sueños y nostalgias. –Jánet-, dije suavemente: Para ver el mar no necesitaba venir a este lugar; me bastaba ver tus ojos marinos para tener toda la fascinación y el misterio de ese mar profundo, hermoso y sin limitaciones.

-Tú dices cosas muy lindas- replicó; -por eso me gusta hablar contigo--Yo sólo digo la verdad-. –Nada tan hermoso como el conocerte me ha sucedido en tu país; el haber conseguido ser tu amigo es, en verdad, un premio para mí. Estar formando parte de este paisaje, más hermoso con tus ojos, más precioso con tu pelo, con tu risa y tu sonrisa, es un privilegio-

Después de un corto silencio se levantó y me invitó a caminar. Yo no caminaba, parecía que flotaba, parecía que para mí la ley de la gravedad había desaparecido. Caminamos lentamente por un trecho y, sin siquiera darnos cuenta, haciendo un alto en el camino quedamos frente a frente. Nuestras miradas se encontraron tan cercanas como nunca antes. El lapso que pasamos viviendo esos instantes resultó un tiempo delicioso.

Sin decirnos más palabras, y en un momento mágico y glorioso, en vendimia prodigiosa recogí muchos más besos de su boca de los que había yo soñado.

En ocasiones como esta, no cuentan el tiempo ni el espacio. Lo único que cuenta es la comunión entre dos almas que se encuentran extasiadas y con locos arrebatos de ternura, de emociones y algo más. No sentíamos el frío del invierno, sentíamos el fuego que en el cuerpo se inyectaba piel adentro. Ese fuego provocado por los besos, por las ansias de desear y ser deseados; de ser amados y de amar, de vivir y hacer vivir.

Una bandada de gaviotas cruzaba el firmamento dejando en el espacio el ruido alegre que brotaba de sus picos, como celebrando nuestro encuentro.

El regreso fue de fiesta. Nunca la vi tan animada, tan alegre y divertida. Todo era brillo en sus ojos, todo era magia en su rostro. Ya no fue la música instrumental la que ponía el marco armonioso a nuestro viaje. La música dio un viraje de 180 grados, y el rock clásico fue el que pasó a comandar nuestro festejo.

-Gracias-, me dijo mientras bajaba del auto casi exactamente en el mismo sitio en el que me recogió, pero en el carril opuesto de la vía.- Gracias-, repitió; he pasado uno de los días más felices de mi vida, y eso te lo debo a ti.- Este ha sido un día glorioso-, respondí; -este día para mí será inolvidable.

Nunca en mi vida la mar me ha parecido tan hermosa; nunca me ha dado esa sensación de sentirme tan pleno de vida y tan a gusto. Esos ojos tuyos, llenitos de gloria, que hoy los he mirado tan de cerca, se han metido en mis sentidos, en toda mi vida. Tus besos y sonrisas y tus risas, serán tatuajes imborrables en mi alma. Un beso y me bajé.

-Espérame mañana aquí y a la misma hora-, me pidió antes de arrancar el auto y perderse en la distancia, llevándose gran parte de mi vida. Lo primero que hice una vez solo, fue dirigirme donde la Emily, a decirle que tampoco el lunes abriría el almacén. Los lunes no se abre la biblioteca.

Las tres cosas azules más hermosas que existen para mí, las tuve al alcance de mi vista en ese mismo día, en ese mismo instante y en ese mismo lugar: la inconmensurable y azul extensión de la mar y todos sus poderes; una parte del inmenso cielo azul que desde lejos compite con la mar, y el profundo y bello azul de los ojos de la Jánet, de los ojos de mi Jánet.

“DESDE AQUEL DÍA”

A partir del lunes que nos encontramos en el sitio acordado, empecé a vivir algo totalmente diferente desde que llegué a ese país. Empecé a vivir al ritmo de la Jánet. En ocasiones olvidaba que me encontraba residiendo en el imperio. La biblioteca se transformó en un alcázar, su vida se convirtió en parte de mi vida. Me convertí en devoto de su cuerpo, de su alma, de sus ojos. Todo cambió de color en mi vida; el gris desapareció y me llegó el azul, ese azul de ritmo y canto, ese azul de amor y paz.

Por eso mi amada es que escribo por vos.

Te escribo acongojado porque ya no te miro, porque ya no te siento, porque estoy alejado de tu mundo, de tu piel y de tu sombra; de esa silueta tuya que se quedó grabada en los intersticios de esta alma que te canta, de esta alma que te añora.

Cuánto añoro tus besos, cómo anhelo tu cuerpo y busco en los recuerdos todita tu hermosura; toda esa anatomía que se quedó grabada aquí en mis manos, en mis ojos, en mis labios. Sólo pensando en tus ojos aprendí a soñar despierto, aprendí a mirar la vida del color de tus pupilas. Comprendí que en tu mirada me quedaba estacionado, extasiado y deseando solamente por tus ojos ser mirado.

Por eso, amada mía, es que pienso tanto en vos.

Estás aquí en mi casa, en mis libros, en mi música, en mis cantos y en mis cosas. Me despierto en la mañana cuando aún es muy temprano, y me acuesto muy cerquita de la aurora. Esa es mi manera de alargar el día para así pensarte más. En el alba están las horas en que vives más en mí. El recuerdo de tus ojos es el canto que a mi vida le regala ese tu amor. Así te recuerdo, con ojos preciosos, con mirada alegre de paz marinera, ojos de destellos de apacible calma, que llevo en mis sienes, que cargo en mis sesos, dentro de mi sangre y en toda mi vida.

Tu pelo, señora, también es tu pelo, que me trae en alas de ardientes deseos toda la hermosura del oleaje rubio que enmarca tu cara, que viaja contigo, como un sol

radiante que se mueve presto cuando tú caminas y se vuelve loco en viento que pasa y quedo te toca.

Por eso mi amada es que sueño con vos.

Ese tu recuerdo está en mi equipaje, en mis emociones y reminiscencias; está en lo que miro de bello en mi patria y en la vida alegre de mirlos cantores. También rememoro cuando tú me hablabas con esa cadencia de tu suave acento, con la melodía que tiene tu risa, y aquella blancura de esa tu sonrisa. Y esa solidaria forma de decirme, que no me preocupe, que esté más tranquilo, cuando yo te hablaba de mi desempleo.

Tu piel que es inmenso pétalo de rosa, que urgentes mis manos sedientas de vida, suave y quedamente aspiraban todo, todo ese perfume de gracia y encanto, y afanaban locas ese terciopelo, que alegre te cubre y sin dilaciones, leales y francas así te adoraban. Porque esa piel tuya de claros hechizos, es sin duda alguna una bella forma, de cómo natura realiza sus obras.

Por eso mi amada te siento en mis venas.

En las madrugadas te tengo presente, como si estuvieras en mis sensaciones, y aquí en mis latidos se siente tu esencia, se sienten las alas en las que te vienes, volando y te quedas flotando en silencio, flotando en mi cuarto y aquí en mis adentros, donde reinas sola, donde haces tu nido, donde haces tu trono con rayos de Luna, con luces de estrellas y aromas de flores.

Así la recuerdo: silenciosa y triste mientras pronunciaba las primeras frases que le anticipaban lo de mi regreso. Hora aciaga y triste y de sentimientos encontrados. Si bien regresaría a mi tierra tan amada, tenía que alejarme al mismo tiempo de aquella mujer buena, de aquella mujer sabia, de aquella mujer que sin duda dejaría en mi alma una herida sin remedio, desmedida y para siempre.

En el mismo sitio que la conocí, esperé a que salga de su oficina. Ella sabía que tenía que volver al Ecuador, pero el día exacto, eso no sabía. La vi llegar silencioso desde el lugar en el que me encontraba casi en calidad de estatua de piedra, de sal, de hierro o de pena, de angustia o de miedo. El caso es que no reaccionaba; me sentía como paralizado, mi lengua se negaba a pronunciar palabra alguna.

-Hola Luis-, dijo con esa expresión tan familiar y sencilla.-Hola amor-, contesté. - Qué pasa preguntó, por qué no has entrado.

Quedé contemplándola en silencio. Tenía seca la garganta. Al fin dije lo que no me atrevía a pronunciar. –Tengo que hablarte de algo triste e inevitable; lo he dejado para última hora porque pensé que así sería mejor. –Qué pasa-, volvió a preguntar. –Viajo mañana, me voy de tu país, me alejo de tu lado y eso es lo que duele. Vos sabías que este día llegaría, yo sabía que esto iba a pasar. No tengo otra salida.

Conocerte fue la gloria, estar cerca de vos fue mí gloria; fue como volver a nacer, como volver a experimentar otra vez la alegría de vivir, la satisfacción de poder sentir, una vez más, esas incomparables sensaciones que se sienten cuando se ama a una mujer como vos. Tengo que partir pero no me voy del todo, mi amor se quedará en tus sentimientos. Tu risa, tu sonrisa, tu alma entera son las mejores cosas que me llevaré, que me acompañarán. Estarás en mi vida como algo necesario, indispensable, como algo que no podré olvidar.

Por eso mi amada vas en mí sentir.

Luis, sabía que esto pasaría-, replicó; esto tenía que pasar. Estoy tan triste como nunca en mi vida me he sentido. Me queda la satisfacción de haber vivido todo eso que he pasado junto a ti. Lo viví y es lo que importa, lo grandioso que queda de este amor. Amé, reí, sentí; qué más puedo pedirle a la vida. Estoy segura que aún sin haberte amado, me quedaría extrañándote. Me quedo con el gusto de haber vivido esos hermosos momentos que se quedarán atados a mi alma.

“No rompas la soga que me amarra a tu alma”, es el “grafiti” que vi en una película argentina, y que en ese momento acudió a mi memoria.

La noche estaba oscura, casi negra, como vistiendo luto por los dos. La noche estaba triste, como presagiando la separación de dos seres que en camino de la vida se encontraron y se amaron. –Mírame bien, Luis, no llores; no estoy llorando y no voy a llorar; eso sería como hacerle un agravio a nuestro amor, una falta de respeto al amor en general. Ya no te veré, ya no podré escuchar esas palabras inolvidables que tú sabes decir.

En cada poema que lea, en cada poema que escuche, ahí estarás tú, ahí sentiré tu presencia. Los poemas que has escrito para mí, todos en uno solo tienen su propio nombre y apellido, y están acumulados dentro de una carpeta que guardaré entre mis mejores recuerdos.

Así es esa mujer, así y nada más. Así es como la amé; así es como en forma silenciosa la seguiré amando, aunque esté tan lejana y tan cercana a la vez.

Busco en la nostalgia el color azul de esos sus ojos; y en la lejanía siento la ambrosía de sus rojos labios.

En esa enorme distancia teníamos un himno, un himno todo amor, todo dulzura: "Woman in Love", Mujer enamorada, de Barbra Streisand, canción que en mi mente suena con el timbre de tu voz.

El tiempo pasado en ese país distante y ajeno, antes de conocerla, no significa nada para mí; porque el hecho de estar físicamente en cierta parte y con el pensamiento en otro sitio, eso, en realidad, no es vivir. En el recuerdo pervive nuestro amor. Ella sigue caminando de mi brazo; sigue caminando alegremente a la par de mis andanzas, aunque en esta realidad cruel y castigadora, ella está tan lejos, está distante, se encuentra muy allá de mis fronteras.

De los 99 meses pasados en Los Estados Unidos de América, los últimos 15 hicieron la diferencia. El tiempo pasado con ella justificó el haberme convertido en uno más de los millones de migrantes obligados a salir de sus países.

*El resto del tiempo, lo que para la inmensa mayoría significaría haber permanecido en el tan anhelado y supuesto paraíso, para mí, honestamente, fue pasar **siete años en ninguna parte.***